



BIBLIOTECA DE "LA NACION"

A. CONAN DOYLE

AVENTURAS
DE
SHERLOCK HOLMES



VOLU 213 MEN

- 1000

1000

of

BIBLIOTECA DE «LA NACION»

A. CONAN DOYLE

AVENTURAS
DE
Sherlock Holmes

TOMO I



BUENOS AIRES
1909

Imp. y estereotipia de LA NACIÓN.—Buenos Aires.

AVENTURAS DE SHERLOCK HOLMES

UN ESCÁNDALO EN BOHEMIA

I

Para Sherlock Holmes aquella mujer es *la* mujer. Rara vez le he oído mencionarla con otro nombre. A sus ojos, ella eclipsa á todo su sexo y predomina en él. No quiere esto decir que haya experimentado sentimiento alguno parecido al amor hacia Irene Adler. Todas las emociones, y particularmente la del amor, eran incompatibles con su mente fría, precisa, admirablemente equilibrada. Sherlock Holmes era, yo lo garantizo, la máquina de razonar y observar más perfecta que el mundo ha visto; pero, en el amor, se había colocado en una falsa posición. Nunca hablaba de las pasiones suaves sino con burla y desprecio: esas cosas eran admirables

para el observador, excelentes para desgarrar el velo de los móviles y actos de los hombres. Pero si el razonador ejercitado admitía semejantes intromisiones en su temperamento delicado y finamente ajustado, con eso introducía en su vida un factor distrauyente que podía arrojar una duda sobre los resultados de su labor mental. La rotura de un instrumento de precisión, una rajadura en uno de sus poderosos lentes, no habrían sido tan perturbadores como una emoción fuerte en una naturaleza como la suya. Y sin embargo, no había para él más mujer que una, y ésta era la difunta Irene Adler, de memoria dudosa y discutible.

Yo había visto poco á Holmes recientemente. Mi matrimonio nos había apartado el uno del otro. Mi completa felicidad, y los intereses del hogar que se alzan en torno del hombre que por primera vez se encuentra dueño de una casa, eran suficientes para absorber mi atención; mientras Holmes, que aborrecía todas las formas de la sociedad con la fuerza entera de su alma bohemia, continuaba en nuestro departamento de la calle Baker, sepultado entre sus viejos libros y alternando de semana á semana entre la cocaína y la ambición, el efecto adormecedor de la droga y la fiera energía de su activa naturaleza. Vivía aún, como había vivido siempre, profundamente atraído por el estudio del crimen, y ocupaba sus inmensas facultades y su extraordinario poder de observación, en

seguir los rastros y aclarar los misterios que la policía oficial había abandonado, perdida ya la esperanza. De vez en cuando, llegaban á mi conocimiento vagas noticias de sus pasos: lo habían llamado á Odessa para el caso del asesinato de Trepoff, había aclarado la singular tragedia de los hermanos Atkinson en Trincomalee, y últimamente había desempeñado, con mucha delicadeza y completo éxito, una comisión que le había encomendado la familia real de Holanda. Pero aparte de esas muestras de actividad, que, como yo, conocían todos los lectores de la prensa diaria, poco sabía de un antiguo compañero y amigo.

Una noche—era el 20 de Marzo de 1888—volvía yo de visitar un enfermo (pues otra vez ejercía mi profesión en la ciudad), cuando el camino que llevaba me condujo á la calle Baker. Al pasar por la nunca olvidada puerta, que siempre estará asociada en mi mente con mi noviazgo y con los sombríos incidentes del Estudio del Rojo, sentí un vehemente deseo de ver á Holmes y conocer en qué empleaba sus extraordinarias facultades.

Su departamento estaba brillantemente alumbrado, y, apenas alcé los ojos, vi su alto y delgado cuerpo pasar dos veces en obscuro perfil detrás de la celosía. Se paseaba por el cuarto rápida, vivamente, con la cabeza caída sobre el pecho y las manos cruzadas detrás. Para mí, que conocía hasta la menor de sus costumbres

y de sus cambios de humor, su actitud y ademanes hablaban por sí mismos. Otra vez estaba en acción. Se había desprendido de sus ensueños creados por la droga, y estaba embebido en el estudio de algún nuevo problema. Toqué la campanilla y me condujeron á la habitación que había sido en parte mía.

Su actitud no fué efusiva: muy rara vez lo era; pero tuvo gusto, creo, de verme. Casi sin hablar una palabra, pero con mirada amable, me indicó un sillón, me extendió su caja de cigarros, y me señaló una licorera y un sifón en un rincón. Luego se paró delante de la chimenea y me miró con su singular manera introspectiva.

—El yugo del matrimonio le sienta á usted, Watson—me dijo.—Creo, Watson, que desde que no nos vemos ha aumentado usted unas siete libras y media.

—Siete—contesté.

—¿Siete? Yo pensaba que un poco más. Debe ser un poquito más, Watson. Y otra vez curando, ya lo veo. No me había dicho usted que iba á volver á ejercer.

—Entonces, ¿cómo lo sabe usted?

—Lo veo, lo deduzco. Como sé que hace poco se ha mojado usted mucho y que tiene usted una sirvienta en extremo torpe y descuidada.

—Mi querido Holmes—dije yo:—esto es ya demasiado. Si hubiera usted vivido hace siglos, lo habrían quemado á usted. Es verdad que el jue-

ves fui á pie al campo y volví á casa en un estado miserable; pero, toda vez que he cambiado de traje, no puedo imaginar cómo deduce usted eso. En cuanto á María Juana, es incorregible, y mi mujer la ha dado ya un plazo para que se vaya; pero, en eso también, no sé cómo sabe usted las cosas.

Holmes se sonrió á sí mismo y se restregó sus largas y nerviosas manos.

—Es lo más sencillo—dijo;—mis ojos me dicen que en la parte interior del zapato izquierdo de usted, allí donde da la luz del fuego, el cuero está señalado por seis cortes casi paralelos. Evidentemente éstos han sido hechos por alguien que ha raspado negligentemente los bordes de la suela para sacarles el barro endurecido. De allí nace, ya lo ve usted, mi doble deducción de que ha estado usted afuera en mal tiempo, y que tiene usted una limpiabotas de las más malas que existen en la servidumbre de Londres. En cuanto á la vuelta de usted al ejercicio de su profesión, si un caballero entra en mi cuarto exhalando olor de iodoformo, con una mancha negra de nitrato de plata en el dedo índice de su mano derecha, y en un lado de su sombrero de copa una joroba que indica donde ha escondido su estetoscopio, yo sería muy bobo si no lo calificara de miembro activo de la profesión médica.

No pude dejar de reirme de la soltura con que Holmes explicaba su proceso de deducción.

—Cuando le oigo á usted exponer razones—observé,—la cosa de que se trata me parece siempre tan ridículamente sencilla, que fácilmente podría hacerla yo mismo, á pesar de que en cada sucesivo ejemplo del razonar de usted me encuentro á obscuras hasta que usted me explica su procedimiento. Y, con todo, creo que mis ojos son tan buenos como los de usted.

—Seguramente — me contestó, encendiendo un cigarrillo y dejándose caer en un sillón;—pero usted ve y no observa: la diferencia está clara. Por ejemplo, usted ha visto á menudo los escalones que conducen del vestíbulo á este cuarto.

—Con mucha frecuencia.

—¿Cuántas veces?

—¡Oh! Centenares de veces.

—Entonces, ¿cuántos son?

—¡Cuántos son! No sé.

—Ya ve usted: no ha observado usted, á pesar de haber visto. Esa es precisamente mi ventaja. Yo sé que son diecisiete escalones, porque los he visto y observado. A propósito: puesto que se interesa usted por estos pequeños problemas y es usted tan amable para conmigo que ha escrito el relato de uno ó dos de mis insignificantes experimentos, quizá se interese usted también en esto. — Y alcanzándome una hoja de grueso papel de color rojizo que había estado en la mesa—ha venido por el último correo—agregó:—léalo usted en voz alta.

La carta no tenía fecha, ni firma, ni dirección.

«Esta noche—decía,—á las ocho menos cuarto, irá á ver á usted un caballero que desea consultarle acerca de un asunto de la mayor importancia. Los servicios que ha prestado usted recientemente á una de las casas reales de Europa, han mostrado que es usted una de esas personas á quienes se puede confiar sin recelo asuntos de una importancia que no podría ser suficientemente exagerada. Estas informaciones acerca de usted, hemos de todas partes recibido. Esté usted, pues, en su cuarto á esa hora, y no se resienta usted si su visitante se presenta enmascarado.»

—Este es, ciertamente, un misterio — dije yo.
—¿Qué se imagina usted que puede ser?

—Todavía no tengo datos. Es un error capital el teorizar antes de tener datos. Insensiblemente, empieza uno á crear hechos que se ajustan á tales y cuales teorías, en vez de aplicar las teorías á los hechos. Pero hablemos de la carta misma. ¿Qué deduce usted de ella?

Examiné cuidadosamente la letra y el papel.

—Es de presumir que el hombre que ha escrito esto, goza de una posición desahogada—observé, tratando de imitar los procedimientos de mi compañero.—Semejante papel no puede comprarse á media corona el paquete. Es peculiarmente fuerte y tupido.

—Peculiar... esa es exactamente la palabra—

dijo Holmes.—No es papel inglés, seguro. Póngalo usted contra la luz.

Hice lo que me decía, y vi una *E* grande con una pequeña *g*, una *P*, y una *G* grande con una pequeña *t* entrelazadas, en el tejido del papel.

—¿Qué cree usted que es eso? — me preguntó Holmes.

—El nombre del fabricante, sin duda; ó, mejor dicho, su monograma.

—Nada de eso. La *G* con la pequeña *t* significan «Gesellschaft», que es la traducción de la palabra «Compañía» en alemán: se acostumbra abreviarla así como en inglés se emplea la abreviatura «C^o». *P*, por supuesto, quiere decir «papel». Ahora veamos la *Eg*. Miremos la Guía Continental. — Y tomó de su estante un pesado volumen color café. — Eglow, Eglonitz... ya llegamos; Egria. Está en país de lengua alemana, en Bohemia, no lejos de Carlsbad. «Notable por haber ocurrido allí la muerte de Wallenstein, por sus numerosas fábricas de vidrio y de papel». Ja, ja, amiguito, ¿qué dice usted de eso?

Los ojos le brillaban, y exhaló de su cigarrillo una gran nube triunfante.

—El papel ha sido hecho en Bohemia — contesté.

—Precisamente. Y el hombre que ha escrito la carta es alemán. ¿Nota usted la peculiar contracción de la frase: «Estas informaciones de usted hemos de todas partes recibido.» Un francés ó un ruso no podrían haber escrito eso: sólo

un alemán es tan descortés para con sus verbos. Sólo falta, por consiguiente, descubrir lo que desea este alemán que escribe en papel bohemio y prefiere venir enmascarado á enseñar la cara. Y aquí viene, si no me engaño, á resolver todas nuestras dudas.

Cuando decía estas palabras, se oyó el retumbar de los cascos de unos caballos y el arrastrarse de unas ruedas para detenerse delante de nuestra puerta, y en seguida un toque de campanilla. Holmes silbó.

—Una pareja, por el ruido—dijo.—Sí—continuó, mirando afuera por la ventana.—Un lindo cupécito y un hermoso tronco, ciento cincuenta guineas cada uno. En este asunto, Watson, hay dinero, aunque no haya otra cosa.

—Creo que lo mejor es que me vaya, Holmes.

—Por nada, doctor. Quédese usted allí donde está. Cuando me falta usted me siento incompleto. Y esto promete ser interesante. Sería una lástima perderlo.

—Pero ese caballero...

—No se preocupe usted de él. Yo puedo necesitar la ayuda de usted, y él también puede necesitarla. Aquí viene. Siéntese usted en el sillón, doctor, y preste usted toda su atención.

Un paso lento y pesado que se había dejado oír en la escalera y en el pasadizo, se detuvo inmediatamente delante de la puerta. En seguida sonó en ésta un golpe fuerte y autoritario.

—¡Adelante!—dijo Holmes.

Entró un hombre que no tendría menos de seis pies y seis pulgadas de alto, con el pecho y los miembros de un Hércules. Su traje era rico, con una riqueza que, en Inglaterra, sería considerada como vecina del mal gusto. Anchas bandas de piel de Astrakán abultaban las bocamangas y las solapas de su saco cruzado, y el gabán azul obscuro puesto sobre sus hombros estaba forrado de seda color de fuego, y asegurado al cuello con un broche formado por un resplandeciente berilo. Unas botas que le subían hasta la mitad de la pierna y que en la parte alta estaban bordadas con rica piel de color habano, completaban la impresión de barbárica opulencia que sugería todo el aspecto de la persona. Llevaba en la mano un sombrero de anchas alas, y en la parte superior de la cara, hasta abajo de los pómulos, una careta negra, que sin duda acaba de ponerse, pues al entrar tenía todavía levantada la mano. Por la parte inferior de la cara, parecía ser hombre de carácter firme: tenía el labio inferior espeso y caído, y el hueso de la barba cortado en línea recta, indicio de decisión llevada hasta la obstinación.

—¿Ha recibido usted mi carta?—preguntó con voz profunda y áspera y un dejo alemán fuertemente acentuado.—En ella anuncié á usted mi venida.

Y nos miraba á uno y á otro, como si no supiese á cuál de los dos dirigirse.

—Ruego á usted que tome asiento—dijo Hol-

mes.—El señor es mi amigo y colega, el doctor Watson, que cuando es necesario tiene la bondad de ayudarme en mis pesquisas. ¿Á quién tengo el honor de hablar?

—Puede usted llamarme conde Von Kramm, noble bohemio. Entiendo que este caballero, amigo de usted, es un hombre de honor y de discreción, á quien puedo confiar un asunto de la importancia más extrema. Si no fuera así, preferiría hablar con usted solo.

Me levanté para marcharme, pero Holmes me tomó del brazo y me obligó á sentarme nuevamente.

—A ambos ó á ninguno—dijo.—Puede usted decir delante de este caballero cuanto quiera usted decirme á mí.

El conde levantó sus anchos hombros.

—Entonces, empezaré—dijo—por comprometer á ambos á un secreto absoluto por dos años; después de ese plazo, el asunto habrá perdido su importancia; pero ahora no es decir mucho el decir que importa tanto, que pueda tener influencia en la historia de Europa.

—Lo prometo—dijo Holmes.

—Y yo.

—Ustedes me dispensarán esta careta—continuó nuestro extraño visitante.—La augusta persona que me emplea desea que ustedes no me conozcan, y debo confesar que el título que acabo de darme no es exactamente el mío.

—Yo lo sabía—contestó Holmes secamente.

—Las circunstancias son sumamente delicadas, y hay que tomar toda clase de precauciones para ahogar lo que podría llegar á ser un inmenso escándalo y á comprometer seriamente á una de las familias reinantes de Europa. Para hablar con claridad, el asunto toca de cerca á la gran casa de Ormstein, á los reyes hereditarios de Bohemia.

—Eso también lo sabía—murmuró Holmes, acomodándose en su sillón y cerrando los ojos.

Nuestro visitante miró con cierta sorpresa visible al hombre lánguido y perezoso que sin duda le había sido descripto como el razonador más incisivo y el agente más enérgico de toda Europa. Holmes reabrió los ojos, y miró impacientemente á su gigantesco cliente.

—Si vuestra majestad condescendiera á explicar el asunto—dijo,—yo podría en seguida darla algún consejo.

El hombre saltó de su asiento, y se puso á pasearse de un lado á otro del cuarto, con incontenible agitación. Después, con un ademán de desesperación, se arrancó de la cara el antifaz y lo arrojó violentamente al suelo.

—Ha dicho usted la verdad—gritó:—yo soy el rey. ¿Por qué habría de intentar ocultarlo?

—¿Por qué, ciertamente?—murmuró Holmes. —Vuestra majestad no habia hablado aún, cuando yo sabía que tenía delante de mí á Wilhelm Gottsreich Sigismond von Armstein, gran duque de Cassel-Felstein, y rey hereditario de Bohemia.

—Pero usted puede comprender—dijo nuestro extraño visitante, sentándose otra vez y pasándose la mano por la blanca y espaciosa frente,—usted puede darse cuenta de que no estoy acostumbrado á arreglar semejantes cosas en persona. Sin embargo, el asunto era tan delicado que no podía confiarlo á un agente sin ponerme en sus manos. He venido *incógnito* de Praga, con el objeto de consultar con usted.

—Entonces, sírvase usted consultar—dijo Holmes, cerrando los ojos una vez más.

—Los hechos son, en resumen, estos: hace unos cinco años, durante una larga visita que hice á Varsovia, tuve relaciones con la conocida aventurera Irene Adler. Este nombre es, sin duda, familiar para usted.

—Tenga usted la *amabilidad* de buscarla en mi índice, doctor—murmuró Holmes sin abrir los ojos.

Desde hacía años había adoptado el sistema de cortar de los diarios todos los párrafos concernientes á hombres y cosas, de modo que era difícil mencionar en su presencia á una persona ó á un asunto, que él no pudiera en el acto dar informaciones sobre el particular. La biografía de Irene Adler estaba allí, metida entre la de un rabí hebreo, y la de un comandante que había escrito una monografía sobre los peces de aguas profundas.

—Déjeme usted ver—dijo Holmes.—¡Jum! Nacida en Nueva Jersey en el año 1858. Contrat-

to... ¡jum! La Scala, ¡jum! Prima donna en la Opera Imperial de Varsovia... ¡Sí! Retirada del teatro... ¡ah! Vivió en Londres... ¡eso es! Vuestra majestad, según entiendo, se enredó con esa joven persona, la escribió algunas cartas, y ahora desea que le devuelva esas cartas.

—Precisamente eso. Pero ¿cómo?...

—¿Ha habido matrimonio secreto?

—Ninguno.

—¿No hay papeles legalizados ni certificados?

—Ninguno.

—Entonces, no alcanzo á seguir las explicaciones de vuestra majestad. Si esa joven persona presenta sus cartas con propósitos de *chantage* ú otros, ¿cómo podrá probar su autenticidad?

—Mi letra está en esas cartas.

—¡Vaya, vaya! Falsificadas.

—Escritas en mi papel de cartas privadas

—Robado.

—Mi sello personal.

—Imitado.

—Mi fotografía.

—Comprada.

—En la fotografía estamos juntos ella y yo.

—¡Oh, señor! Eso está malo. Vuestra majestad cometió en eso positivamente una indiscreción.

—Estaba loco... demente.

—Vuestra majestad se ha comprometido seriamente.

—Entonces no era más que príncipe heredero. Era joven: ahora apenas tengo treinta años.

—Hay que recuperar esas cartas.

—Lo hemos procurado, pero sin resultado.

—Vuestra majestad debe pagarlas. Hay que comprarlas.

—Ella no las vende.

—Robárselas entonces.

—Cinco tentativas hemos hecho. En dos ocasiones, bandoleros pagados por mí han saqueado la casa. Otra vez, estando ella en viaje, se le substraño todo su equipaje. Dos veces se le han tendido celadas. Ningún resultado ha producido todo esto.

—¿Ningún indicio de las cartas?

—Absolutamente ninguno.

Holmes se rió.

—El problema es lindo—dijo.

—Pero muy serio para mí—replicó el rey en tono de reproche.

—Muy serio, en verdad. ¿Y qué se propone hacer con la fotografía?

—Conducirme á la ruina.

—Pero ¿cómo?

—Estoy en vísperas de casarme.

—Lo he oído decir

—Con Clotilde Lothman de Sajonia-Meiningen, segunda hija del rey de Escandinavia. Usted debe conocer la estrictez de principios de

la familia de mi novia, y ella, personalmente, es la esencia misma de la delicadeza. La sombra de una duda sobre mi conducta, pondría fin al asunto.

—¿E Irene Adler?

—Amenaza con enviarles la fotografía. Y lo hará: yo sé que lo hará. Usted no la conoce, tiene un alma de acero. Tiene la cara de la más bella de las mujeres, y el cerebro del más resuelto de los hombres. Para impedir que me case con otra mujer, no hay extremos á que no iría... no lo hay.

—¿Está usted seguro de que todavía no la ha enviado?

—Estoy seguro.

—¿Y por qué?

—Porque ha dicho que la enviará el día en que se proclamen públicamente los esponsales. Eso será el lunes próximo.

—¡Oh! Entonces, tenemos todavía tres días— dijo Holmes con un bostezo.—Es una gran fortuna, porque por ahora tengo dos ó tres asuntos á que atender. ¿Vuestra majestad, por supuesto, permanecerá por ahora en Londres?

—Seguramente. En el hotel Langham me encontrará usted, con el nombre de conde von Kramm.

—Entonces, allá le dejaré una línea para hacerle saber lo que adelantamos.

—Se lo ruego. Voy á ser todo ansiedad.

—¿Y en cuanto á dinero?

—Tiene usted *carte blanche*.

—¿Absolutamente?

—Digo á usted que daría una de las provincias de mi reino por esa fotografía.

—¿Y para los gastos inmediatos?

El rey sacó de dentro de su saco una pesada bolsa de piel de zapa y la puso en la mesa.

—Aquí hay trescientas libras en oro y setecientas en billetes—dijo.

Holmes escribió un recibo en una hoja de su libro de apuntes y se lo entregó.

—¿Y la dirección de mademoiselle?

—Es Briony Lodge, Serpentine Avenue, Saint John's Wood.

Holmes anotó esos datos.

—Otra pregunta—dijo:—la fotografía ¿era de tamaño «gabinete»?

—Sí.

—Basta. Buenas noches, majestad. Confío en que pronto tendremos alguna buena noticia para usted. Y buenas noches, Watson—añadió cuando las ruedas del cupé real rodaron por la calle.—Si mañana á las tres de la tarde tiene usted la bondad de venir, me agradecerá charlar con usted de este asuntito.

II

Exactamente á las tres llegué á la casa de la calle Baker, pero Holmes no había vuelto aún. La dueña de la casa me dijo que habían salido poco después de las ocho de la mañana. Me

senté al lado del fuego con la intención de esperarle, por mucho que tardara. Su investigación me interesaba ya profundamente, pues, aunque no veía en torno mío ninguna de las circunstancias sombrías y extrañas que caracterizaban los dos crímenes relatados ya por mí en otra parte, la naturaleza del caso y la elevada posición del cliente daban, sin embargo, un carácter propio al asunto. Ciertamente, aparte de la naturaleza de la investigación que mi amigo tenía entre manos, había algo en su magistral manera de dominar una situación, en su agudo, incisivo razonamiento, que hacían un placer para mí el estudiar su sistema de trabajo y seguir los rápidos, sutiles métodos con que desenredaba los más inextricables misterios.

Tan acostumbrado me hallaba á sus invariables triunfos, que hasta la posibilidad de un fracaso había cesado de venirme á la cabeza.

Eran casi las cuatro cuando la puerta se abrió y un groom con cara de borracho, de ademanes bruscos y patillas cortas, cara inflamada y ropas indecentes, entró en el cuarto. No obstante lo acostumbrado que estaba á la pasmosa habilidad de mi amigo para disfrazarse, tuve que mirarle tres veces antes de adquirir la certeza de que realmente era él. Saludó con la cabeza y se eclipsó en el dormitorio, de donde salió á los cinco minutos decentemente vestido y con su aspecto digno de siempre. Metiéndose las manos en los bolsillos, estiró las piernas delante

del fuego y durante algunos minutos se rió con todas sus ganas.

—¡Vaya, vaya!—exclamó, y la risa lo ahogaba; y se rió otra vez y otra, hasta verse obligado á tenderse de espaldas en la silla, cansado, exhausto.

—¿Qué pasa?

—Lo que pasa es demasiado divertido. Estoy seguro de que no podría adivinar nunca cómo he empleado la mañana, ni á qué resultado he llegado.

—No lo puedo imaginar. Supongo que ha estado usted averiguando las costumbres, y quizá estudiando la casa de la señorita Irene Adler.

—Así es; pero lo que siguió á ese estudio fué bastante inesperado. Voy á decirlo á usted todo. Salí de aquí poco después de las ocho, personificando á un groom sin trabajo. Hay entre los hombres que manejan caballos, una maravillosa simpatía mutua, una masonería. Sea usted uno de ellos, y luego sabrá cuanto por ellos se puede saber. Pronto estuve en Briony Lodge. Es un verdadero *bijou* esa villa, con su jardín detrás, y construida en la misma orilla del camino: tiene dos pisos. Anchas gradas en la puerta, espaciosa sala á la derecha, bien amueblada, con largas ventanas que casi tocan el suelo, y esas anticuadas aldabas de ventanas que un niño puede abrir. Nada de notable había detrás, á no ser esta observación: á la ventana del pasadizo se puede llegar por el techo de la cochera. Me

paseé en torno de la casa y la examiné estrechamente de todos sus puntos de vista, pero sin notar otra cosa interesante.

Después eché á andar calle abajo, y encontré, como esperaba, las caballerizas en un callejón que corre á lo largo de una pared del jardín. Di una mano á los palafreneros que frotaban á sus caballos, y en cambio recibí dos peniques, un vaso de media y media (cerveza blanca y negra mezcladas), dos pipas de tabaco picado y todas las informaciones que podía desear acerca de la señorita Adler; no mencionaré á media docena de otras personas de la vecindad, con respecto á las cuales no tenía el menor interés, pero cuyas biografías me vi obligado á escuchar.

—Y ¿qué hay de Irene Adler?—pregunté.

—¡Oh! Ha trastornado todas las cabezas de los hombres en el barrio. Es la cosita más delicada que se pone sombrero en este planeta: así lo dicen los cronistas de las caballerizas, unánimemente. Vive en gran tranquilidad, canta en conciertos, sale en carruaje todas las tardes á las cinco, y vuelve á las siete en punto, á comer. Rara vez sale en otras horas, á no ser cuando canta. Tiene sólo un visitante varón, pero lo tiene con abundancia. Es moreno, buen mozo y elegante: nunca va á verla menos de una vez por día, y á menudo dos veces. Se llama Godfrey-Norton y es abogado. Vea usted las ventajas de tener á los cocheros de plaza por confidentes: éstos lo han llevado á su casa doce-

nas de veces, y lo conocen con todos sus pormenores. Cuando hube escuchado todo lo que tenían que decirme, empecé á pasearme otra vez de arriba abajo por cerca de Briony Lodge, y á madurar mi plan de campaña.

Ese Godfrey-Norton era, evidentemente, un importante factor en el asunto. Es abogado: eso me sonaba con sonido ominoso. ¿Cuáles eran sus relaciones con ella, y cuál el objeto de sus repetidas visitas? ¿Era su cliente, su amiga, su querida? Si lo primero, probablemente ella le había dado á guardar la fotografía. Si lo último, había menor probabilidad de que se la hubiera entregado. De la solución de esta cuestión dependía el que yo continuara mi tarea en Briany Lodge ó volviera mi atención hacia el departamento que el caballero ocupa en el barrio del Temple. El punto era delicado, y hacía que el campo de mis investigaciones se ensanchara. Temo estar cansando á usted con estos detalles, pero tengo que hacer ver á usted las pequeñas dificultades con que he tropezado, para que comprenda usted la situación.

—Sigo con la mayor atención lo que usted me refiere—le contesté.

—Todavía pesaba el asunto en mi mente, cuando un coche de plaza llegó á Briony Lodge, y de él saltó un caballero. Era un hombre de notable hermosura, moreno, de nariz aguileña y bigotes: evidentemente el hombre de quien me habían hablado. Parecía estar muy de prisa:

gritó al cochero que le esperara, y pasó por junto á la criada que le abrió la puerta, con la manera de quien está en su casa.

Tardó adentro como media hora, durante la cual pude verle á ratos, por las ventanas de la sala, paseándose de un lado á otro, hablando con sobreexcitación y moviendo los brazos. A ella no la ví. De repente salió el hombre, con la apariencia de tener más prisa aún. Al dirigirse al coche sacó del bolsillo un reloj de oro y lo miró atentamente: «¡Corre como el diablo!—gritó.—Primero á la casa Gross y Hankey, en la calle del Regente, y luego á la iglesia de Santa Mónica, que está en la avenida Edgware. ¡Media guinea si lo haces en veinte minutos!»

Partió el coche á escape, y estaba yo preguntándome todavía si no haría bien en seguirlo, cuando bajó por el callejón un pequeño landó muy bonito, guiado por un cochero que apenas se había abotonado á medias y tenía la corbata junto á las orejas: en los arneses, no había una hebilla ajustada. No bien se había detenido el carruaje, salió ella del vestibulo, como un rayo, y entró en el landó. Sólo pude verla un segundo, pero lo suficiente para ver que era una mujer adorable, con una cara por la cual podría morir un hombre.

—¡A la iglesia de Santa Mónica! ¡Juan—gritó, —y medio soberano si llega usted en veinte minutos!

—Aquello era demasiado bueno para perder-

lo, Watson. Pensaba en si correría á pie tras del landó ó me prendería de él, cuando pasó por la calle un coche de plaza. El cochero miró dos veces al sucio pasajero que se le presentaba; pero yo salté adentro antes de que pudiera oponerse.

—A la iglesia de Santa Mónica —le dije,—y medio soberano si llega usted en veinte minutos.

Mi cochero hizo correr á los caballos, y no creo haber ido nunca en carruaje con tanta velocidad; pero cuando llegamos ya estaban los otros allí. El cupé de plaza y el landó, con sus humeantes caballos, estaban delante de la puerta. Pagué al cochero, y me precipité adentro de la iglesia. No había en ella un alma, salvo las dos personas á quienes había seguido yo, y un sacerdote cubierto con su sobrepelliz, el cual parecía estar en discusión con ellos. Los tres estaban en grupo delante del altar. Yo me puse á recorrer la nave lateral, como cualquier ocioso que cae por casualidad en una iglesia. De repente, con sorpresa mía, los tres se volvieron hacia mí, y Godfrey Norton se me acercó corriendo tan á prisa como podía.

—¡Loado sea Dios!—gritó.—Usted va á servirnos. ¡Venga usted, venga!

—¿Qué pasa, pues?—le pregunté.

—¡Venga usted, hombre, venga usted! Sólo tres minutos para que sea legal.

Casi me arrastró hasta el altar, y antes de

que yo supiera dónde estaba, me encontré mascullando respuestas que me susurraban en el oído, y certificando cosas de que nada sabía, y, en resumen, contribuyendo al seguro enlace de Irene Adler, soltera, con Godfrey-Norton, soltero. Todo se hizo en un instante; y el caballero me daba las gracias por un lado y la dama por el otro, mientras el clérigo me bendecía por delante. Mi situación era la más extraña en que me había visto en mi vida, y el recuerdo de ella era lo que me hacía reír aquí ahora. Parece que había algún defecto en la licencia para el casamiento, que el sacerdote se negaba terminantemente á casarlos sin que hubiera un testigo, de cualquier clase que fuera, y que mi afortunada aparición salvó al novio de salir á la calle en busca de un padrino. La novia me dió un soberano, y yo me propongo llevarlo en la cadena de mi reloj, en recuerdo del lance.

—Ese giro del asunto ha sido de lo más inesperado—dije;—¿y qué sucedió después?

—Que me hallé con mis planes muy seriamente amenazado. Aquello parecía indicar que la pareja se preparaba á ausentarse inmediatamente, lo que requería de mi parte medidas rapidísimas y enérgicas. En la puerta de la iglesia, sin embargo, se separaron, él para volver al templo, y ella á su casa. «A las cinco, como de costumbre, estaré en el Parque»—dijo ella al marcharse. Cada uno se fué en su dirección, y yo me vine á hacer también mis arreglos.

—¿Cuáles son?

—Un poco de carne fría y un vaso de cerveza —me contestó, tocando la campanilla,—He estado demasiado ocupado para pensar en comer, y probablemente lo estaré todavía más esta noche. A propósito, doctor; voy á necesitar su cooperación.

—Tendré infinito placer.

—¿A usted no le importa infringir la ley?

—Ni pizca.

—¿Ni correr el riesgo de que lo arresten?

—No, cuando es por una buena causa.

—¡Oh! ¡La causa es excelente!

—Entonces, soy el hombre que usted necesita.

—Estaba seguro de que podía contar con usted.

—Pero, ¿qué desea usted hacer?

—Una vez que la señora Turner haya traído la bandeja, voy á explicarlo á usted... Ahora—añadió, volviéndose ávidamente al sencillo refrigerio que la patrona acababa de dejarle:—necesito hablar mientras como, porque no dispongo de mucho tiempo. Ya son cerca de las cinco. Dentro de dos horas tenemos que estar en el teatro de la acción. La señorita, ó mejor dicho, la señora Irene, vuelve de su paseo á las siete. Nosotros iremos á Brione Lodge á encontrarnos con ella.

—¿Y entonces?

—Eso déjemelo usted á mí. Ya he arreglado lo que ocurrirá. Hay sólo un punto en el que debo

insistir: usted no tiene que mezclarse en nada, suceda lo que suceda. ¿Entiende usted?

—¿Tengo que mantenerme neutral?

—Tiene usted que no hacer nada, nada. Probablemente sucederá algo desagradable: no intervenga usted en ello. Eso me ayudará á entrar en la casa. Cuatro ó cinco minutos después de estar yo adentro, se abrirá la ventana de la sala. Usted se pondrá lo más cerca de esa ventana abierta.

—Bien.

—Se fijará usted en mí, porque yo estaré visible para usted.

—Bien.

—Y cuando yo alce la mano... así... arrojará usted adentro de la sala lo que yo le daré para que arroje, y, al mismo tiempo, dará usted á gritos la alarma de incendio. ¿Sigue usted bien lo que le digo?

—Enteramente.

—No se trata de nada estupendo—añadió, sacando de su bolsillo un rollo en forma de cigarrillo.—Este es un cohete de humo, provisto de un fulminante en cada uno de sus extremos para que se encienda. A eso se reduce la tarea de usted. Cuando lance usted el grito de ¡fuego! lo repetirán numerosas personas. Entonces se dirigirá usted á la esquina de la calle, y al cabo de diez minutos yo me uniré á usted. ¿Supongo que he sido bastante claro?

—Yo tengo que permanecer neutral, que po-

nerme junto á la ventana, que fijarme en usted, y, al ver la seña, arrojar adentro este objeto; dar enseguida la alarma de incendio, y esperar á usted en la esquina.

—Precisamente.

—Entonces, puede usted confiar enteramente en mí.

—Excelente. Ahora creo que es hora de que me prepare para el nuevo *rôle* que tengo que desempeñar.

Desapareció en su dormitorio, y volvió á los pocos minutos, con el exterior de un clérigo nonconformista, amable y simplón. Su ancho sombrero negro, su pantalón ancho, su corbata blanca, su simpática sonrisa y su mirada que expresaba una investigadora y benévola curiosidad, eran tales que sólo un gran actor podría igualarlas. Con Holmes pasaba que no solamente cambiaba de traje: su expresión, sus maneras, su misma alma parecían variar con cada nuevo papel que asumía. El teatro perdió un suberbio actor, así como la ciencia perdió un agudo razonador, cuando Sherlock Holmes se hizo especialista en crimen.

Eran las seis y cuarto cuando salimos de la casa, y todavía faltaban diez minutos para la hora cuando llegamos á la avenida Serpentina. Ya había oscurecido, y en Briony Lodge acababan de encender las luces cuando empezamos á pasearnos de arriba abajo, esperando la llegada de la inquilina. La casa era tal cual me

lo había figurado por la sucinta descripción de Sherlock Holmes, pero el barrio parecía ser menos tranquilo de lo que yo esperaba. Al contrario, para ser una pequeña calle de un soberbio apacible, estaba demasiado animada. En una esquina había un grupo de hombres desarrapados que fumaban y reían, un afilador que hacía andar su rueda, dos soldados que enamoraban á una niñera, y varios jóvenes bien vestidos que se paseaban perezosamente, con el cigarro en la boca.

—Vea usted—me observó Holmes, mientras íbamos y veníamos por delante de la casa:—este casamiento simplifica más bien la cuestión. La fotografía es ahora una arma de dos filos. Es muy probable que nuestra dama sea tan adversa á dejarla ver por el señor Godfrey-Norton, como lo es nuestro cliente á que la vea la princesa. Ahora la cuestión es ésta: ¿dónde vamos á encontrar la fotografía?

—Sí, ¿dónde?

—No es creíble que ella la lleve consigo: es de tamaño gabinete, demasiado grande para ocultarla en los vestidos de una mujer. Ella sabe, además, que el rey es capaz de hacerla caer en una emboscada y registrarla. Ya ha habido dos tentativas de esa clase. Podemos, pues, creer que no la lleva consigo.

—¿Dónde la tiene, entonces?

—En poder de su banquero ó de su abogado; existe esa doble posibilidad, pero no me siento

inclinado á creer en una ni en otra. Las mujeres son naturalmente reservadas, y las gusta conservar para sí solas sus secretos. ¿Por qué habría ésta de entregar el suyo á otra persona? Podría confiar el retrato para que se lo guardaran, pero no podría decir la influencia indirecta ó política que la misma fotografía sería capaz de ejercer en un hombre. Además, acuérdesese usted de que ella había resuelto servirse de ese retrato dentro de pocos días: debe, por lo tanto, tenerlo al alcance de la mano. Debe tenerlo en su casa.

—Pero la casa ha sido invadida dos veces por gente que iba en busca del retrato.

—¡Pts! Esa gente no ha sabido buscar.

—Y usted ¿cómo buscará?

—Yo no buscaré.

—Entonces, ¿qué?

—Haré que ella me diga dónde está.

—Se negará á decírselo.

—No podrá. Pero oigo ruido de ruedas: es su coche. Cumpla usted mis órdenes al pie de la letra.

Decía estas palabras, cuando el resplandor de los faroles de un carruaje alumbró la curva de la avenida: era un pequeño landó, muy bonito, que fué á detenerse en la puerta de Briany Lodge.

En el momento en que el cochero paraba los caballos, uno de los vagabundos que estaban en la esquina, se abalanzó á abrir la portezuela,

en la esperanza de ganar unos centavos, pero otro vagabundo que se había lanzado con la misma intención, le dió un fuerte empujón. Los dos individuos entraron instantáneamente en pelea encarnizada, la que se agravó en seguida porque los dos soldados intervinieron en favor de uno de los contendientes, y también intervino el afilador, furiosamente en favor del otro. Uno dió un golpe, y como por encanto, la dama que había salido del carruaje, se vió en el centro del apretado torbellino de hombres jadeantes que se daban feroces trompadas y garrotazos. Holmes se precipitó hacia el grupo, para defender á la dama; pero en el mismo instante en que llegaba junto á ella, dió un grito y cayó al suelo, con la cara sangrando abundantemente. Al verle caer, los soldados huyeron desolados en una dirección, y los vagabundos en otra, al mismo tiempo que algunos hombres mejor vestidos, que habían presenciado la riña sin tomar parte en ella, se acercaron á proteger á la dama, y á socorrer al herido.

Irene Adler se había apresurado á subir la gradería de la casa; pero una vez arriba se detuvo, y su soberbia figura se destacó sobre el vestibulo alumbrado. Miró atentamente á la calle y:

—¿Está muy lastimado el pobre señor?—preguntó.

—Está muerto—gritaron varias voces.

—No, no, todavía está con vida—exclamó

otro.—Pero morirá antes de llegar al hospital.

—Es un valiente—dijo una mujer.—A no ser por él, los bribones se habrían llevado el portamonedas y el reloj de la señora. Eran una pandilla, y de las peores. ¡Ah! Ya respira.

—No puede seguir tendido en la calle. ¿Podemos llevarlo adentro, señora?

—Ciertamente. Tráiganlo á la sala. Allí hay un sofá cómodo. ¡Por aquí, por aquí!

Lenta y solemnemente, llevaron á Sherlock Holmes al interior de Briany Lodge, y le acostaron en la pieza principal. Mientras tanto, yo observaba lo que ocurría, desde mi puesto en la ventana. Las luces habían sido encendidas, pero las celosías no habían sido bajadas, de manera que yo podía ver á Holmes acostado en el canapé. Yo no sé si él sentiría algún remordimiento en ese instante por la farsa que representaba; pero yo sé que nunca en mi vida me sentí más avergonzado de mí mismo, que cuando ví á la bella persona contra la cual estaba conspirando, y la gracia y bondad con que atendía al herido. Y, sin embargo, habría sido la traición más negra hacia Holmes el abandonar la parte que él me había confiado. Llamé toda mi energía en mi ayuda, y tomé el cohete de humo del bolsillo interior de mi ulster. «Al fin y al cabo—pensé—no le hacemos daño á ella. Lo único que hacemos es impedir que ella lo haga á otro.»

Holmes se había sentado en el sofá, y lo ví

moverse como una persona á quien falta el aire. Una sirvienta corrió á la ventana y la abrió de par en par. En el mismo instante, ví á Holmes alzar la mano, y á esa señal lancé mi cohete adentro del cuarto, gritando «¡Fuego!» No bien había salido la palabra de mi boca, la multitud entera, de espectadores, bien vestidos y andrajosos, caballeros, lacayos y criadas, prorrumpieron en un grito general de «¡Fuego!» Espesas nubes de humo llenaban la sala y salían por la ventana. Ví, confusamente, personas que corrían, y oí la voz de Holmes que les aseguraba que aquello no era más que una falsa alarma. Deslizándome por entre la voceante muchedumbre, me dirigí á la esquina, y á los diez minutos tuve el placer de sentir el brazo de mi amigo en el mío, y de alejarme con él del teatro del tumulto. Holmes anduvo en silencio durante unos pocos minutos, hasta que hubimos dado vuelta y entrado en una de las tranquilas calles que conducen á la avenida Edgeware.

—Lo ha hecho usted lindamente, doctor— me dijo él.—Nada podía haberme servido mejor ¡Perfectamente!

—¿Tiene usted la fotografía!

—Sé dónde está.

—¿Y cómo lo descubrió usted?

—Ella me lo dijo, como yo había advertido á usted que lo haría.

—Todavía estoy á oscuras.

—No deseo hacer misterio—dijo él, riéndose.
—El asunto es sumamente sencillo. Usted, por supuesto, observaría que todos los que estaban en la calle eran cómplices nuestros. A todos los tenía contratados para la función.

—Ya lo había supuesto.

—Bueno. Cuando estalló la riña, yo tenía en la palma de la mano un poco de pintura roja. Corrí hacia el grupo, me pasé la mano por la cara, y mi persona fué en un instante un cuadro lastimoso. La treta es vieja.

—Tambien eso lo comprendí.

—Me llevaron adentro. Ella tenía que verse obligada á dejar que me llevaran. ¿Qué podía hacer? Y así entré en la sala, que era el cuarto de que yo sospechaba. La cosa debía estar entre la sala y el dormitorio, y yo estaba resuelto á saber cuál de las dos habitaciones era la que contenía el depósito.

Me acostaron en el sofá, hice ademán de que necesitaba aire, tuvieron que abrir la ventana, y llegó el momento de que usted procediera.

—¿De qué manera ayudó á usted el cohete?

—Eso tenía importancia principal. Cuando una mujer cree que su casa se quema, su instinto la lleva en el acto á salvar el objeto que estima en más. Ese es un impulso que domina por completo, y más de una vez me he aprovechado de él. En el caso del escándalo de Darlington me sirvió de mucho, y también en el asunto del Castillo de Arnsworth. Una madre corre á salvar á

su hijo, una que no es madre acude á su cofre de joyas. Pero, en este caso era claro para mí que nuestra dama nada tenía en la casa que le fuera más precioso que aquello que nosotros buscábamos: seguro estaba de que se precipitaría al sitio en que lo tenía guardado, para sacarlo consigo. La alarma de incendio fué admirablemente dada. Ese humo y ese griterío habrían sido suficientes para poner en conmoción nervios de acero. Ella correspondió soberbiamente. La fotografía está en un escondrijo, detrás de una tablilla corrediza, exactamente encima del botón de campanilla que queda á la derecha. En un segundo estuvo ella en ese sitio, y alcancé á ver la fotografía en el momento en que la sacó. Cuando grité que aquello no era más que una falsa alarma, volvió á poner allí la fotografía, vió el cohete, se precipitó afuera del cuarto, y no la he vuelto á ver. Yo me levanté, formulé mis excusas, y me escapé de la casa. Vacilaba sobre si trataría de apoderarme en el acto de la fotografía; pero el cochero había entrado y me observaba atentamente, por lo cual prefería esperar. Un pequeño exceso de precipitación podía perderlo todo.

—¿Y ahora?—le pregunté.

—Nuestra investigación ha terminado, prácticamente. Mañana iré á la casa con el rey, y con usted, si desea usted ir con nosotros. Se nos hará entrar en la sala para que esperemos á la señora, y es probable que cuando entre ella en

la sala no nos encuentre ya, ni encuentre la fotografía. Para su majestad el rey será una satisfacción el recuperarla con sus propias manos.

—¿Y á que hora piensa usted ir?

—A las ocho de la mañana. Todavía no se habrá levantado de la cama, de manera que todo el campo estará á nuestra disposición. Además, tenemos que proceder con prontitud porque el matrimonio de Irene Adler puede significar un completo cambio en su vida y costumbres. Tengo que telegrafiar al rey en seguida.

Habíamos llegado á la calle Baker, y en ese instante nos deteníamos delante de la puerta. Holmes se llevaba la mano al bolsillo para sacar la llave, cuando alguien que pasaba dijo:

—Buenas noches, señor Sherlock Holmes.

Varias eran las personas que pasaban por la acera en ese momento, pero el saludo parecía venir de un joven delgado, cubierto con un ulster, el cual se alejó precipitadamente.

—He oído esta voz antes de ahora—dijo Holmes, fijando la mirada en el lado de la mal alumbrada calle por donde había desaparecido el jovenzuelo,—pero no sé quién diablos pueda ser.

III

Esa noche dormí en el departamento de la calle Baker, y Holmes y yo estábamos entregados á nuestro café con tostadas, cuando el rey de Bohemia entró de prisa en el cuarto.

—¿La tiene usted realmente?—gritó empuñando á Sherlock Holmes por ambos hombros mirándole ansiosamente la cara.

—Todavía no.

—¿Pero abriga usted alguna esperanza?

—Abrigo una esperanza.

—Entonces, vamos. Ardo en impaciencia de estar allá.

—Tenemos que hacer, llamar un coche.

—No; mi cupé está abajo.

—Eso simplifica las cosas.

Bajamos, y nos dirigimos una vez más á Briany Lodge.

—Irene Adler se ha casado—dijo Holmes.

—¡Casado! ¿Cuándo?

—Ayer.

—Pero ¿con quién?

—Con un abogado inglés que se llama Norton.

—Pero ella no puede amar á ese hombre.

—Mi esperanza es que le ame.

—¿Por qué tal esperanza?

—Porque eso ahorrará á vuestra majestad todo temor de futuras molestias. Si esa señora ama á su esposo, no ama á vuestra majestad; y si no ama á vuestra majestad, no hay razón para que piense en estorbar el proyecto de vuestra majestad.

—Es cierto. ¡Y sin embargo!... ¡Sí, ojalá hubiera sido de mi categoría! ¡Qué reina habría sido!

Dicho esto se sumió en un sombrío silencio, que no fué interrumpido hasta que llegamos á la avenida Serpentina.

La puerta de Briony Lodge estaba abierta, y en lo alto de la gradería se hallaba, en pie, una mujer entrada en años. Nos contempló con mirada sardónica cuando salimos los tres del cupé.

—¿Creo que es el señor Sherlock Holmes?— dijo.

—Soy Sherlock Holmes—contestó mi compañero, mirándola con mirada interrogadora y no exenta de asombro.

—¡Muy bien! Mi patrona me dijo que probablemente vendría usted. Esta mañana se marchó, en el tren que sale de Charing Cross á las 5.15, para el Continente.

—¡Qué! (Sherlock Holmes retrocedió, pálido de pesar y de sorpresa)—¿Quiere usted decir que se ha marchado de Inglaterra?

—Para no volver nunca.

—¿Y los papeles?—preguntó el rey.—¡Todo eso se ha perdido!

—Vamos á verlo—contestó Sherlock Holmes.

Empujó á la sirvienta á un lado, y se precipitó á la sala, seguido por el rey y por mí. Los muebles estaban desparramados por todas partes, las gabetas abiertas y vacías, como si su dueña las hubiera saqueado antes de escaparse. Holmes corrió al botón de la campanilla, arrancó una tablilla que cerraba el escondrijo de la pared, y, hundiendo la mano en el hueco, sacó

una fotografía y una carta. La fotografía era un retrato de Irene Adler, vestida en traje de baile, y la carta tenía este sobreescrito: «Para el señor Sherlock Holmes. Dejarla aquí hasta que él venga á buscarla». Mi amigo desgarró el sobre, y los tres leímos juntos la carta. Estaba fechada á las 12 de la noche anterior, y decía así:

«*Mi estimado señor Sherlock Holmes:—*Realmente, lo hizo usted muy bien. Me hizo usted caer por completo en el lazo. Hasta después de la alarma de incendio, no tenía la menor sospecha. Pero cuando ví cómo me había traicionado yo misma, empecé á reflexionar. Desde hace meses se me había advertido que me guardara de usted. Se me había dicho que si el rey empleaba un agente, ese sería usted, seguramente. Y me habían dado las señas del domicilio de usted. A pesar de todo esto, usted consiguió hacerme revelar lo que quería usted saber. Aún después de haber concebido sospechas, me parecía duro pensar mal de un clérigo anciano, tan simpático y tan bueno. Pero usted sabe que yo he sido actriz. El traje masculino es nada para mí, y á menudo me aprovecho de las ventajas que proporciona. Mandé á Juan, mi cochero, á vigilar, á usted corrió arriba á mi cuarto, me puse mis ropas de paseo, como las llamo yo, y bajé en el mismo momento en que usted se marchaba.

«Sí, señor. Y lo seguí á usted hasta su puerta, y así me cercioré de que realmente era un ob-

jeto de interés para el célebre Sherlock Holmes. Entonces, confieso que imprudentemente, dí á usted las buenas noches, y me fuí al Temple á ver á mi esposo.

«Los dos juzgamos que el mejor recurso era la fuga, si nos perseguía un antagonista tan formidable; de modo que cuando vaya usted mañana en mi busca, encontrará vacío el nido.

En cuanto á la fotografía, el cliente de usted puede descansar en paz. Amo y soy amada por un hombre mejor que él. El rey puede hacer lo que quiera, sin temor de que lo moleste aquella á quien ha lastimado cruelmente. Si me quedo con la fotografía es para salvaguardia de mi persona, para conservar una arma que me asegurará siempre contra cualquier paso que quiera en lo porvenir dar contra mí. Dejo, sí, una fotografía que podría agradarle poseer, y de usted me despido, estimado señor Sherlock Holmes, como su muy atenta servidora—*Irene Norton, NEE Adler.*»

—¡Qué mujer! ¡oh, qué mujer!—exclamó el rey de Bohemia, una vez que hubimos leído la epístola los tres.—¿No habia dicho á ustedes cuan rápida y resuelta era? ¿No es una lástima que no fuera de mi rango?

—Por lo que he visto de la dama, parece, cierto, que es de diferente categoría que vuestra majestad—dijo Holmes, friamente.—Siento mucho no haber conducido el asunto á una conclusión mejor.

—¡Al contrario, querido señor!—exclamó el rey.—Ningún resultado podía ser mejor. Yo sé que la palabra empeñada por ella es inviolable. La fotografía me inquieta ahora tan poco como si hubiera sido quemada.

—Me alegro de oír á vuestra majestad decir eso.

—Yo debo á usted una inmensa gratitud. Le ruego me diga de qué manera puedo recompensarlo. Este anillo...

Se sacó del dedo un anillo en forma de serpiente con una esmeralda, y lo presentó á Holmes en la palma de la mano.

—Vuestra majestad tiene otra cosa que yo estimaría mucho más—dijo Holmes.

—No tiene usted más que designarla.

—Ese retrato.

El rey lo miró con asombro.

—¡El retrato de Irenel—exclamó.—Ciertamente si lo desea usted.

—Lo agradezco á vuestra majestad. Ahora, ya no hay nada más que hacer en el asunto. Tengo el honor de desear buenos días á vuestra majestad.

Saludó con una reverencia, y, volviéndose sin mirar la mano que el rey le extendía, salió conmigo, en dirección á su casa.

Y así fué como un gran escándalo amenazó turbar la paz del reino de Bohemia, y como los mejores planes del señor Sherlock Holmes fueron frustrados por la habilidad de una mujer.

En otros tiempos solía reirse de la inteligencia de las mujeres, pero desde entonces no le he oído repetir esa clase de bromas. Y cuando habla de Irene Adler, ó alude á la fotografía, siempre emplea el honroso calificativo de *la* mujer.

UN CASO DE IDENTIDAD

—Mi querido amigo—dijo Sherlock Holmes, cuando estuvimos sentados delante de la estufa, en su departamento de la calle Baker;—la vida es infinitamente más extraña de cuanto podía hacerla la inventiva humana. No hay hombre que se atrevería á concebir cosas que son meros lugares comunes de la existencia. Si usted y yo pudiéramos volar afuera por esa ventana, cogidos de la mano, cernernos por sobre esta gran ciudad, levantar suavemente los techos, y echar una ojeada á las curiosas cosas que ocurren, á las extrañas coincidencias, los planes, los contraproyectos, las maravillosas cadenas de acontecimientos que se extienden á través de las generaciones y conducen á los resultados más *outrés*, ese espectáculo haría enteramente superflua é insípida la ficción, con todos sus convencionalismos y conclusiones previstas.

—Y, sin embargo, yo no estoy convencido de ello—contesté.—Los casos que salen á luz en los periódicos son, por regla general, bastante raros y vulgares. En los informes de la policía vemos el realismo llevado á sus límites extremos, y no obstante, hay que confesar que los resultados no son fascinadores ni artísticos.

—Para producir un efecto de realidad se necesitan una cierta selección y discreción—observó Holmes.—Ambas cosas faltan en los procedimientos de la policía, en los cuales se atiende tal vez más á las tonterías del magistrado, que á los detalles, que para el observador contienen la esencia vital de todo el asunto. Hay que tener siempre en cuenta que en ciertos casos nada es más extraordinario que lo común.

Yo me sonreí y moví la cabeza.

—Comprendo perfectamente que piense usted de esa manera—le dije.—Por supuesto, en su posición de consejero extraoficial y auxiliador de todo aquel que se halla abismado ante un problema, no sólo aquí sino en tres continentes, ha llegado usted á estar en contacto con todo cuanto es extraño y raro. Pero, aquí tiene usted—añadí, alzando del suelo el diario de la mañana—pongámonos á prueba. Leo el primer epígrafe con que tropiezan mis ojos; «Crueldad de un marido para con su esposa.» El asunto ocupa media columna, pero yo, sin leerlo, sé que todo en ella me es perfectamente familiar: claro está que hay de por medio otra mujer, el

licor, empujones, golpes, chichones, una hermana ó la dueña de casa que salen á la defensa. El más crudo de los escritores nada podría inventar de más crudo.

—Puede usted estar seguro de que ha elegido usted el peor ejemplo para su teoría,—dijo Holmes, tomando el diario y echándole una ojeada.—Este es el proceso de separación de Dundes, y la casualidad ha querido que yo me ocupara en aclarar algunos pequeños puntos relacionados con él. El marido era sobrio, un bebedor de te, no hubo de por medio ninguna otra mujer, y aquello de que su esposa se quejaba era esto: cada vez que se sentaban á la mesa á comer, él se sacaba la dentadura postiza y la arrojaba á la cara de su mujer. Usted reconocerá que no es fácil que semejante cosa se le ocurra á un escritor de cuentos. Tome usted un polvo de rapé, doctor, y convenga usted en que lo he batido con su propio ejemplo.

Me extendió su tabaquera de oro viejo, con una gran amatista en el centro de la tapa. Ese esplendor estaba tan en contraste con la sencilla vida y llano vestir de Holmes, que no pude dejar de mostrar sorpresa.

—¡Ah! Había olvidado que hace cuatro semanas que no nos vemos. Este es un pequeño recuerdo del rey de Bohemia por la ayuda que le presté en el caso de los papeles de Irene Adler.

—¿Y el anillo?—le pregunté, mirando un magnífico brillante que chispeaba en su dedo.

—Ese viene de la familia real de Holanda; pero el caso en que la serví era tan delicado, que no puedo confiarlo ni á usted mismo, que ha sido suficientemente bueno para conmigo para escribir la crónica de una ó dos de mis investigaciones.

—¿Y tiene usted ahora alguna á la mano?—le pregunté con interés.

—Unas diez ó doce, pero ninguna que presente especial interés. Son importantes—usted lo comprende—sin ser interesantes. Ciertamente, he llegado á notar que en los asuntos de escasa importancia es donde se halla mejor terreno para la observación y para el rápido análisis de las causas y efectos, que es lo que hace agradable la investigación.

Los crímenes más grandes son, por lo general, los más sencillos, porque—téngalo usted por regla—mientras mayores proporciones tiene el crimen, su motivo es más obvio. En estos casos de ahora, salvo un asunto en verdad algo intrincado que me han confiado desde Marsella, nada hay que tenga aspecto especial. Es posible, sin embargo, que antes de algunos minutos tenga algo mejor, pues, ó mucho me engaño, ó esa es una persona que viene en mi busca.

Se había levantado de su silla, y estaba parado entre las hojas de la ventana abiertas, mirando hacia abajo, á la calle, que estaba sombría, con ese color neutral de las calles de Londres. Mirando por encima de su hombro, vi que

en la acera opuesta estaba parada una mujer corpulenta, con un grueso boá de piel en torno de su cuello, y una larga y rizada pluma en un sombrero de anchas alas, el cual caía sobre su oreja en la coqueta manera llamada duquesa de Devonshire. De abajo de esta gran panoplia, la mujer alzaba los ojos, y dirigía á nuestras ventanas miradas nerviosas, y su cuerpo oscilaba hacia adelante y hacia atrás, y sus dedos jugaban con los botones de sus guantes. De repente inclinando la cabeza, como el nadador que se lanza desde la orilla, se precipitó á través de la calzada y nosotros oímos un violento toque de campanilla.

—Ya he visto otras veces esos síntomas— dijo Holmes, arrojando su cigarrillo al fuego.— Oscilación en el pavimento significa siempre un *affaire de cœur*: la dama querría que la aconsejaran, pero no se decide á creer que el asunto no es demasiado delicado para comunicarlo. Y aun así, en estas mismas circunstancias podemos establecer diferencias. Cuando una mujer ha sido ofendida por un hombre, ya no vacila, y el sintoma corriente es la rotura de un alambre de campanilla. En el presente caso podemos dar seguro que se trata de un asunto de amor, pero que la señorita no está todavía extremadamente enojada, ni perpleja ni resentida.

Cuando decía estas últimas palabras, sonó un golpe en la puerta, y el muchacho entró á anunciar á la señorita María Sutherland, y esta en

persona asomó por detrás de la pequeña figura negra del sirviente, parecida á una fragata con sus velas desplegadas, detrás de un frágil bote-cillo. Sherlock Holmes la saludó con la desembarazada cortesía que era una de sus cualidades notables, y después de haber cerrado la puerta y hecho que la visitante se sentara en un sillón, la miró con la manéra minuciosa y al mismo tiempo abstraída que le era peculiar.

—¿No le parece á usted—dijo—que tan corta de vista como es usted, es esforzarse demasiado el trabajar tanto en la máquina de escribir?

—Al principio tenía que esforzarme mucho—contestó;—pero ahora sé donde están las letras sin mirar,

Pero en seguida, dándose cuenta de todo el significado de la observación de Holmes, se estremeció violentamente, y miró con temor y asombro la ancha cara de su interlocutor, que rebosaba de buen humor.

—¡Usted ha oído hablar de mí, señor Holmes!—exclamó.—Sino ¿cómo podría usted saber eso?

—No importa—dijo Holmes, riéndose:—es parte de mi profesión el saberlo todo. Quizás me habré ejercitado en ver lo que para otros pasa inadvertido. Y si así no fuera ¿por qué habría usted venido á consultarme?

—He venido á ver á usted, señor, porque he oído hablar de usted á la señora Etherege, al

esposo de la cual encontró usted tan fácilmente cuando la policía y todos lo habían dado por muerto. ¡Oh, señor Holmes! ¡Ojalá pudiera usted hacer otro tanto por mí! No soy rica, pero de todos modos, tengo unas cien libras anuales que me pertenecen personalmente, aparte de lo que gano en la máquina, y lo daría todo por saber lo que ha sido del señor Hosmer Angel.

—¿Por qué ha venido usted tan á prisa á consultarme?—preguntó Sherlock Holmes, con las puntas de los dedos juntas y los ojos en el cielo raso.

Otra vez apareció una expresión de asombro en la cara en cierto modo inexpresiva de la señorita María Sutherland.

—Sí; salí violentamente de la casa—dijo—porque me enojó el ver la indiferente manera con que el señor Windibank, es decir, mi padre, tomaba el asunto: no quería advertir á la policía, ni venir á ver á usted, y su inacción y sus repetidas afirmaciones de que no había motivo para alarmarse, me sacaron de quicio por último. Me he marchado de la casa con todas mis cosas, y he venido directamente á ver á usted.

—El padre de usted—dijo Holmes—el padrastro, puesto que su apellido es diferente del de usted.

—Sí, mi padrastro. Le digo padre, aunque parece raro que llame así á un hombre que es apenas cinco años y medio mayor que yo.

—¿Y la madre de usted vive?

—¡Oh, sí! Mi madre está viva y bien de salud. No crea usted que me agradó mucho, señor Holmes, cuando se casó nuevamente al cabo de tan poco tiempo de haber muerto mi padre, y con un hombre que era cerca de quince años menor que ella. Mi padre tenía una plomería en la avenida de Tothenham Court, y al morirse dejó el negocio en buenas condiciones; mi madre siguió manejándolo con el señor Hardy, el jefe del taller; pero cuando llegó el señor Windibank la hizo vender el establecimiento, porque él, en su calidad de agente viajero para la venta de vinos, era muy superior á aquel negocio. Recibieron cuatro mil setecientas libras por el capital y prima, lo que no se acercaba siquiera á lo que mi padre habría sacado si hubiera vivido.

Yo esperaba ver á Sherlock Holmes, impaciente ante esta narración interminable é inútil, pero, al contrario, la escuchó con la atención más concentrada.

—La pequeña renta anual que recibe usted—preguntó—¿viene de la venta del negocio?

—¡Oh, no, señor! Es cosa completamente distinta; me la dejó mi tío Ned, en Auckland. Está en títulos de Nueva Zelandia, que producen 4 y medio por ciento. El capital es dos mil quinientas libras, pero yo sólo puedo cobrar los réditos.

—Lo que me dice usted me interesa en extremo—dijo Holmes.—Y, una vez que percibe usted una suma tan respetable como son cien libras

al año, y además tiene usted lo que gana, sin duda viaja usted un poco, y se da gusto en cuanto le agrada. Yo creo que una señora ó señorita sola pueda vivir muy bien con una renta de unas sesenta libras.

—¡Ya podría vivir con mucho menos que eso, señor Holmes, pero usted comprenderá que viviendo como vivo en la casa de mis padres, no deseo ser una carga para ellos, lo que hace que ellos gocen de mi dinero mientras esté yo en la casa. Naturalmente á mí me parece muy justo. El señor Windibank cobra los intereses cada trimestre, y los entrega á mi madre, y para mis gastos personales yo me arreglo bien con lo que gano con mi máquina. Me pagan dos peniques por cada hoja, y á menudo hago quince y hasta veinte hojas en un día.

—Me ha explicado usted su posición con mucha claridad—dijo Holmes.—El señor es mi amigo, el doctor Watson, delante del cual puede usted hablar con tanta libertad como delante de mí mismo. Tenga usted la bondad de decirnos ahora todo lo que se refiere á las relaciones de usted con el señor Hosmer Angel.

La señorita Sutherland se ruborizó; y sus dedos apretaron nerviosamente el borde de su chaqueta.

—La primera vez que le vi fué en el baile de los gasistas—dijo.—Cuando mi padre vivía, solían enviarle invitaciones, y después siguieron acordándose de nosotros, y enviando las

invitaciones á mi madre. El señor Windibank no quería que fuésemos: nunca quería que fuéramos á ninguna parte. Si, por ejemplo, yo deseaba ir á alguna fiesta de escuela dominical, entraba en gran enojo. Pero esa vez me habia propuesto ir al baile, é iria, porque ¿qué derecho tenia él para impedírmelo? Decía que esa gente no era de nuestra clase, cuando todos los amigos de mi padre iban á estar allí. Y decía que yo no tenia nada decente que ponerme, cuando tenia mi blusa color púrpura que casi nunca habia sacado de la cómoda. Por fin, cuando vió que ningún otro medio podia servirle, se marchó á Francia por negocios de la casa; pero nosotros fuimos, mi madre y yo, con el señor Hardy, el que habia sido jefe de nuestro taller; y allí fué donde conocí al señor Hosmer Angel.

—¡Supongo—preguntó Holmes—que cuando el señor Windinbank volvió de Francia, le molestó mucho el que ustedes hubieran ido al baile?

—Pues no: se portó muy bien ese día. Se rió, me acuerdo, se encogió de hombres, y dijo que de nada servia negar algo á una mujer, porque ésta haria de todos modos lo que queria.

—Comprendo. De modo que en el baile de los gasistas conoció usted á un caballero que se llama Hosmer Angel.

—Sí, señor. Lo conocí esa noche, y al día siguiente fué á casa á averiguar si habiamos lle-

gado bien la noche anterior, y después no lo vimos... quiero decir, señor Holmes, que lo ví yo dos veces y paseamos á pie juntos; pero luego volvió papá, y ya no era posible que el señor Hosmer Angel fuera más á casa.

—¿No?

—Pues no: mi padre no quería nada de eso. Nunca llegaban visitas á casa si él podía evitarlo, y solía decir que una mujer podía ser feliz en el círculo de su propia familia. Pero entonces, como yo decía á mi madre, una mujer necesita tener su propio círculo para empezar, y yo no tenía ninguno.

—Pero ¿y el señor Hosmer Angel? ¿Hizo alguna tentativa para verla á usted?

— —La cosa fué así: mi padre tenía que volver á Francia una semana después, y Hosmer me escribió para decirme que sería mejor y más seguro no vernos hasta que mi padre se hubiera marchado, y que mientras tanto, podíamos escribirnos. Y me escribía todos los días. Las cartas llegaban en la mañana, de modo que mi padre no se enteraba.

—¿Estaba usted ya entonces comprometida con ese caballero?

—¡Oh, sí, señor Holmes! Desde la primera vez que paseamos juntos nos comprometimos. Hosmer... el señor Angel... era cajero de una oficina de la calle de Leadenhall... y...

—¿Qué oficina?

—Eso es lo peor, señor Holmes: no sé cuál.

—Entonces, ¿dónde vive?

—Dormía en la misma oficina.

—¿Y no conoce usted las señas de la casa?

—No, salvo la calle: Leadenhall.

—¿Adónde le dirigía sus cartas, entonces?

—A la oficina de correos de la calle Leadenhall, «poste restante.» Me decía que si le escribía á su oficina, los demás empleados se reirían de él porque recibía cartas de mujer, á lo que yo le contesté ofreciéndole escribir con máquina, como él me escribía á mí, lo que no aceptó, diciéndome que cuando las escribía con mi mano parecían realmente ser mías; pero cuando estaban hechas con la máquina, era como si ésta se hubiera interpuesto entre nosotros. Esto demostrará á usted, señor Holmes, lo enamorado que estaba de mí, y en qué pequeñeces pensaba para halagarme.

— Todo eso es en extremo sugerente — dijo Holmes:—hace tiempo que profeso el axioma de que las cosas pequeñas son las más importantes. ¿Podría usted acordarse de algunas otras pequeñeces del señor Hosmer Angel?

—Era un hombre muy cauteloso, señor Holmes. Prefería pasearse conmigo de noche á hacerlo de día, porque, decía, le desagradaba hacerse notar. Era muy pulcro y caballeresco. Hasta su voz era suave. Me contó que de niño había tenido paperas, y que eso le había dejado muy débil la garganta y una manera de hablar vacilante y susurrante.

Siempre estaba bien vestido, muy correcto al mismo tiempo que sencillo; y como tenía los ojos débiles como yo, usaba anteojos ahumados para protegerlos del resplandor.

— Bien. ¿Qué sucedió cuando el padrastro de usted, el señor Windinbank, volvió á Francia?

— El señor Hosmer Angel fué nuevamente á la casa, y propuso que nos casáramos antes de que mi padre regresara. Estaba terriblemente excitado, y me hizo jurar, con las manos sobre la Biblia, que, sucediera lo que sucediera, le sería siempre fiel. Mi madre decía que eso de hacerme jurar era muy razonable y una señal de amor. Desde el principio estuvo mi madre enteramente en su favor, y lo quería aún más que yo. Ese día, cuando hablaron de que el matrimonio se hiciera en la semana, yo empecé á preguntarles lo que diría mi padre; pero los dos me dijeron que eso no importaba, que lo mismo era decírselo después; y mi madre dijo que ella lo arreglaría todo bien. A mí no me gustó eso, señor Holmes: me parecía chistoso el tener que pedirle permiso, cuando sólo era pocos años mayor que yo: pero al mismo tiempo no quería hacer nada incorrecto, así le escribí á Burdeos, donde la compañía tiene su sucursal francesa: la carta, sin embargo, me fué devuelta el mismo día del casamiento.

— ¿No había llegado á tiempo?

— Así es, señor: había llegado á Burdeos poco después de su salida.

—¡Ah! Esa fué una desgracia. Entonces, se arregló el casamiento para el viernes. ¿Debía ser en la iglesia?

—Sí, señor, pero en forma muy privada. Iba á ser en San Salvador, cerca de King's Cross, y después almorzaríamos en el hotel San Pancracio. Hosmer vino á buscarnos en un hamson; pero como los tres no podíamos caber en el coche de dos asientos, nos puso á los dos en éste y él entró en un cupé, que la casualidad quiso fuera el único en la calle en ese momento. Nosotras llegamos primero á la iglesia, y cuando el cupé se detuvo, miramos para verle salir, pero no salió, y cuando el cochero bajó de su asiento y miró, no había nadie adentro. El cochero nos dijo que no podía imaginarse lo que había sido de él, pues con sus propios ojos lo había visto entrar en el coche. Esto sucedía el viernes último, señor Holmes, y desde entonces no lo he visto ni he sabido nada que arroje la menor luz sobre su misteriosa desaparición.

—A mí me parece que usted ha sido víctima da un proceder en extremo vergonzoso.

—¡Oh, no, señor! Hosmer era demasiado bueno y cariñoso para dejarme así. ¡Qué! Si toda la mañana había estado diciéndome que, sucediera lo que sucediera, yo debía serle fiel; y que, aun si ocurría algo imprevisto que nos separara, tenía que acordarme siempre de que estaba comprometida con él, y que él vendría tarde ó temprano á reclamarme el cumplimiento de mi

compromiso. La conversación era extraña para un día de bodas, pero lo que ha sucedido después ha venido á darle un significado.

—Ciertamente se lo ha dado. ¿La opinión de usted es, pues, que alguna catástrofe imprevista ha ocurrido al señor Angel?

—Sí, señor. Yo creo que él preveía algún peligro, porque si no, no habría hablado en esa forma. Y luego, creo que él preveía lo sucedido.

—¿Pero no tiene usted idea de lo que eso pueda haber sido?

—Ninguna.

—Una pregunta más: ¿cómo tomó la cosa la madre de usted?

—Se enojó, y me dijo que nunca volviera á hablar del asunto.

—¿Y su padre? ¿Le dijo usted algo?

—Sí, y él pareció pensar, como yo, que algo había sucedido, y que Hosmer me enviaría pronto noticias suyas. Como decía mi padre ¿qué interés podía tener nadie en llevarme hasta la puerta de la iglesia, y luego dejarme allí? Por otra parte, si me hubiera pedido dinero prestado ó si nos hubiéramos casado y me hubiera hecho traspasar á su nombre mi dinero, habría alguna razón: pero Hosmer era muy escrupuloso en materia de dinero, y nunca habría siquiera mirado un chelín de mi bolsa. Y sin embargo, ¿qué puede haber sucedido? ¿Y por qué no me escribe? ¡Oh! ¡El pensar en esto me enloquece! ¡Y no puedo dormir ni un instante en la noche!

Sacó de su manguito un pequeño pañuelo, se lo llevó á la cara, y empezó á sollozar amargamente.

—Voy á ocuparme en el asunto—dijo Holmes, parándose;—y no dudo que llegaremos á algún resultado definitivo. Déjeme usted ahora á mí todo el peso de la cuestión, y no se atormente usted con más cavilaciones. Sobre todo, trate usted de desterrar completamente de su memoria al señor Hosmer Angel, como se ha desterrado él de la amistad de usted.

—Entonces ¿usted cree que no le volveré á ver?

—Así lo creo.

—¿Qué puede haberle sucedido, pues?

—Deje usted ese asunto á mi cuidado. Desearía tener una filiación exacta de su persona, y algunas cartas de las que escribió á usted y que usted pudiera confiarme.

—El sábado puse en el *Chronicle* un aviso en que pedía noticias de él: aquí tiene usted el recorte, y estas son cuatro de sus cartas.

—Gracias. ¿Dónde vive usted?

—31, calle del León, Camberwell.

—Me ha dicho usted que nunca ha sabido el domicilio del señor Angel. ¿Cuáles son las señas del domicilio del padre de usted?

—Es agente viajero de Westhouse y Marbanck, la gran casa importadora de vinos que hay en la calle Finchurch.

—Gracias. Me ha dado usted sus informacio-

nes con completa claridad. Déjeme usted esos papeles, y acuérdesese del consejo que le he dado. Haga usted que el incidente quede por entero enterrado, y no permita usted que afecte en lo menor su vida.

—Es usted muy bueno, señor Holmes, pero yo no puedo hacer eso. Seré fiel á Hosmer, y cuando vuelva me encontrará lista para casarme con él.

No obstante su estrafalario sombrero y su cara inexpresiva, nuestra visitante tenía en su sencilla manera de ser fiel algo que se imponía á nuestro respeto. Dejó en la mesa su paquetito de papeles, y se marchó, prometiendo volver apenas se le llamara.

Sherlock Holmes se quedó sentado durante algunos minutos, con las puntas de los dedos todavía apretadas unas con otras, las piernas estiradas hacia delante, y los ojos clavados en el cielo raso. Después desprendió del estante de las pipas una de yeso, vieja y aceitosa, que era para él un consejero, y cuando la hubo encendido se recostó en el sillón, con las espesas nubes de humo subiendo de su cabeza al techo y una expresión de infinita languidez en la cara.

—Muy interesante estudio, esa joven—observó.—Para mí es más interesante ella que su pequeño problema, el cual, dicho sea de paso, es bastante vulgar. Si consulta usted mi índice, encontrará casos semejantes: uno en Andorra en 1877, y el año pasado algo por el estilo en La

Haya. Sin embargo, con ser como es vieja la idea, hay esta vez uno ó dos detalles nuevos para mí. Pero la joven, personalmente, es un caso muy instructivo.

—Me ha parecido que usted leía en ella algo completamente invisible para mí—le dije.

—No invisible, pero si inadvertido, Watson. Usted no sabía adónde debía dirigir la mirada, y eso le hizo descuidar todo lo que era importante. Nunca pudo obtener de usted que se convenza de la importancia de las mangas, de la sugestividad de las uñas, de los grandes resultados que se pueden obtener mirando un cordón de zapato. Ahora ¿qué ha deducido usted del aspecto de esa mujer? Descríbame la usted.

—Pues tenía un sombrero de paja color de pizarra y anchas alas, con una pluma rojo-ladrillo. Su chaqueta era negra con cuentas negras y una franja de abalorios negros. Su vestido era obscuro, algo más que color café, con cuello y bocamangas de terciopelo púrpura. Sus guantes eran grises, y uno de ellos estaba agujereado con el dedo índice de la mano derecha. No observé su calzado. Tenía en las orejas aros pequeños y redondos. Su aspecto general era el de una persona que tiene todo lo necesario, que vive con comodidades, pero corrientemente como la mayoría de la gente de su clase.

Sherlock Holmes dió una suave palmada y se sonrió.

—¡Mi palabra, Watson: está usted entrando

maravillosamente! Lo hace usted muy bien, seguro: es cierto que ha dejado usted de ver todo lo importante, pero ha dado usted en el método y tiene usted una vista pronta para los colores. Nunca confie usted en las impresiones generales, amigo mío, sino concéntrese usted en los detalles. Mi primera mirada, cuando tengo en mi presencia á una mujer, se dirige siempre á sus mangas: en un hombre, quizás es mejor observar las rodillas del pantalón. Como ha visto usted, esta mujer tiene terciopelo en las mangas, tela que es la más buena para conservar las señales de las cosas. La doble línea trazada más arriba de la muñeca por el sitio de la mesa en la que la escribiente en máquina apoya el brazo estaba perfectamente marcada. La máquina de coser de mano, deja una señal parecida á esa, pero sólo en el brazo izquierdo y en el lado contrario al dedo pulgar, en vez de ser recta á través de la parte más ancha, como en este caso. Después la miré á la cara, y observé la señal de los lentes en ambos lados de la nariz, lo que me hizo aventurar una alusión á suortedad de vista y á la máquina de escribir, alusión que pareció asombrarla.

—Y á mí también.

—Pero eso era obvio. Lo que sí me sorprendió mucho y me interesó, fué cuando bajé la vista y noté que sus zapatos, aunque no desemejantes, pertenecían, sin embargo, cada uno á un par distinto, pues la capellada del uno tenía un li-

gero adorno y la otra no. El uno estaba abotonado sólo con dos botones de los cinco, y el otro con el primero, tercero y quinto. Ahora bien, cuando usted vea que una joven, por lo demás correctamente vestida, ha salido de su casa con zapatos diferentes y abotonados á medias, no se necesita ser adivino para decir que ha salido á prisa.

—¿Qué más?—pregunté, profundamente interesado, como lo estaba siempre, por el incisivo razonamiento de mi amigo.

—Noté, de paso, que antes de salir de su casa había escrito, cuando ya estaba completamente vestida. Usted observó que su guante derecho estaba agujereado en el índice, pero no vio usted que tanto el dedo como el guante estaban manchados de tinta violeta. Había escrito á prisa, y mojado demasiado la pluma, y eso debía haber sido esta mañana, pues de otra manera la mancha no habría quedado tan clara en el dedo. Todo esto es entretenido, aunque bastante elemental; pero ahora tengo que volver al trabajo, Watson. ¿Querria usted leerme el aviso con la filiación del señor Hosmer Angel?

Acerqué á la luz el pedacito de papel impreso:

«Desaparecido—decía,—en la mañana del 14, un caballero llamado Hosmer Angel. Estatura, unos 5 pies 7 pulgadas, robusto, tez cetrina, pelo negro, un poco calvo en el centro, patillas negras y tupidas, bigote tupido; anteojos ahu-

mados, ligera dificultad en el hablar. La última vez que se le vió estaba vestido con una levita negra de solapas de seda, chaleco negro, cadena de oro Albert, pantalón gris Harris de rayas, polainas habano, botines de elásticos. Estaba empleado en una oficina de la calle Leaderhall. La persona que dé informaciones, etc., etc.»

—Muy bien—dijo Holmes.—Por lo que hace á las cartas—añadió, recorriéndolas con la vista—son de las más comunes. Ninguna presenta indicios personales del señor Angel, salvo una que contiene una cita de Balzac. Hay en todas ellas, sin embargo, un punto que no dudo haya llamado la atención de usted.

—Que están escritas con máquina.

—No sólo eso, sino que la firma está igualmente hecha con máquina. Mire usted, las palabras tan limpiamente impresas al final: *Hosmer Angel*. Luego ve usted que hay fecha, pero no dirección, salvo «calle Leaderhall», lo que es bastante vago. Lo de la firma es muy sugerente... en una palabra, podemos decir que es concluyente.

—¿En qué?

—Querido amigo, es posible que usted no vea el gran peso que lo de la firma tiene en el asunto.

—No alcanzo á ver otra cosa que el deseo de ese hombre de negar que la firma era suya en el caso de que se le siguiera un juicio por ruptura de promesa de matrimonio,

—No, no es ese el punto. Sin embargo, voy á escribir dos cartas que resolverán el asunto. Una es para una firma de la City, la otra para el señor Windibank, el padrastro de la joven; á éste le preguntaré si puede venir á vernos mañana á las seis de la tarde. Al fin y al cabo, es conveniente entenderse con los parientes masculinos. Y ahora, doctor, nada podemos hacer hasta que nos lleguen las respuestas á esas dos cartas, de modo que pondremos nuestro pequeño problema en la casilla de los aplazados.

Yo había tenido ya tantas razones para creer en el sutil poder de razonamiento de mi amigo y en su extraordinaria energía en la acción, que comprendí que debía tener algunos fundamentos sólidos para la manera segura y desembarazada con que trataba al singular misterio que había sido llamado á sondear. Sólo una vez le había visto fallar: el caso del rey de Bohemia y de la fotografía de Irene Adler; pero cuando volví la memoria al intrincado asunto de la Señal de los Cuatro y á las extraordinarias circunstancias del Estudio en Escarlata, me dije que la madeja que él no pudiera desenredar tenía seguramente que estar muy enredada.

Le dejé en su cuarto, todavía exhalando el humo de su pipa negra de yeso, con la convicción de que, al volver en la mañana siguiente, encontraría en sus manos todos los elementos necesarios para descubrir la identidad del des-

aparecido novio de la señorita María Sutherland.

Un caso médico de suma gravedad preocupaba mi atención en esos momentos, y durante todo el día siguiente estuve ocupado en la cabecera del enfermo. Hasta cerca de las seis de la tarde no me vi libre, y en el acto me metí en un coche y corrí á la calle Baker, algo temeroso de llegar demasiado tarde para asistir al *dénouement* del pequeño misterio. Pero encontré á Sherlock Holmes solo, medio dormido, su largo y delgado cuerpo medio enroscado en el sillón. Una formidable batería de botellas y retortas, y el penetrante olor del ácido hidroc্লórico, me dijeron que había pasado el día en los trabajos químicos para él tan queridos.

—¿Y lo ha resuelto usted?—le pregunté al entrar.

—Sí; era bisulfato de barita.

—¡No, no; el misterio!—le repliqué.

—¡Oh! ¿Hablaba usted de eso? Yo pensaba en las sales que he estado analizando y mezclando. Ningún misterio había en el asunto, aunque, como dije á usted ayer, algunos de sus pormenores son interesantes. Lo único malo es que (por lo menos yo lo temo) no existe ninguna ley que alcance al malvado.

—Pero ¿quién es él, y cuál ha sido su objeto al abandonar á la señorita Sutherland?

No bien había salido esta pregunta de mi boca, y antes de que Holmes hubiera tenido tiem-

po de abrir los labios para contestar, oímos pesados pasos en el pasadizo y un golpe en la puerta.

—Es el señor Windibank, el padrastro de la joven—dijo Holmes.—Me escribió que vendría á las seis. ¡Adelante!

El hombre que entró era robusto y de estatura mediana, de unos treinta años de edad, completamente afeitado y de cutis cetrino, de maneras suaves é insinuantes, y con un par de ojos pardos maravillosamente penetrantes. Lanzó una ojeada interrogadora á cada uno de nosotros, colocó su reluciente sombrero de pelo en la cómoda, y después de saludar con una ligera inclinación de cabeza, se dejó caer en la silla que tenía más cerca.

—Buenas tardes, señor Windibank—dijo Holmes.—Creo que es de usted esta carta escrita con máquina, en la que me decía usted que vendría esta tarde á las seis.

—Sí, señor. Temo haber llegado con algún atraso, pero no soy dueño de mi tiempo, ¿sabe usted? Siento que la señorita Sutherland haya molestado á usted con este asuntito, porque opino que no se debe lavar en público ropa tan sucia como ésta. Si ha venido ha sido contra mi voluntad; pero es una muchacha excitable, impulsiva, como usted habrá podido notar, y una vez que ha tomado una resolución sobre un asunto, no es fácil disuadirla. Por supuesto, no me molesta tanto que haya venido á ver á us-

ted, pues usted no pertenece á la policía oficial; pero no es agradable ver una desgracia de familia como esta, divulgada afuera. Además, es un gasto inútil, porque ¿cómo había usted de poder encontrar á ese Hosmer Angel?

—Al contrario—dijo tranquilamente Holmes,—tengo toda clase de razones para creer que conseguire descubrir al señor Hosmer Angel.

El señor Windibank dió un violento salto en su silla, y dejó caer los guantes.

—Tengo placer de oír lo que usted me dice—contestó.

—Es cosa curiosa—observó Holmes—que una máquina de escribir tenga realmente casi tanta individualidad como la letra de una persona. A no ser enteramente nuevas, no hay dos que escriban exactamente igual. Algunas letras se gastan más que otras, y las hay que sólo se gastan por un lado. Ahora, usted, señor Windibank, notará en esta carta suya que cada vez que hay una «e», aparece ligeramente borrada en la parte superior, y cada «r» tiene un pequeño defecto en la cola. Hay en la carta otros catorce rasgos característicos de la máquina de usted, pero éstos son los más claros.

—Toda la correspondencia de la oficina la escribimos en esa máquina, y no hay duda de que está algo gastada—contestó nuestro visitante, lanzando á Holmes una penetrante mirada de sus ojillos brillantes.

—Y ahora voy á enseñar á usted, señor Win-

dibank, algo que es en realidad un estudio muy interesante—continuó Holmes.—Pienso escribir, uno de estos días, una pequeña monografía sobre la máquina de escribir y sus relaciones con el crimen. Este es un asunto al cual he consagrado alguna atención. Tengo aquí cuatro cartas que proceden del hombre desaparecido. Todas las cuatro han sido escritas con máquina. En cada una de ellas no sólo aparecen las «e» borradas en la parte superior y las «r» sin cola, sino que además podrá usted observar, si quiere usted usar mi lente de aumento, los otros catorce rasgos característicos á que he aludido.

El señor Windibank se paró de un salto y tomó su sombrero.

—No puedo perder tiempo en oír tan fantásticas divagaciones, señor Holmes—dijo.—Si puede usted agarrar al hombre, agárrelo usted y cuando ya lo tenga, aviseme.

—Muy bien—replicó Holmes, levantándose y acercándose á la puerta la cerró con llave.—¡Pues aviso á usted que ya lo tengo!

—¿Qué? ¿Dónde?—gritó el señor Windibank, palideciendo hasta los labios y mirando en torno suyo, como una rata en la trampa.

—¡Oh! eso de nada le servirá á usted... de nada—dijo Holmes suavemente.—No hay posibilidad de negarlo, señor Windibank. La cosa era demasiado transparente, y me dirigió usted un cumplido muy malo cuando me dijo que me

sería imposible resolver una cuestión tan sencilla. ¡Eso es! Siéntese usted y hablemos.

Nuestro visitante se desplomó en una silla, con una cara de muerto y la frente brillante de sudor.

—Nada... nada hay en ello que la ley castigue—balbuceó.

—Así lo temo; pero, aquí entre nosotros, señor Windibank, esta es la farsa más cruel, egoísta é inhumana, hecha de la manera más mezquina que he visto en mi vida. Ahora, voy á describir rápidamente el curso de los sucesos, y usted me contradecirá si me equivoco.

El individuo estaba desplomado en su silla, con la cabeza caída sobre el pecho, como alguien que se siente literalmente aplastado. Holmes apoyó ambos pies en un lado de la estufa, y echado hacia atrás en su sillón, con ambas manos en los bolsillos, empezó á hablar, más consigo mismo, al parecer, que con nosotros.

—El hombre se casó por dinero, con una mujer mucho mayor que él—dijo,—y usufructuó el dinero de la hija mientras ésta vivió con ellos. La suma era considerable para gente de su posición, y su pérdida habría determinado una notable diferencia en la vida de la casa; valía la pena de conservarla. La hija era de carácter bueno; amable, pero fácil de concebir un afecto y de ser vehemente á su manera, de modo que era evidente que, uniendo á eso sus prendas personales y su pequeña renta, no se quedaría

soltera durante mucho tiempo. Y su casamiento significaría, por supuesto, la pérdida de cien libras anuales. Entonces ¿qué hace el padrastro para impedir esa pérdida? Adopta el fácil recurso de guardarla en la casa, prohibiéndola que acepte amistades con personas de su edad. Pero en breve se convence de que eso no le servirá para mucho tiempo: la joven da señales de independencia, insiste en afirmar sus derechos, y, por último, anuncia su decidida intención de ir á un baile. ¿Qué hace entonces su inteligente padrastro? Concibe una idea más favorable para su cabeza que para su corazón. Con la connivencia y ayuda de su esposa, se disfraza, cubre esos penetrantes ojos con unos anteojos ahumados, esconde sus facciones detrás de un bigote y de un par de tupidas patillas, baja esa voz clara á un murmullo insinuante, y, doblemente seguro por lo corto de vista que es la joven, se presenta como el señor Hosmer Angel, y aleja á todos los pretendientes, fingiéndose enamorado él mismo.

—Al principio no fué más que una broma—gruñó nuestro visitante.—Nunca creímos que fuera hasta muy lejos.

—Podría ser. Pero, como quiera que fuera, la joven se dejó decididamente arrastrar, y convencida de que su padrastro estaba en Francia, ni por un momento se le ocurrió la sospecha de una farsa traidora. Se sentía halagada por las atenciones del caballero, y el efecto de éstas

aumentó por la admiración que la madre expresaba á cada instante. Entonces empezó el señor Angel á visitar la casa, pues claro estaba que si se quería producir un efecto real, había que llevar el asunto hasta donde pudiera ir. Hubo entrevistas y compromiso, que servía para apartar á la joven de cualquiera otra afección. Pero el engaño no podía continuar así para siempre. Esos supuestos viajes á Francia implicaban incomodidades. Lo que había que hacer era, evidentemente, poner fin á las cosas de una manera tan dramática, que dejara en la mente de la joven una impresión permanente y la impidiera por algún tiempo fijarse en ningún otro pretendiente. De ahí esos votos de fidelidad sobre la Biblia, y de ahí también las alusiones á la posibilidad de que en la mañana del día de la boda sucediera algo. Santiago Windibank deseaba que la señorita Sutherland estuviera tan ligada á Hosmer Angel, y tan insegura acerca de su suerte, que durante los diez años siguientes, por lo menos, no prestara oídos á ningún otro hombre. Fué con ella hasta la puerta de la iglesia, y luego, como no podía ir más lejos, se evaporó á tiempo, mediante la conocida trampa de entrar en un coche por una portezuela y salir por la otra. ¡Me parece que esa es la cadena de los sucesos, señor Windibank!

Nuestro visitante había recuperado algo de su aplomo mientras Holmes hablaba, y se levantó de la silla con una fría expresión de desdén.

—Puede ser así ó no, señor Holmes—dijo;—pero si es usted tan vivo, debe serlo suficiente-mente para comprender que quien infringe aquí la ley es usted y no yo. Nada he hecho de justificable desde el principio, pero usted, mientras mantenga cerrada esa puerta, se expone usted á un proceso por asalto y prisión ilegal.

—La ley no puede, como usted dice, alcanzarle á usted.—dijo Holmes, dando vuelta á la llave y abriendo de par en par la puerta—aunque nunca ha existido un hombre que merezca más un castigo. Si la joven tuviera un hermano ó un amigo, éste debería azotarle á usted la cara. ¡Por vida!—continuó, enrojeciéndose á la vista del burlón desafío que expresaba la cara del hombre:—No es esta una parte de mis obligaciones para con mi cliente: pero aquí tengo á la mano un látigo de caza, y voy á darme el gusto de...

Dió dos rápidos pasos hacia el látigo, pero antes de que pudiera tomarlo, se oyó un desatentado pataleo en la escalera, la pesada puerta de la casa se cerró con estrépito, y desde la ventana pudimos ver al señor Santiago Windibank que corría por la calle con toda la fuerza de sus piernas.

—Allí tiene usted á un malvado de los que hacen las cosas á sangre fría—dijo Holmes, riéndose, y dejándose caer una vez más en la silla.—Ese individuo se elevará en la escala del crimen hasta hacer algo muy malo y concluir en

el presidio. El caso, en cierto modo, no ha estado desprovisto de interés.

—Yo no alcanzo á ver bien todos los períodos del razonamiento de usted—observé yo.

—Voy á explicarme. Por supuesto, desde el principio era obvio que ese señor Hosmer Angel debía tener alguna poderosa razón para su extraña conducta, y estaba igualmente claro que la única persona que aprovechaba realmente del incidente, en cuanto alcanzábamos á ver, era el padrastro. Después, era muy sugerente el hecho de que nunca se juntaban los dos hombres, pues el uno aparecía cuando el otro estaba ausente. No menos sospechosos eran los anteojos ahumados, la voz rara, pues ambos oían desde lejos á disfraz, como también la tupidas patillas. Confirmó mis sospechas la peculiar idea de escribir su firma con la máquina, pues esto indicaba claramente que su letra era tan familiar para la joven, que ésta la reconocería hasta en la menor muestra. Ya ve usted que todos estos hechos aislados, junto con otros más pequeños, apuntaban en la misma dirección.

—¿Y cómo los comprobó usted?

—Una vez que dí con mi hombre, era fácil corroborarlos. Yo conocía la casa de la cual era corredor Windibank. Tomé la filiación publicada en el aviso, y eliminé de ella todo lo que pudiera ser resultado de disfraz: las patillas, los anteojos, la voz, y envié la filiación así reformada, al gerente de la casa, con el ruego de que me

dijera si esas señas correspondían á las de algunos de sus agentes viajeros. Ya había notado las peculiaridades de la máquina de escribir, y escribí al mismo Windibank, á su oficina, una esquela en que le preguntaba si no podría venir á verme. Como yo esperaba, su respuesta vino escrita con máquina, y reveló los mismos defectos, triviales pero característicos. El mismo correo me trajo una carta de Westhouse y Marbank, de la calle Fenchurch, que decía que la filiación enviada por mí correspondía punto por punto á la de su empleado Santiago Windibank. *Voilà tout.*

—¿Y la señorita Sutherland?

—Si le cuento á ella todo esto, no me creerá. Usted debe acordarse del proverbio persa: Corre peligro el que quita su cría al tigre, y no menor es el que afrenta, quien arrebató una ilusión á una mujer. En Hafiz hay tanta sensatez como en Horacio, é igual conocimiento del mundo.

UN MISTERIO DEL VALLE BOSCOMBE

Mi mujer y yo estábamos sentados una mañana tomando el desayuno, cuando la criada entró con un telegrama. Era de Sherlock Holmes y decía:

«¿Puede usted disponer de un par de días? Acaban de telegrafíarme del Oeste de Inglaterra con motivo de la tragedia del valle Boscombe. Tendré mucho gusto si viene usted conmigo. Aire y escenario perfectos. Salgo de la estación Paddington á las 11,15.»

—¿Qué dices, querido?— dijo mi esposa, mirándome.—¿Vas á ir?

—No sé realmente qué decir. Tengo una larga lista de visitas que hacer.

—¡Oh! Anstruther las hará por ti. En estos días has estado un poco pálido. Creo que el cambio de aire te hará provecho; y, además, las investigaciones del señor Sherlock Holmes ¡te interesan siempre tanto!

—Sería un ingrato si no les demostrara interés, después de lo que he ganado mediante una de ellas—contesté, mirándola. Pero si voy, tengo que prepararme en seguida, porque ya no me queda más que media hora.

Mi experiencia de la vida de campaña en Afghanistan había tenido el efecto de hacer de mí un viajero rápido y expeditivo. Pocas cosas y muy sencillas bastaban para mis necesidades, de modo que en menos del tiempo dicho me encontraba ya en un coche de plaza con mi maleta, en camino á la estación de Paddington. Sherlock Holmes paseaba de un lado á otro en el andén su alto y delgado cuerpo, que parecía aún más delgado y alto por el largo sobretodo gris de viaje y la gorra de paño á la cabeza.

—Ha sido usted en verdad muy bueno al venir, Watson—me dijo.—Para mí significa una gran deferencia, el tener conmigo una persona en quien pueda confiar completamente. La ayuda de gente de la localidad á donde uno va es siempre inservible, si no es perjudicial. Tome usted esos dos asientos del rincón; yo voy en busca de las boletas.

Nos encontramos solos en el vagón, con el inmenso paquete de periódicos que Holmes había llevado consigo y que se puso á revolver y á leer, con intervalos en que tomaba apuntes y meditaba, hasta que hubimos pasado Reading. Después reunió todos los papeles en un gigantesco atado y los arrojó al camino.

—¿Sabe usted algo del asunto?—me preguntó.

—Ni una palabra. Hace días que no veo un periódico.

—La prensa de Londres no ha publicado muchos detalles. Estos diarios que he estado leyendo son los últimos, que he querido ver para dominar completamente los pormenores. Por lo que he visto, parece que se trata de uno de esos casos sencillos que son en extremo difíciles.

—Eso me suena algo á paradoja.

—Pero es profundamente cierto. La singularidad de un caso implica casi invariablemente una clave. El crimen más desprovisto de complicaciones, el más común, es el más difícil de investigar. En este caso, sin embargo, la policía ha llegado á formular un capítulo de cargos muy serios contra el hijo del asesinado.

—¿Entonces, se trata de un asesinato?

—Por lo menos así se le supone. Yo no daré nada por establecido antes de haber tenido la oportunidad de estudiarlo personalmente. Voy á explicar á usted el estado actual de las cosas, tal como he llegado á comprenderlo, y en muy pocas palabras.

El valle de Boscombe es un distrito rural no muy lejano de Kors, en Herefordshire. El mayor propietario de tierras en esa comarca es un señor Juan Turner, quien hizo su fortuna en Australia y volvió á la madre patria hace algunos años. Una de las granjas que posee, la de Hatherley, estaba arrendada al señor Carlos Mc. Car-

thy, también uno que ha estado en Australia. Se habían conocido allá de modo que nada tenía de extraño que se acercaran aquí lo más que pudieran. Turner parecía ser el más rico de los dos, y Mc Carthy vino á ser su inquilino; pero, según parece, vivieron ambos en términos de perfecta igualdad, y siempre se les veía juntos. Mc. Carthy tenía un hijo, un mozo de dieciocho años, y Turner tenía una hija única de la misma edad, pero ambos eran viudos. Parece que uno y otro evitaban la sociedad de las familias vecinas, que vivían muy retirados, aunque los dos Mc. Carthy eran aficionados á los sports y se les veía á menudo en las carreras que había en la comarca. Mc. Carthy tenía dos sirvientes, un hombre y una mujer. Turner tenía una numerosa servidumbre, por lo menos media docena de personas. Estos son todos los datos que he podido reunir acerca de las dos familias. Ahora, vamos á los hechos.

El 3 de junio, es decir, el lunes último, Mc. Carthy salió de su casa de Hatherley á eso de las tres de la tarde, y se dirigió á pie á la laguna de Boscombe, un pequeño lago formado por un remanso del rio que atraviesa el valle de Boscombe. Por la mañana había estado con su criado en Ross, y había dicho al criado que debía volver á prisa, porque á las tres tenía una cita importante. De esa cita no volvió vivo.

De la granja de Hatherley á la laguna de Boscombe hay un cuarto de milla, y dos personas

le vieron cuando atravesó esa distancia. La una es una anciana cuyo nombre no se menciona, y la otra es Guillermo Crowder, un guardacaza, empleado del señor Turner. Esos dos testigos declaran que el señor Mc. Carthy iba solo, á pie; pero el guardacaza agrega que á los pocos minutos de haber visto al señor Mc. Carthy, vió á su hijo, Santiago Mc. Carthy, pasar en la misma dirección con su escopeta debajo del brazo.

A su parecer, el padre estaba en ese momento á la vista del hijo, y éste le seguía. No volvió á pensar en ninguno de los dos, hasta que, por la noche, oyó hablar de la tragedia que había ocurrido.

Los dos Mc. Carthy fueron vistos después de que Guillermo Crowder, el guardacaza, los perdió de vista. La laguna de Boscombe está rodeada de espesas arboledas, entre las cuales y el agua hay una estrecha faja de césped. Una muchacha de catorce años, Paciencia Moran, hija del guardabosques de todo el valle de Boscombe, estaba en una de esas arboledas, cogiendo flores, y declara que, estando allí, vió en el límite del bosque y junto al lago, al señor Mc. Carthy y á su hijo, y que parecían reñir violentamente. Oyó al padre emplear un lenguaje muy irritado contra su hijo, y vió á éste levantar la mano como si fuera á golpear á su padre. La muchacha se asustó tanto con la violenta escena, que huyó, y cuando llegó á su casa contó á su madre que había dejado á los Mc. Car-

thy riñendo cerca de la laguna de Boscombe, y que parecía que fueran á darse golpes. No bien había dicho esto, llegó corriendo el joven Mc. Carthy y dijo que había encontrado á su padre muerto en el bosque, y pidió que el guardabosques fuera con él. Estaba muy agitado, no tenía sombrero ni su escopeta, y su mano derecha y la manga del mismo lado estaban manchadas de sangre todavía húmeda. Fueron con él, y encontraron el cadáver de su padre tendido en el césped junto al lago. La cabeza había sido golpeada repetidas veces con alguna arma pesada y dura, y las heridas eran de tal clase, que bien podían haber sido hechas con la culata de la escopeta, que estaba en el césped, á pocos pasos del cadáver. Con tales circunstancias, el hijo fué arrestado inmediatamente, y habiendo resultado de la investigación del martes un veredicto de «Asesinato intencional», el miércoles se le condujo ante el tribunal de Ross, el cual ha enviado el caso á los próximos assises. Estos son los hechos principales, tal como resultan de investigaciones del *coroner* y del tribunal de policía.

—Difícil me sería imaginarme un caso más claro contra el acusado—observé. Si alguna vez las pruebas circunstanciales han indicado al criminal, es ésta seguramente.

—La prueba circunstancial es una cosa muy traviesa—contestó Holmes, pensativo;—pueden

parecer indicar directamente una dirección, pero si luego cambia usted un poco su punto de vista, la verá usted entonces indicar, también de manera indudable, algo del todo diferente. Hay que confesar, sin embargo, que este caso parece excesivamente grave para el joven, y es muy posible que éste sea el culpable. Sin embargo, varias personas del vecindario, y entre ellas la señorita Turner, la hija del propietario de las tierras, lo creen inocente, y han contratado al agente Lestrade, de quien se acordará usted por su intervención en el Estudio de Escarlata, para que investigue el asunto en su favor. Lestrade, desorientado, me ha pasado la comisión, y he aquí por qué dos señores ya no muy viejos corren hacia el oeste con una velocidad de cincuenta millas por hora, en vez de digerir su almuerzo tranquilamente en casa.

—Temo mucho—dije—que, siendo los hechos tan obvios como son, halle usted muy poco crédito que ganar en este caso.

—Nada hay más engañoso que un hecho obvio—contestó Holmes, riéndose.—Además, es posible que nosotros demos con otros hechos obvios que no lo habrían sido en manera alguna para el señor Lestrade. Me conoce usted demasiado para saber que no me jacto al decir que confirmaré ó destruiré la teoría de Lestrade por medios que él es completamente incapaz de emplear y aun de comprender. Tomando el primer ejemplo que tengo á la mano, observo en este

momento, con toda claridad, que la ventana del dormitorio de usted está á la derecha; y pregunto si el señor Lestrade había notado siquiera una cosa tan visible como esa.

—¡Cómo es posible!...

—Mi querido amigo, yo lo conozco á usted bien, conozco la militar pulcritud que lo caracteriza. Usted se afeita todas las mañanas, y en esta estación se afeita usted con la luz del sol; pero como está usted menos y menos bien afeitado á medida que la barba avanza hacia atrás por la izquierda hasta no estarlo más que á trechos en el ángulo de la mandíbula, es evidente de toda evidencia que, cuando se afeita usted, ese lado está menos alumbrado que el otro, porque no puedo imaginarme que un hombre de las costumbres de usted, teniendo luz igual en ambos lados de la cara, se contente con resultados tan desiguales. Y cito esto sólo como un ejemplo trivial de observación é inferencia: en eso está la base de mi *metier*, y es posible que tales elementos nos sirvan en la investigación que tenemos ante nosotros. Hay uno ó dos puntos de menor volumen que fueron sacados á luz en el sumario, y que valen la pena de ser tenidos en cuenta.

—¿Cuáles son?

—Parece que el joven no fué arrestado en el momento, sino después de su vuelta á la granja Hatherley. Al anunciarle el inspector de la policía rural que debía darse preso, contestó él

que eso no lo sorprendía, y que no era sino lo que merecía. Esta respuesta suya tuvo el efecto de desvanecer todas las dudas que podían haber quedado en el espíritu del jurado del coroner.

—¿Era eso una confesión?

—No, pues á esas palabras siguieron protestas de inocencia.

—Semejantes palabras al último de una serie de sucesos tan condenadora, eran por lo menos sospechosas.

—Al contrario:—dijo Holmes—ese es el único punto claro que yo veo por el momento entre las nubes. Por muy inocente que el joven fuera, no había de ser tan completamente imbécil para no ver que todas las circunstancias se acumulaban en su contra. Si hubiera manifestado sorpresa al verse arrestado, ó hubiera fingido indignación, yo habría considerado su actitud como sumamente sospechosa, porque semejante sorpresa ó cólera no sería natural en sus circunstancias, y, no obstante, parecer la mejor actitud á un culpable que tuviera preparada su farsa. La franqueza con que aceptó su situación lo señala, sea como un inocente, ó como un hombre de considerable firmeza y dominio sobre sí mismo. En cuanto á lo de que merecía lo que le pasaba, no hay que olvidar que al decir eso estaba al lado del cadáver de su padre y no hay la menor duda de que ese mismo día había olvidado su deber filial hasta cambiar palabras

con él y además, según la niña cuyo testimonio es tan importante, hasta levantar la mano como para golpearle. El reproche á sí mismo y la contrición que caracterizan esa respuesta, me parecen más los signos de un espíritu sano que de una conciencia culpable.

Yo moví la cabeza.

—Muchos hombres han sido ahorcados con menores pruebas—observé.

—Así ha sido; y muchos hombres han sido ahorcados erróneamente.

—¿Cuál es la versión que el joven da del asunto?

—Una que temo no sea muy alentadora para los que lo defienden, aunque hay en ella uno ó dos puntos sugerentes. Aquí los encontrará usted: lea usted.

Tomó un ejemplar del periódico de Herefordshire, y, volviendo la hoja, me enseñó la columna en que estaba reproducida la declaración del desventurado joven. Me acomodé en el rincón del coche, y lei atentamente. Decía así:

—«El señor Santiago Mc. Carthy, hijo único del muerto, fué llamado y prestó la declaración siguiente: Había estado fuera de casa, en Bristol, durante tres días, y había vuelto solo el lunes último, día 3, por la mañana. Cuando llegué, mi padre estaba ausente, y la criada me dijo que había salido en carruaje en dirección á Ross, con Juan Cobb, el groom. Poco después oí las ruedas de su coche en el camino, y mirando

por la ventana de mi cuarto, lo ví bajar y echar rápidamente á andar hacia afuera de la plazuela, pero no vi en qué dirección iba. Entonces tomé mi escopeta y me encaminé á la laguna de Boscombe, con el objeto de cazar en el soto de conejos que hay en el otro lado. En el camino vi á Guillermo Crowder, el guardacaza, como él lo ha declarado, pero al creer que yo seguía á mi padre, se equivocó. Yo no tenía la menor idea de que mi padre iba por delante de mí. Cuando me hallaba á unas cien yardas de la laguna, oí un grito de «Cuii!» que era la señal usual entre mi padre y yo. Entonces apresuré el paso y encontré á mi padre parado junto á la orilla. Pareció muy sorprendido de verme y me preguntó en tono más bien brusco lo que hacía allí. Siguió una conversación que subió á un cambio de palabras agrias y casi de golpes, pues mi padre era hombre de carácter violento.

Viendo que á cada momento podía dominarse menos, lo dejé y eché á andar hacia la casa. Pero no habría andado más de ciento cincuenta yardas, cuando oí un horrible grito que partía de atrás de mí y me hizo volver corriendo. Encontré á mi padre tendido en el suelo, expirante, con la cabeza terriblemente herida. Dejé caer la escopeta y lo alcé en mis brazos, pero casi en el mismo instante expiró. Me quedé arrodillado á su lado durante unos minutos y luego me dirigí á la casa del guardabosque del señor Tur-

ner, que era la más cercana, á pedir ayuda. cuando encontré á mi padre moribundo no vi á nadie á su lado, y no tengo idea de la manera como fué herido. No era muy querido en la comarca por su carácter algo frio y sus maneras secas; pero en cuanto yo sé no tenía enemigos. Nada más sé del asunto.

»El coroner.—¿Hizo á usted alguna declaración su padre antes de morir?

»El testigo.—Balbuceó algunas palabras, pero sólo pude entender una alusión á una rata.

»El coroner.—¿Qué entendió usted en eso?

»El testigo.—No le atribuí significado. Creí que deliraba.

»El coroner.—¿Cuál es el asunto respecto al cual tuvieron usted y su padre esa última disputa?

»El testigo.—Preferiría no contestar.

»El coroner.—Mi deber es insistir.

»El testigo.—Me es realmente imposible el decirlo. Puedo, sí, asegurar á usted, que nada hay de común entre eso y la triste tragedia que le siguió.

»El coroner.—¡Eso lo decidirá el tribunal! No necesito indicar á usted que su negativa á contestar dañará su situación considerablemente en el proceso que puede venir.

»El testigo.—Así y todo, debo negarme á contestar.

»El coroner.—¿Entiendo que el grito de «¡Cuii!» era una señal corriente entre usted y su padre?

»El testigo.—Sí, lo era.

»El coroner.—¿Cómo, entonces dió él esa señal antes de verle á usted y antes de saber que había vuelto usted de Bristol?

»El testigo (considerablemente confuso).—No lo sé.

»Un jurado:—¿No vió usted nada que despertara sus sospechas cuando al oír el grito volvió usted y encontró á su padre mortalmente herido.

»El testigo.—Nada definido.

»El coroner.—¿Qué puede usted decir?

»El testigo.—Estaba tan turbado y agitado cuando corrí hacia afuera de la arboleda, que no podía pensar en nada más que en mi padre. Sin embargo, tengo una vaga impresión de que al correr hacia mi padre vi en el suelo, á mi izquierda, una cosa de color gris, un abrigo, tal vez una manta. Cuando me levanté del lado de mi padre, busqué con la vista la cosa y había desaparecido.

—»¿Quiere usted decir que desapareció antes de que fuera usted en busca de auxilio?

—»Sí; ya no estaba allí.

—«¿No podría usted decir lo que era?

—»No: sólo tengo la impresión de que allí había algo.

—»¿A qué distancia del cuerpo?

—»A unas doce yardas, ó algo así.

—»¿Y á qué distancia del límite de la arboleda?

—»Más ó menos la misma.

—»¿Entonces, si alguien lo retiró, lo hizo cuando usted estaba á una docena de yardas?

—»Sí, pero cuando yo le daba la espalda.

»Con esto concluyó el interrogatorio del testigo.»

—Veo—dije después de haber echado una ojeada á lo que seguía en la misma columna,— que el coroner, en sus observaciones finales, trata con severidad al joven Mc. Carthy. Llama la atención, y con razón, hacia la inverosimilitud de que su padre le llamara antes de verle y también á su negativa de dar detalles de su conversación con su padre, y á su singular versión de las palabras que pronunció este moribundo. Todo eso obra, como él lo observa, muy seriamente contra el hijo.

Holmes se rió suavemente para su capote y se estiró en el mullido asiento.

—Los dos, usted y el coroner—dijo,—os habéis tomado el trabajo de destacar los puntos más formidables en favor del joven.—¿No ve usted que, alternativamente, le concede usted demasiada imaginación y muy poca?

Muy poca, porque no es capaz de inventar una causa de la riña que le llevara las simpatías del jurado; demasiada, si de su íntima conciencia del delito saca algo tan *outrè* como la alusión de un moribundo á una rata y el incidente del abrigo desaparecido. No, señor; yo tomo este asunto desde el punto de vista de que lo que el joven

dice es verdad, y ya veremos si esta hipótesis nos lleva á un buen resultado. Y ahora, aquí en el bolsillo tengo á Petrarca, y no volveré á decir una palabra de la cuestión hasta que estemos en el mismo teatro de la acción. Tomaremos lunch en Swinden, y veo que dentro de veinte minutos estaremos allí.

Eran casi las cuatro cuando por fin, después de haber atravesado el hermoso valle Stroud y haber pasado por sobre el ancho y ruinoso Severo, nos encontramos en la linda aldehuela de Ross. Un hombre flaco y con cara de hurón, de mirada furtiva y aspecto socarrón, nos esperaba en el andén. A despecho del guardapolvo habano claro y de las polainas de cuero que llevaba por respeto al rústico paraje, no me fué difícil reconocer á Lestrade, el inspector de la oficina central de policía. Con él nos dirigimos en un coche á «Las armas de Hereford», donde ya había sido tomado un cuarto para nosotros.

—He pedido ya un carruaje—dijo Lestrade cuando nos sentábamos á tomar una taza de té.
—Conozco la naturaleza activa de usted, y sabía que no estaría usted contento hasta verse en el lugar del crimen.

—Es usted muy amable y le agradezco el cumplimiento—contestó Holmes.—La cuestión no es más que de presión barométrica.

Lestrade le miró con asombro.

—No comprendo...—dijo.

—¡Cuántos grados hay? Veo que veintinueve,

Ni viento, ni una nube en el cielo. Tengo aquí una caja de cigarros llena, que convida á fumar, y este sofá es muy superior á los horrores que se acostumbra en los hoteles de campo. No creo probable que tenga que usar el carruaje esta noche.

Lestrade se rió indulgentemente.

—Usted se ha formado ya sus conclusiones por lo que dicen los periódicos—dijo.—El caso es tan claro como el día y mientras más entra uno en él, más claro aparece. Pero, con todo, yo no podía seguramente negarme á lo que me pedía una dama como esa: había oído hablar de usted y quería conocer la opinión de usted, aunque yo la dije que nada de lo que podía usted hacer no hubiera sido hecho ya por mí. Pero ¡bendito Dios! Ahí está su coche en la puerta.

No bien había terminado de hablar, se precipitó en el cuarto una de las mujeres más adorables que he visto en mi vida. El brillo de sus ojos color de violeta, sus labios entreabiertos, el rojo color que animaba sus mejillas, todo indicaba que su natural reserva se había desvanecido en la dominante sobreexcitación que la impulsaba.

—¡Oh, señor Sherlock Holmes!—exclamó, pasando la mirada del uno al otro de nosotros dos y, por último, con la intuición rápida de la mujer, fijándola en mi compañero:—¡tengo tanto gusto de que haya venido usted! He venido hasta aquí para decírselo. Estoy segura de que San-

tiago no es culpable, lo sé positivamente, y deseo que usted, al empezar su labor, tenga la misma convicción. No abrigue usted la menor duda sobre ese punto. Santiago y yo nos conocemos desde que éramos pequeñuelos, y conozco sus defectos como nadie, pero es demasiado sensible de corazón para hacer daño ni á una mosca. Semejante acusación es absurda en la opinión de cualquiera que lo conozca.

—Espero que lo salvaremos, señorita Turner —dijo Sherlock Holmes;— puede usted contar con que haré cuanto pueda.

—Pero usted ha leído la investigación. ¿Ha llegado usted á alguna conclusión? ¿Ve usted algo, alguna escapatoria, algún resquicio? ¿no lo cree usted inocente?

—Lo creo muy probable.

—¡Ya ve usted!—exclamó ella, echando la cabeza hacia atrás, y mirando con expresión de desafío á Lestrade.—¡Oye usted! El señor Holmes comparte mis esperanzas.

Lestrade se encogió de hombros.

—Temo que mi colega se haya precipitado demasiado á dar sus conclusiones—dijo.

—Pero está en lo cierto. ¡Oh, yo sé que está en lo cierto! Santiago no es culpable. Y en cuanto á la riña con su padre, estoy segura de que la razón que le hizo no hablar de ella al coroner, fué el estar yo en el asunto.

—¿De qué manera?—preguntó Holmes.

—No es esta ya la hora en que yo pueda ocul-

tar algo. Santiago y su padre disputaban mucho con respecto á mí. El señor Mc Carthy deseaba con gran ansiedad que nos casáramos. Santiago y yo nos habíamos querido siempre como hermano y hermana, pero, naturalmente, él es joven y todavía conoce muy poco de la vida, y... pues, naturalmente, no deseaba casarse todavía. Así, había discusiones entre ellos, y estoy segura de que la última fué por la misma causa.

—¿Y el padre de usted—preguntó Holmes—era favorable á esa unión?

—No, también él se oponía. El único que la quería era el señor Mc Carthy.

Un rápido y vivo rubor pasó por el fresco rostro de la joven, al dirigirla Holmes una de sus interrogadoras miradas.

—Gracias por su información—dijo.—¿Podré ver al padre de usted si voy á su casa mañana?

—Temo que el médico no lo permita.

—¿El médico?

—Sí. ¿No ha oído usted decir nada? Mi pobre padre ha estado bastante débil en los últimos años, y esto lo ha anonadado completamente. Ha tenido que acostarse, y el doctor Willows dice que está destruído, que su sistema nervioso está en pedazos. El señor Mc Carthy era el único que había conocido á papá en Victoria.

—¡Ah! ¡En Victoria! Eso es importante.

—Sí, en las minas.

—Eso es. ¿En las minas de oro, donde el señor Turner, según entiendo, hizo su fortuna?

—Precisamente.

—Gracias, señorita Turner. Me ha prestado usted una ayuda preciosa.

—Mañana, si tiene usted alguna noticia, me lo dirá usted. No dudo de que irá usted á la cárcel á ver á Santiago. ¡Oh! Si va usted, dígame usted, señor Holmes, que sé que es inocente!

—Se lo diré, señorita Turner.

—Ahora tengo que volver á casa, porque papá está muy enfermo y me extraña mucho cuando lo dejo solo. Hasta mañana. Dios lo ayude á usted en su empresa.

Salió del cuarto con la misma fuerza impulsiva con que había entrado, y luego oímos las ruedas de su carruaje resonar en el pavimento.

—Estoy avergozado por usted, Holmes—dijo Lestrade en tono digno, después de varios minutos de silencio.—¿Para qué alimenta usted esperanzas que después tendrá usted que destruir? No soy tierno de corazón, pero á lo que hace usted le llamo crueldad.

—Yo creo que tengo el camino expedito para salvar á Santiago Mc Carthy—dijo Holmes.—¿Tiene usted permiso para verle en la prisión?

—Sí, pero sólo para usted y yo.

—Entonces, cambio mi resolución en cuanto á la hora de ir á verle. ¿Tenemos todavía tiempo de tomar un tren para Hereford y hablar con él esta noche?

—De sobra.

—Pues vamos, Watson, me temo que el tiem-

po se le haga á usted demasiado largo, pero sólo estaré afuera un par de horas.

Los acompañé hasta la estación, después me puse á pasearme por las calles de la pequeña población, y por último volví al hotel, donde me recosté en el sofá y traté de interesarme en la lectura de una novela de forro amarillo. La intrincada trama de la historia era, sin embargo, tan mezquina si se le comparaba con el profundo misterio que íbamos á investigar, y mi atención se escapaba tanto de la ficción á la realidad, que concluí por tirar el libro al otro extremo del cuarto y entregarme completamente á la meditación sobre los sucesos del día. En la suposición de que lo que decía aquel desventurado joven fuera absolutamente cierto ¿qué infernal cosa, qué calamidad extraordinaria é imprevista podía haber ocurrido en el tiempo que medió entre el momento que se separó de su padre y aquel en que, atraído por sus gritos, volvió al claro del bosque? ¿Había pasado algo terrible y mortífero. ¿Qué? ¿La naturaleza de las heridas no contendrían alguna revelación para mis instintos médicos? Toqué la campanilla, y pedí el periódico semanal del distrito, que contenía un resumen de la investigación. El médico decía en su declaración, que el tercio posterior del hueso parietal izquierdo, y la mitad izquierda del hueso occipital, habían sido destrozados por un fuerte golpe dado con un pesado objeto. Señalé el sitio en mi cabeza: claro estaba que

semejante golpe tenía que haber sido descargado por detrás.

Eso era bastante favorable para el acusado, pues cuando se le vió riñendo con su padre estaba cara á cara con él. Sin embargo, no era una prueba de valor muy grande, pues el anciano podía haber vuelto la espalda antes de que le cayera el golpe. Con todo, valía la pena de llamar la atención de Holmes hacia ese punto. Después, había la extraña referencia del moribundo á una rata. ¿Qué podía significar eso? No podía ser delirio: muy poco común es que un hombre que se muere de un golpe que ha recibido de repente, se ponga á delirar. No: más probable era que hubiera tratado de explicar la manera como habían pasado las cosas. Pero ¿qué podía indicar eso? Yo me devanaba los sesos para hallar una explicación aceptable. Y luego, la tela gris que había visto el joven Mc. Carthy.

Si eso era cierto, el asesino al huir debía haber dejado caer alguna pieza de su traje, probablemente su sobretodo, y debía haber tenido el atrevimiento de volver y recogerlo, cuando el hijo estaba arrodillado, con la espalda vuelta hacia ese lado, á menos de doce pasos de distancia.

¡Qué tejido de misterios é improbabilidades era el asunto entero! No me asombraba el que Letrasde se hubiera formado la opinión que tenía, pero al mismo tiempo tenía tal fe en la

perspicacia de Sherlock Holmes, que no podía perder la esperanza desde que cada nuevo hecho parecía reforzar su convicción de la inocencia del joven Mc. Carthy.

Era tarde cuando Sherlock Holmes volvió. Estaba solo; Lestrade se había quedado en su alojamiento en la ciudad.

—Todavía el barómetro está muy alto—dijo, al sentarse. Es importante que no llueva antes de que vayamos al terreno.

Por otra parte, para una labor tan delicada como esta, un hombre debe estar lo más fresco y reposado que sea posible, y yo no querría emprenderla cansado por un largo viaje. He visto al joven Mc. Carthy.

—¿Y qué ha sabido usted por él?

—Nada.

—¿No ha podido arrojar ninguna luz?

—Ninguna. Hubo un momento en que creí que sabía quién había cometido el crimen y lo ocultaba con su silencio; pero ahora estoy convencido de que el asunto es para él tan misterioso como para cualquier otro. No es un joven de inteligencia muy viva, pero su apariencia es simpática, y creo que tiene buen corazón.

—Si es cierto que no quería casarse con una joven tan encantadora como esa señorita Turner, no le admiro el gusto.

—¡Ah! ahí hay una historia bastante dolorosa. Esa joven la ama loca, desesperadamente; pero

hace unos dos años, cuando todavía no era más que un muchacho y antes de que la hubiera realmente conocido, pues la niña había estado cinco años lejos, interna en un colegio, ¿qué hace el idiota, sino caer en las garras de una muchacha de restaurant y casarse con ella en la oficina del registro civil? Nadie sabe una palabra del asunto, pero usted puede imaginarse cuán enloquecedor debe ser para él verse impedido de hacer lo que daría los ojos de la cara por hacer pero que le es absolutamente imposible hacer. Una desesperación frenética de esa clase fué lo que le hizo alzar los brazos cuando su padre, en la última conversación que tuvieron, lo compelia á pedir la mano de la señorita Turner. Por otro lado, el mozo no tenía medios de mantenerse solo, y su padre que, según todos los informes, era hombre muy rudo, lo habría literalmente arrojado á la calle si hubiera sabido la verdad.

Con su esposa, empleada de restaurant, había pasado los tres últimos días en Bristol, y su padre no sabia dónde estaba. Retenga usted ese punto, porque tiene importancia. Algo bueno ha salido del mal, sin embargo, pues la sirvienta de restaurant, al ver en los diarios que está en serios apuros, lo ha arrojado por encima de la borda, escribiéndole que antes de casarse con él ya tenía un marido en el puerto de Bermuda, de manera que realmente no hay vínculo ninguno entre ellos. Creo que esta sola noticia ha conso-

lado al joven Mc Carthy de todo cuanto ha sufrido.

—Pero si él es inocente ¿quién ha cometido el delito?

—¡Oh! ¿Quién? Llamaré la atención de usted muy particularmente hacia dos puntos. El uno es que el asesinado tenía una cita con alguien en la laguna, y que ese alguien no podía haber sido su hijo, porque éste se hallaba ausente, y él no sabía cuándo volvería. El otro punto es que el asesinado gritó: «¡Cuii!» antes de saber que su hijo había vuelto. Esos son los puntos capitales de que el caso depende. Y ahora, hablemos de Jorge Meredith, si á usted le place, y dejemos los puntos de menor cuantía hasta mañana.

Esa noche no llovió, como Holmes había previsto, y el día amaneció claro y sin nubes. A las nueve, Lestrade se presentó con un carruaje á buscarnos, y los tres partimos para la granja de Hatherley y la laguna de Boscombe.

—Esta mañana hay una noticia seria—anunció Lastrade:—se dice que el señor Turner, el propietario de Hall, está tan enfermo, que se teme fallezca.

—¿Es hombre de edad, supongo? dijo Holmes.

—Como de sesenta años; pero su organismo ha sido minado por su vida en el exterior, y desde hace algún tiempo está mal de salud. Este asunto le ha producido muy mal efecto. Era antiguo amigo de Mc. Carthy, y, puedo agregar,

también su generoso benefactor, pues he oído decir que le había dado la granja de Hatherley gratis para que viviera en ella.

—¡Hola! Eso es interesante—dijo Holmes.

—¡Oh, sí! En cien otras formas le ha servido: todos en la comarca hablan de su bondad para con él.

—¡Es posible! ¿Y no le choca á usted el que ese Mc. Carthy, que parece haber tenido él también algunos bienes, y haber sido deudor de tantos favores de Turner, hablara todavía de casar su hijo con la hija de éste, la cual, es de presumir, será la heredera de la fortuna, y eso de una manera tan segura como si se tratara meramente de pedir la mano de la joven para que todo lo demás siguiera? Más extraño aún es desde que sabemos que Turner era adverso á la idea. Su hija nos lo dijo suficientemente. ¿No deduce usted algo de eso?

—Ya hemos llegado á las deducciones é inferencias—dijo Lestrade, guiñándome el ojo.—Me parece bastante difícil alcanzar los hechos, Holmes, sin volar hacia las teorías y las fantasías.

—Tiene usted razón,—le contestó Holmes, severamente;—para usted es difícil alcanzar los hechos.

—Sea como sea, he descubierto un hecho que parece para usted difícil de coger—contestó Lestrade, con algún calor.

—¿Y cuál es?

—Que Mc. Carthy, padre, murió á manos de

Mc. Carthy, hijo, y que todas las teorías en contra de esa son pura luz de luna.

—Bueno; pero la luz de la luna es más brillante que la niebla—dijo Holmes, riendo.—Pero mucho me engaño si ésta que está á la izquierda no es la granja Hatherley.

—Sí, esa es.

La casa era amplia, su aspecto indicaba comodidad. Tenía dos pisos, techo de pizarra, y grandes matas de liquen amarillo trepaban por las grises paredes. Las ventanas cerradas y las chimeneas sin humo le daban, sin embargo, una apariencia opresora, como si el peso de aquel horror gravitara aún pesadamente sobre ella. Llamamos á la puerta, y allí la criada, por petición de Holmes, nos enseñó los botines que su patrón había tenido puestos en el momento de su muerte, y también un par de los del hijo, pero no el que había tenido en aquel momento. Después de medirlos muy cuidadosamente por siete ú ocho diferentes puntos, Holmes expresó el deseo de que lo condujeran á la plazoleta, desde la cual todos seguimos el sendero que conducía á la laguna de Boscombe.

Sherlock Holmes se transformaba cuando seguía una pista como ésa. Las personas que habían conocido solo al tranquilo pensador y logista de la calle Baker, no habrían podido reconocerle. Su cara se enrojecía y se obscurecía; sus cejas se convertían en dos líneas duras y negras, y sus ojos arrojaban por debajo de ellas

vivos destellos. Su cara se inclinaba hacia el suelo, los hombros se le caían, los labios se apretaban, y las venas de su largo cuello sobresalían, duras como cuerdas. Las narices parecían dilatársele con un apetito de caza, puramente animal, y su mente se concentraba de manera tan absoluta en el asunto que tenía ante sí, que la pregunta ú observación que llegaba á sus oídos no penetraba en ellos, ó, cuando más, provocaba en respuesta un gruñido rápido é impaciente. Veloz, silenciosamente, seguía el camino que se abría por entre los prados, y después por entre el bosque, hasta la laguna de Boscombe. El terreno era húmedo, pantanoso, como es todo aquel distrito, y había en él las trazas de muchos pies, tanto en el sendero como sobre el corto césped que lo limitaba por ambos lados. A ratos, Holmes se apresuraba, á ratos se detenía de golpe, y una vez hizo un pequeño *détour* por la pradera. Lestrade y yo íbamos detrás de él, el detective indiferente y despreciativo, mientras yo observaba á mi amigo con el interés que brotaba de mi convicción de que cada uno de sus pasos se dirigía á un fin definido.

La laguna de Boscombe, que es una pequeña sábana de agua de color rojizo y de unas cincuenta yardas de diámetro, está situada en los límites de la granja de Hatherley con el parque privado del acaudalado señor Turner. Por encima de la arboleda que se extendía por la orilla

más lejana de la laguna, veíamos los rojos tejados de la mansión del rico propietario. En el lado de Hatherley, la arboleda era muy espesa, y había una estrecha faja de menudo césped, á veinte pasos entre el límite de la arboleda y las cañas del borde del lago. Lestrade nos enseñó el lugar exacto en que el cadáver había sido hallado, y, verdaderamente, el suelo estaba tan blando por la humedad, que con toda claridad ví la señal que había dejado el cuerpo del muerto. Para Holmes, como yo podía verlo en su ansiosa cara y en sus inquisidores ojos, había muchas otras cosas que leer en el pisoteado césped: dió una vuelta por todo el lugar, como un perro que sigue un rastro, y luego volvió, para hablar con Lestrade.

—¿Qué ha tenido usted que hacer en la laguna?—le preguntó.

—He hurgado con un rastro. Pensé que podía haber bajo el agua alguna arma ú otro indicio. Pero ¿cómo es posible que usted?...

—¡Oh, chist, chist! No tengo tiempo. Ese pie izquierdo de usted, con la punta hacia adentro, está por todas partes. Un topo podría seguirlo: allá se pierde entre las cañas. ¡Oh! ¡Qué sencillo, habría sido todo si yo hubiera venido antes de que otros llegaran como un rebaño de búfalos y galoparan por encima de los rastros! Este es el sitio en que el grupo del guardabosque se detuvo: esa gente ha borrado todo rastro en un espacio de seis ú ocho pies en torno del cadáver.

Pero aquí hay tres rastros de los mismos pies, aislados.—Sacó una lente, y se echó sobre su impermeable, para ver mejor, hablando siempre más consigo mismo que con nosotros.—Estos son los pies del joven Mc. Carthy. Dos veces anduvo, y una vez corrió rápidamente, por lo cual las suelas están impresas profundamente y los tacos apenas son visibles. Esto comprueba su versión, corrió cuando vió á su padre en el suelo. Luego, aquí están los pies del padre, de cuando se paseaba de un lado para otro. ¿Y esto qué es, entonces? La culata de la escopeta del hijo, puesta en tierra por éste mientras escuchaba. ¿Y esto? ¡Ja, ja! ¿Qué tenemos aquí? ¡Puntas de pies, puntas de pies! Y cuadradas, botines bastante poco usuales. Vienen, van, vuelven á venir... por supuesto que en busca del sobretodo. Ahora ¿de dónde vinieron?

Corría de un lado para otro, á ratos perdiendo el rastro, á veces encontrándolo, hasta que nos encontramos ya dentro del lindero del bosque, y bajo la sombra de una alta haya, el árbol más grande del lugar.

Holmes se dirigió al lado más lejano de este árbol, se echó, con la cara contra el suelo una vez más, y lanzó un débil grito de satisfacción. Durante un largo rato permaneció allí, revolviendo las hojas y ramas secas, poniendo dentro de un sobre algo que á mí no me pareció otra cosa que polvo, y examinando con su lente, no sólo el suelo, sino también la corteza de

árbol, en cuanto yo podía ver. Entre el musgo había una piedra de contornos desiguales, y también la examinó y luego se la guardó. Después siguió un sendero por entre la arboleda hasta que llegó al camino principal, donde se perdían todos los rastros.

—El caso es en extremo interesante—dijo vi-
viendo á sus maneras naturales.—Me imagino
que esta casa gris de la derecha es la del guar-
dabosques. Voy allí, á hablar una palabra con
Morán, y quizás á escribir dos líneas. Una vez
que haya hecho eso, podremos volvernos á to-
mar nuestro lunch. Váyanse ustedes ahora al
coche, yo iré dentro de un momento.

Al cabo de diez minutos nos hallábamos en
el coche, en camino de regreso á Ross, Holmes
llevando todavía consigo la piedra que había
recogido del suelo.

—Esto puede interesarle á usted, Lestrade—
dijo, enseñándola.—El asesinato ha sido hecho
con esta piedra.

—No le veo señales.

—No las tiene.

—¿Cómo lo sabe usted, entonces?

—El céped crecía debajo de ella. Estaba allí
sólo desde hace pocos días. No hay señas del
lugar de donde pueda haber sido tomada. La
forma corresponde á las heridas. No hay traza
de ninguna otra arma.

—¿Y el asesino?

—Es un hombre alto, zurdo, cojea de la pier-

na derecha, usa botas de caza de suelas gruesas y un sobretodo gris, fuma cigarros, y lleva en el bolsillo un cortaplumas romo. Hay varios otros indicios, pero éstos serán bastantes para ayudarnos en nuestra investigación.

Lestrade se rió.

—Siento decir que todavía estoy escéptico— dijo.—Las teorías son muy buenas todas, pero tenemos que habérnosla con un jurado británico de cabeza dura.

—*Nous verrons*—contestó Holmes, tranquilamente.—Trabaje usted conforme á su método, que yo lo haré conforme al mío. Esta tarde estaré muy ocupado, y probablemente volveré á Londres en el tren nocturno.

—¿Y dejará usted inconclusa su investigación?

—No; terminada.

—Pero ¿y el misterio?

—Está resuelto.

—¿Quién es el criminal, pues?

—El hombre que ya he descripto.

—Pero ¿quién es él?

—Seguramente no sería difícil averiguarlo. Esta comarca no es tan populosa.

Lestrade se encogió de hombros.

—Yo soy un hombre práctico—dijo—y no voy ciertamente á ponerme á recorrer la región en busca de un señor zurdo que cojea de una pierna. Me convertiría en el hazmerreir de mis compañeros del departamento central.

—Muy bien—contestó Holmes con calma.—Yo le he proporcionado á usted una oportunidad. Ya estamos en el alojamiento de usted. Hasta otra vista. Antes de marcharme le escribiré á usted dos líneas.

Lestrade se quedó en su posada, y nosotros seguimos en dirección á nuestro hotel, donde encontramos el lunch en la mesa. Holmes guardaba silencio, y en su cara había una expresión dolorosa, como si se hallara en una posición embarazosa.

—Mire usted, Watson—me dijo, cuando hubieron sacado el mantel.—Siéntese usted en esa silla, y déjeme usted predicarle un momento. No sé en verdad qué hacer, y el consejo de usted me será muy valioso. Encienda usted un cigarrillo, que voy á exponer los hechos.

—Ruego á usted que lo haga.

—Bien, pues. Al examinar este caso, hay dos puntos en la narración del joven Mc Carthy, que nos chocaron á ambos instantaneamente, aunque á mí me impresionaron en su favor y á usted en su contra. Uno fué el hecho de que su padre hubiera, según lo que él dice, gritado «¡cuil!» antes de verle; el otro, la singular alusión del moribundo á una rata: balbuceó varias palabras, usted comprende, pero eso fué todo lo que el oído del hijo alcanzó. Nuestra investigación debe empezar por este doble punto, y nosotros comenzaremos por presumir que lo que el joven dice es absolutamente cierto.

—¿Qué quería decir el grito de «!cuii!» entonces?

—Claro está que no se dirigía al hijo. Este, y el padre lo sabía, estaba en Bristol: sólo una mera casualidad hizo que se encontrara al alcance de su voz. El «!cuii!» era para llamar á la persona, cualquiera que ella fuese, con quien el padre tenía cita. Pero «!cuii!» es un grito claramente australiano, y, en el hecho, los australianos lo usan. Hay poderosos motivos para presumir que la persona con quien Mc Carthy esperaba encontrarse en la laguna de Boscombe era alguien que había estado en Australia.

—¿Y lo de la rata?

Sherlock Holmes sacó del bolsillo un papel plegado y lo extendió sobre la mesa.

—Este es un mapa de la colonia de Victoria—dijo.—Anoche le pedí por telégrafo á Bristol.

Puso la mano sobre un punto del mapa, y:

—¿Qué lee usted aquí?—me preguntó.

Leo ARART.

Entonces levantó la mano, y volvió á preguntar:

—¿Y ahora?

—BALLARART.

—Perfectamente. Esa es la palabra que el hombre pronunció, y de la cual su hijo alcanzó á oír sólo las dos últimas sílabas. Trataba de decir quién lo había asesinado: «Fulano de Tal de Ballarat.»

—¡Eso es maravilloso!—exclamé.

—Es únicamente obvio. Y ahora, ya ve usted, he reducido considerablemente el terreno. La existencia de una prenda de vestir gris era un punto que, al aceptar como correcta la versión del hijo, no dejaba lugar á duda. Ahora hemos salido de una simple vaguedad á la concepción definida de un australiano de Ballarat que tiene un sobretodo gris.

—Cierto.

—Y de uno que estaba en su casa en la comarca, pues al lago sólo se puede llegar por la granja ó por las tierras de Turner, adonde sería difícil que llegara gente extraña.

—Eso es.

De ahí nuestra expedición de hoy. Al examinar el terreno conocí los pequeños detalles que dí á ese imbécil de Lestrade acerca de la personalidad del criminal.

—Pero, ¿cómo llegó usted á conocerlos?

—Usted conoce mi método: se funda en la observación de las cosas pequeñas.

—Ya sé que podía usted calcular, con poca diferencia, la estatura de la persona por el largo de sus pasos. Sus botas podían también ser descritas por los rastros.

—Sí; eran unas botas muy raras.

—Pero, ¿su cojera?

—La impresión de su pie derecho era siempre menos clara que la del izquierdo: el hombre pesaba menos sobre ese pie. ¿Por qué? Porque cojeaba: **era cojo.**

—¿Y su zurdez?

—Usted mismo encontró extraña la naturaleza de la herida, tal como la describía el médico encargado de su examen durante la investigación inicial. El golpe había sido dado de bien de cerca de atrás, y sin embargo, estaba en el lado izquierdo. Pero, ¿quién, sino un zurdo, podía haber hecho eso? Ese hombre había estado detrás de ese árbol durante la conversación del padre con el hijo. Hasta había fumado allí: yo encontré la ceniza del cigarro, el cual pude clasificar inmediatamente como cigarro de la India, gracias á mi especial conocimiento de las cenizas de cigarro. Usted sabe que he consagrado alguna atención á esto, y que he escrito una pequeña monografía sobre las cenizas de ciento cuarenta variedades diferentes de tabaco de pipa, cigarro y cigarrillo. Cuando encontré la ceniza, miré en derredor y descubrí la cola del cigarro entre el musgo, adonde lo había arrojado el hombre. Era un cigarro indio, de la clase fabricada en Rotterdam.

—¿Y la boquilla?

—Ví que el extremo del cigarro no había estado en su boca: por lo tanto, usaba boquilla. La punta había sido cortada, pero no con los dientes, y como el corte no era parejo, deduje que el hombre tenía un cortaplumas con poco filo.

—Holmes —le dije entonces:—ha tenido usted en torno de ese hombre una red de la que no

puede escaparse, y ha salvado usted la vida de un inocente tan exactamente como si hubiera usted cortado la cuerda en que ya lo hubieran ahorcado. Veo la dirección adonde todo esto apunta. El culpable es...

—¡El señor Juan Turner!—gritó el lacayo del hotel, abriendo la puerta de nuestra sala y haciendo entrar al visitante.

El aspecto del recién llegado era extraño é impresionante. Su paso lento y desigual y sus encorvados hombros le daban la apariencia de la decrepitud, pero sus facciones duras, profundamente delineadas y muy pronunciadas, sus enormes extremidades, mostraban que poseía una excepcional fuerza de cuerpo y de carácter. Su enmarañada barba, sus rudos cabellos y sus abultadas y caídas cejas se combinaban para darle una expresión de dignidad y de poder; pero el color de su cara era blanco ceniciento, y sus labios y los rincones de las ventanillas de la nariz tenían un sombra azul que me hicieron ver claro que era presa de alguna enfermedad crónica y mortal.

—Sírvasse usted sentarse en el sofá — le dijo Holmes con amabilidad.—¿Recibió usted mi esquela?

—Sí; el guardabosque me la llevó. Dice usted que desea verme aquí para evitar el escándalo.

—He creído que la gente hablaría si yo fuera á casa de usted.

—Y ¿para qué deseaba usted verme?

El hombre miró á mi compañero, con la desesperación pintada en sus cansados ojos, como si su pregunta hubiera sido ya contestada.

—Sí—dijo Holmes, contestando á la mirada más bien que á las palabras. — Eso es. Sé todo lo de Mc Carthy.

El anciano se cubrió la cara con las manos.

—¡Dios me asista!—exclamó.—Pero yo no habría dejado que el joven sufriera el menor daño. Doy á usted mi palabra de que, si el asunto hubiera ido á los Assises, yo me habría presentado á decir la verdad.

—Me complace oír á usted decir eso — dijo Holmes, gravemente.

—Ya habría hablado, á no haber sido por mi querida hija. Eso habría destrozado su corazón... como se lo destrozará la noticia de que he sido arrestado.

—La cosa no llegará á ese extremo — dijo Holmes.

—¿Qué!

—Yo no soy agente oficial. La hija de usted fué quien solicitó mi presencia aquí, y lo que hago es en su interés. Sin embargo, hay que sacar del paso al joven Mc Carthy.

—Yo estoy casi moribundo — dijo el anciano Turner.—Hace años que padezco de diabetes, y mi médico dice que mi muerte es cuestión de un mes, á lo sumo. No obstante, preferiría morir bajo mi techo, á morir en una cárcel.

Holmes se levantó y se sentó delante de la

mesa con una pluma en la mano y un paquete de papeles por delante.

—Díganos usted ahora la verdad --dijo;—yo tomaré nota de los hechos, usted firmará la nota y el señor Watson la certificará como testigo. Después, en la última extremidad, yo presentaré la confesión de usted para salvar al joven Mc Carthy. Prometo á usted que no la usaré sino cuando sea absolutamente necesario.

—Eso me basta—contestó el anciano;—porque es fácil que yo viva hasta los Assises. La cosa no tiene importancia para mí, pero yo querría ahorrar el golpe á mi hija. Ahora, voy á explicarlo á usted todo: los hechos han ocupado un largo tiempo, pero su relato será corto.

«Usted no conoció al muerto, á Mc Carthy: era el diablo en figura humana. Yo se lo digo á usted: que Dios lo libre de las garras de un hombre como ese. Su mano ha pesado sobre mí durante los últimos veinte años, mi vida ha naufragado bajo su peso. Voy á decir á usted primero cómo caí en su poder.

»Fué en los primeros años siguientes á 1860, en las minas. Era yo entonces un joven de sangre ardiente y atrevido, listo para cualquier cosa. Encontré malas compañías, me dí á la bebida, no tuve suerte en mi yacimiento, me fui á los bosques y, en una palabra, me convertí en lo que aquí se llamaría un bandolero. Eramos

seis compañeros, y llevábamos una vida la más libre, saqueando una estación de vez en cuando, y deteniendo en los caminos á los carros que iban á las minas. El negro Juanón de Ballarat fué el nombre que adopté, y á nuestro grupo se le recuerda aún en la colonia como á la Pandilla de Ballarat.

»Un día pasaba un convoy de oro, de Ballarat á Melbourne, y nosotros nos pusimos en acecho y lo atacamos. Los soldados de la escolta eran seis y nosotros seis, de manera que la acción era arriesgada; pero, á la primera descarga, dejamos sin jinete á cuatro de los caballos de tropa. Sin embargo, antes de que quedáramos dueños del campo, habían sido muertos tres de mis compañeros. Yo puse mi pistola en la cabeza del carrero, el cual era este mismo Mc Carthy.

¡Ojalá lo hubiera muerto! pero lo dejé con vida, á pesar de que ví sus ojillos malvados fijos en mi cara, como para acordarse de cada uno de mis rasgos. Nos escapamos con el oro, fuimos ricos, y nos embarcamos para Inglaterra sin que se sospechara de nosotros. Al llegar á tierra inglesa me separé de mis antiguos camaradas, resuelto á retirarme á una vida tranquila y honrada. Compré esta propiedad, que estaba en venta, y empecé á hacer con mi dinero algún bien, para honrar en algo la manera como lo había ganado. Me casé, y mi mujer murió joven, pero me dejó á mi querida Elisita. Desde que era pequeña, su cariñosa mano parecía guiarme al

camino recto con más firmeza que en ninguna otra cosa en mi vida entera. En una palabra, volví una nueva página, é hice cuanto pude para cancelar lo pasado. Todo iba bien cuando Mc. Carthy puso su garra sobre mí.

«Había ido un día á la ciudad por un negocio, y lo encontré en la calle Regote, apenas vestido y calzado.

—¿«Aquí estamos, Juanon—me dijo tocándome el brazo:—seremos tan buenos para contigo como si fuéramos tu propia familia. Somos dos, mi hijo y yo, bien puedes mantenernos á los dos. Si no... Inglaterra es un lindo país, donde la ley no falta, y siempre tiene uno un agente de policía al alcance de su voz.

»Y vinieron aquí al oeste, y no hubo manera de desprenderse de ellos, y aquí han vivido desde entonces, gratis y en lo mejor de mis tierras. No había para mí descanso, ni tranquilidad, ni olvido. Hacia donde quiera que volviese la cara, me encontraba con su adusto ceño junto á mí. La situación empeoró cuando Elisa creció, porque el hombre vió que yo temía más que ella conociera mi pasado, que á caer en manos de la policía. Lo que se le antojaba era necesario que yo se lo diera y todo se lo daba sin protestar: tierras, dinero, casas, hasta que por fin me pidió lo que yo no podía darle; me pidió á Alice.

«Su hijo, como ustedes ven, había crecido, y había crecido mi hija, y como se sabía que yo estaba mal de salud era para Mc. Carthy un buen

golpe el que su hijo entrara en posesión de la propiedad entera. Pero en este punto me mantuve firme: estaba resuelto á que su maldita sangre no se mezclara con la mia, no porque el mozo me fuera antipático, sino porque en sus venas corría la sangre de su padre, y eso me bastaba. Me sostuve en mi terreno; Mc. Carthy me amenazó; yo le desafié á que hiciera lo que quisiera. Para hablar del asunto teníamos que vernos en la laguna, á mitad del camino de nuestras casas.

«Cuando llegué lo encontré hablando con su hijo. Me puse á fumar un cigarro y á esperar que estuviera solo. Pero á medida que escuchaba lo que hablaba, todo lo que había de negro y malo en mí parecía subirme á la cabeza. Exigía á su hijo que se casara con mi hija, con tan poca consideración de lo que ella pudiera pensar, como si se tratara de una vagabunda de las calles. La idea de que lo que yo tenía de más querido en el mundo estuviera en poder de un hombre como ese, me enloqueció. ¿No me sería posible romper la cadena? Yo estaba moribundo y desesperado: aunque todavía mi cerebro pensaba con claridad y mis miembros tenían vigor, sabía que mi suerte estaba echada. ¡Pero mi memoria y mi hija! Ambas podían salvarse si yo conseguía sólo acallar esa infame lengua. Lo hice, señor Holmes; lo haría otra vez. He pecado mucho, muchísimo, pero he llevado después una vida de martirio en que he purgado mis cul-

pás, y la idea de que mi hija pudiera ser salpicada por el lodo de mi pasado, era más de lo que yo podía sufrir. Lo aplasté con no mayor compasión que la que habría tenido si hubiera sido un insecto venenoso y traidor. Su grito hizo que su hijo volviera, pero yo me oculté en la arboleda, aunque me ví obligado á regresar para recoger mi gabán que había dejado caer en mi fuga. Esta es, señores, la verdadera historia de lo que ha ocurrido.»

—No me corresponde á mí juzgar á usted,—dijo Holmes, al firmar el anciano su declaración;—y, hago votos porque nunca nos veamos expuestos á semejante tentación.

—Que nunca suceda tal cosa, señor. Y ¿qué piensa usted hacer?

—Por el estado de la salud de usted, nada. Usted sabe que pronto tendrá que responder de lo que ha hecho ante un tribunal más alto que la corte de Assises. Guardaré esta confesión, y si la corte condena á Mc. Carthy, tendré que usarla. Si no, jamás la verá ser viviente, y el secreto de usted, viva usted ó esté muerto, estará en plena seguridad en nuestro poder.

—¡Adiós, entonces!—dijo el anciano, solemnemente.—Cuando llegue á ustedes la última hora, el lecho de muerte les será más llevadero el recordar la paz que me han proporcionado ahora que estoy yo en el mío.

Y salió lentamente del cuarto, su gigantesco cuerpo vacilante y tembloroso.

—¡Dios nos asista!—dijo Holmes, después de un largo silencio.—¿Por qué tiende la suerte tan tremendos lazos á los pobres é impotentes gusanos? Nunca que sé algo de esta naturaleza, dejo de pensar en las palabras de Baxter y decir: «Allí, si no fuera por la gracia de Dios, estaría Sherlock Holmes.»

Santiago Mc. Carthy fué absuelto en la corte de Assises, gracias á un número de objeciones que habían sido formuladas por Holmes y presentadas por el abogado defensor. El viejo Turner vivió hasta siete meses después de su entrevista con nosotros. Ahora está muerto, y todo indica que el hijo del uno y la hija del otro se unirán para vivir felices, ignorantes de la nube negra que se cierne sobre su pasado.

LAS CINCO PEPITAS DE NARANJA

Cuando hojeo mis apuntes y memorias de los asuntos investigados por Sherlock Holmes entre los años 82 y 90, me encuentro con tantos que presentan fases extrañas é interesantes que no me es fácil saber cuál debo escoger y cuál debo dejar. Algunos, sin embargo, han sido hechos públicos ya por los diarios, y otros no ofrecían campo de acción para las especiales cualidades que mi amigo poseía en tan alto grado y que estas narraciones tienen por objeto poner en evidencia. Otros, también, han burlado su habilidad analítica y serían, relatados aquí, principios sin fines, mientras otros no han sido aclarados sino parcialmente y sus explicaciones se fundan más bien en las conjeturas y cálculos que en la prueba absolutamente lógica que era tan cara á Sherlock Holmes.

Entre estos últimos hay uno, sin embargo, tan notable en sus detalles y tan sorprendente en

sus resultados, que siento la tentación de hacerlo conocer, á pesar de que algunos puntos relacionados con él no han sido puestos completamente en claro y probablemente jamás lo serán.

El año 1887 nos proporcionó una larga serie de casos de mayor ó menor interés, de todos los cuales conservo yo el registro. En el índice de esos doce meses encuentro apuntes sobre las aventuras de Paradol; de la sociedad médica de aficionados, que tenía un lujoso club en el sótano de una fábrica de muebles; de los hechos relacionados con la pérdida de la barca británica Sophy Anderson; de las singulares aventuras de los Grice Patterson en la isla de Uffa, y por último, del caso de envenenamiento de Camberwell.

En este último, Sherlock Holmes consiguió, dando cuerda al reloj del muerto, probar que dos horas antes le habían dado cuerda, y que, por consiguiente, el asesinado se había acostado dos horas antes, deducción que fué de la mayor importancia en el esclarecimiento del caso. Todos esos asuntos los describiré más tarde, pero ninguno de ellos presenta aspectos tan singulares como la extraña cadena de circunstancias que hoy he tomado la pluma para describir.

Era en los últimos días de septiembre, y las borrascas equinocciales se habían declarado con excepcional violencia. Durante el día entero, el viento había gemido y la lluvia había azo-

tado las ventanas, hasta hacernos, aquí en el corazón de este enorme Londres fabricado por la mano del hombre, elevar un instante nuestras mentes de la rutina de la vida y reconocer la presencia de esas grandes fuerzas elementales que gritan á la humanidad por entre las rejillas de la civilización, como fieras indómitas enjauladas. A medida que la noche se acercaba, la tormenta crecía más y más y el viento chillaba y sollozaba en la chimenea como un niño. Sherlock Holmes, sentado, de mal humor, á un lado de la estufa, revisaba sus registros del crimen, y yo, al otro lado, estaba profundamente engolfado en uno de esos hermosos relatos navales de Klark Russell, á tal punto que el rugir del ventarrón afuera parecía mezclarse con la narración, y la lluvia caer en las agitadas olas. Mi mujer había ido á visitar por unos días á su tía, y durante ese tiempo era yo nuevamente huésped en mi antigua morada de la calle Baker.

—¡Qué!—dije, volviendo los ojos hacia mi compañero.—Esa es la campanilla. ¿Quién puede venir esta noche? ¿Algún amigo de usted, quizás?

—No tengo más amigo que usted,—me contestó.—Yo no soy de los que atraen á los visitantes.

—¿Una persona que viene á solicitar sus servicios, entonces?

—Si es así, debe tratarse de un caso serio. Nada que no lo fuera haría salir á un hombre en semejante día y en semejante hora. Pero creo

que más bien sea alguna visita para la propietaria.

Sherlock Holmes se equivocaba en su conjetura, pues oímos unos pasos en el pasadizo, y un golpecito en la puerta. Holmes alargó el brazo para volver la luz de la lámpara, de su lado, al de la silla vacía en la que tenía que sentarse el recién venido.

—¡Adelante!—dijo.

El hombre que entró era joven, de unos veintidós años en apariencia, bien vestido y con algo de refinamiento y delicadeza en su aspecto. El chorro que corría de su paraguas y el brillo de un largo impermeable decían lo suficiente acerca del temporal que había atravesado para llegar á la casa. Miró ansiosamente en derredor suyo á la luz de la lámpara, y yo pude ver que su cara estaba pálida y sus ojos cargados, como los de un hombre que tiene sobre sí el peso de una gran angustia.

—Tengo que pedir perdón á ustedes.—dijo, acercándose á los ojos su *pince-ney* de oro. Desearía no ser un intruso. Temo haber traído á este cuarto tan abrigado algo de la tormenta de afuera.

—Déme usted su abrigo y su paraguas—le contestó Holmes.—Aquí, en este gancho, se secarán luego. Veo que viene usted del sudoeste.

—Sí, de Horsham.

—Esa mezcla de greda y yeso que veo en los zapatos de goma de usted, lo revelan.

—He venido á pedir á usted consejo.

—Eso es fácil de conseguir.

—Y ayuda.

—Eso no es siempre tan fácil.

—He oído hablar de usted, señor Holmes. El mayor Prendergast me ha dicho cómo lo salvó usted en el escándalo del Club de Tankerville.

—¡Ah, ya lo creo! Se le acusaba injustamente de hacer trampas en el juego.

—Me ha dicho que usted es capaz de resolver cualquier problema.

—Eso es mucho decir.

—Que nunca sale usted vencido.

—He sido vencido cuatro veces: tres por hombres, una por una mujer.

—Pero ¿qué es eso, comparado con el número de sus triunfos?

—Es verdad que generalmente he triunfado.

—Entonces, en mi caso también vencerá usted.

—Ruego á usted que acerque su silla al fuego y me favorezca con algunos pormenores de su asunto.

—No es un asunto ordinario.

—Ninguno de los que me traen lo es. Yo soy la última corte de apelaciones.

—Y sin embargo, yo pregunto, señor, si, con toda su experiencia, ha oído usted nunca hablar de una cadena de acontecimientos más misteriosa é inexplicable que la de los que han ocurrido en mi familia.

—Usted me llena de interés—dijo Holmes—Le ruego que nos dé usted los hechos esenciales desde el principio, para que yo pueda después interrogarle acerca de los detalles que me parezcan los más importantes.

El joven arrastró su silla y expuso sus mojadados pies al calor de las llamas.

—Yo me llamo—dijo—Juan Openshaw; pero lo que me concierne personalmente tiene poco que hacer, en cuanto alcanzo á comprender, con este horrible asunto. Se trata de una cuestión de herencia, de modo que para dar á ustedes una idea de los hechos, tengo que volver hasta el principio.

«Deben ustedes saber que mi abuelo tuvo dos hijos: mi tío, Elías, y mi padre, José. Mi padre tenía una pequeña factoría en Coventry, la cual extendió en la época de la invención de la bicicleta. Sacó patente para la «llanta Openshaw», y tan bien le fué en el negocio, que pronto pudo venderlo y retirarse con un buen capital.

«Mi tío Elías emigró á América en su juventud, y se hizo agricultor en Florida, donde se decía que había prosperado. Durante la guerra, peleó en el ejército de Jackson, y después bajo las órdenes de Hood, y llegó al grado de coronel. Cuando Lee rindió las armas, mi tío volvió á su granja, donde permaneció tres ó cuatro años.

En 1869 ó 1870, regresó á Europa y compró una pequeña propiedad en Sossex, cerca de

Horsham. Había hecho una considerable fortuna en los Estados Unidos, y su razón para abandonar aquel país era la aversión que tenía á los negros y su disgusto por la política republicana que les concedió la libertad. Era un hombre singular, de carácter altivo y violento, rudo en sus palabras cuando estaba enojado, y de inclinaciones á la más absoluta soledad.

Dudo de que en todos los años que vivió en Horsham pusiera una vez los pies en el pueblo. Tenía un jardín y dos ó tres trozos de terreno en torno de su casa, y allí hacía ejercicio, aunque también se pasaba á menudo semanas sin salir de su cuarto. Bebía mucho brandy, fumaba abundantemente, pero no gustaba de la sociedad, ni quería tener amigos, ni siquiera ver á su hermano.

«Conmigo no rezaba eso; al contrario, me tomó cariño desde la primera vez que me vió: esto debe haber sido en 1878, después de haber estado él unos ocho ó nueve años en Inglaterra. Rogó á mi padre que me dejara vivir con él, y siempre fué muy bueno conmigo, á su manera. Cuando no estaba ebrio, solía llamarme para jugar chaquete y damas, y poco á poco me hizo su representante ante los criados y ante la gente que tenía que arreglar negocios con él, de modo que cuando llegué á los 16 años era en gran parte el amo de la casa. Yo tenía todas las llaves, y podía ir adonde quería y hacer lo que me agradaba, mientras no le turbara sus hábi-

tos de reclusión. Había en esto, sin embargo, una excepción singular: tenía él un cuarto, una habitación de madera situada entre las buhardillas, que estaba siempre cerrada y á la cual no permitía que entrara yo ni nadie. Con la curiosidad propia del niño había yo mirado por el agujero de la cerradura, pero nunca había alcanzado á ver más que un amontonamiento de viejos baules y atados como el que debía haber en semejante cuarto.

«Un día—esto sucedía en marzo de 1883—había una carta con estampilla extranjera en la mesa, delante del plato del coronel. No era cosa común que recibiera cartas, pues pagaba todas sus cuentas al contado y no tenía amigos de ninguna clase.

—«¡De la India!—dijo, al tomarla.—¡Sello de Pondicery! ¿Que será?

«La abrió apresuradamente, y de adentro saltaron cinco pepitas secas de naranja, que se desparramaron en su plato. Yo empecé á reirme al ver eso, pero la risa se desvaneció de mis labios al ver la expresión de su cara: el labio inferior caído, los ojos salidos de las órbitas, la cutis del color del yeso, y la mirada fija en el sobre que todavía tenía en la mano temblorosa.

—«¡K. K. K! gimió; y luego: ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Mis pecados recaen sobre mi cabeza!

—¿Qué es eso, tío?—exclamé

—«La muerte—contestó: y levantándose de la mesa, me dejó palpitante de terror.

«Yo tomé el sobre y ví, trazadas con tinta roja en la parte interior, la letra K tres veces repetida. Dentro del sobre no había habido otra cosa que las cinco pepitas secas. ¿Cuál podía ser la razón de su abrumador terror? Me levanté también de la mesa del desayuno, y al subir la escalera me encontré con él que bajaba llevando en una mano una vieja y mohosa llave que debía ser de la buhardilla, y en la otra un pequeño cofre de bronce, como los que sirven para guardar dinero.

—Pueden hacer lo que quieran, pero yo contrarrestaré todavía su acción—dijo, con una imprecación.—Dí á María que hoy necesito fuego en mi cuarto, y envía á llamar á Fordham, el abogado de Horsham.

«Hice lo que me ordenaba, y cuando el abogado llegó me avisaron que mi tío me quería ver en su cuarto. El fuego ardía vivamente, y en el fogón había una cantidad de cenizas negras y ligeras, como de papel quemado, y el cofre de bronce estaba abierto y vacío á un lado. Al mirar el cofre noté, con sobresalto, que en la tapa estaban impresas las tres K. que había leído por la mañana en el sobre.

—«Quiero, Juan—me dijo mi tío—que seas testigo de mi testamento. Dejo mis propiedades, con todas sus ventajas y sus desventajas, á mi hermano, tu padre, del cual, sin duda, pasarán á tí. Si puedes gozar de ellas en paz ¡tanto mejor! Si no lo puedes, sigue mi consejo, hijo mío,

y cede los bienes á tu más mortal enemigo. Siento mucho darte semejante arma de dos filos, pero no puedo decir qué giro tomarán las cosas. Firma el papel que el señor Fordham presenta.

«Firmé el papel, y el abogado se lo llevó. El incidente me produjo, como ustedes pueden suponer, la impresión más profunda, y yo lo volví y revolví en mi mente, sin alcanzar á deducir nada de él. Y no podía desprenderme del vago sentimiento de temor que había dejado tras de sí, aunque la sensación se hacía menos aguda á medida que las semanas pasaban, y nada ocurría que turbara la habitual rutina de nuestras vidas. Fácil me era notar un cambio en mi tío, sin embargo: bebía más que nunca, y se mostraba menos inclinado que nunca á cualquier clase de sociedad. Pasaba la mayor parte de su tiempo en su cuarto, con la puerta cerrada con llave, pero á veces salía, en una especie de frenesí de embriaguez, y se precipitaba fuera de la casa y corría por todo el jardín, revólver en mano, gritando que no temía á hombre alguno, y que á él no había hombre ni diablo que pudiera degollarlo como al carnero en el matadero. Y cuando le pasaba el acceso de furor, volvía despavorido á la casa, y se encerraba con llaves y cerrojos, como el hombre que no puede seguir afrontando el terror que yace en el fondo de su alma. Hubo veces que le ví la cara, aun en días fríos, tan inundada de sudor que parecía que acabara de empaparla en una jofaina,

«Ahora concluiré, señor Holmes, para no abusar de la paciencia de usted. Llegó una noche en que mi tío hizo una de esas salidas en estado de embriaguez, para nunca volver vivo. Le encontramos, cuando fuimos en su busca, boca abajo en un pequeño charco pantanoso situado al pie del jardín; su cuerpo no tenía señales de violencia, y como el agua no tenía más que dos pies de profundidad, el jurado, teniendo en cuenta su reconocida excentricidad, dió un veredicto de suicidio. Pero yo, que conocía lo que le aterraba la sola idea de la muerte, tuve que esforzarme mucho para convencerme que se había apartado de su manera de pensar para ir en busca de ella. Pasó el asunto, sin embargo, y mi padre entró en posesión de la propiedad y de unas catorce mil libras que tenía en el banco.»

—Un momento—interrumpió Holmes.—Lo que usted me refiere, lo veo desde ahora: presenta el caso más notable que he conocido hasta ahora. Deme usted la fecha en que su tío recibió la carta y la de su supuesto suicidio.

—La carta llegó el diez de marzo de 1883. Su muerte ocurrió siete semanas después, en la noche del 2 de mayo.

—Gracias, sírvase usted proseguir.

«Cuando mi padre tomó posesión de la propiedad de Horsham, hizo, á petición mía, un minucioso registro de la buhardilla que había estado siempre cerrada. Encontramos allí el cofre

de bronce, aunque su contenido había sido destruido. En el interior de la tapa había un papel que tenía las tres K. K. K., y debajo de ellas escritas estas palabras: «Cartas, apuntes, recibos y un memorándum diario». Esos eran, presumimos nosotros, los papeles que el coronel Openshaw había quemado. Por lo demás, nada había de mucha importancia en la buhardilla, salvo una gran cantidad de periódicos y libros relativos á la vida de mi tío en América. Algunos de ellos eran de la época de la guerra, y demostraban que había cumplido con su deber y se había conquistado la reputación de soldado valiente. Otros databan de la reconstitución de los estados del sur; se referían en su mayoría á cuestiones políticas, y hacían ver que mi tío había tomado resueltamente partido contra los políticos enviados del norte á esos estados.

Empezaba el año 84 cuando mi padre fué á vivir en Horsham, y todo marchó tan bien como era posible, hasta enero de 1885. El cuarto día después del de Año Nuevo, en el momento en que nos sentábamos en la mesa para el desayuno, mi padre exhaló un agudo grito de sorpresa. Miré á su lado y lo vi sentado, con un sobre abierto en una mano, y cinco pepitas secas de naranja en la otra. Siempre se había reído de lo que llamaba mi «cuento para hacer dormir» sobre las pepitas recibidas por el coronel, pero en ese momento en que le pasaba lo mismo, parecía en extremo sorprendido y temeroso.

—¡Cómo! ¿Qué puede significar esto, Juan?—
balbuceó.

El corazón me pesaba como plomo.

—Son las K. K. K.—dije. Mi padre miró el interior del sobre.

—¡Ciertos!—exclamó.—Aquí están las mismas letras; pero ¿qué es esto escrito encima de ellas?

—Ponga los papeles en el reloj de sol—leí por encima de su hombro.

—¿Qué papeles? ¿qué reloj de sol?—preguntó él.

—El reloj de sol del jardín. No hay otro—contesté;—pero los papeles deben ser los que mi tío destruyó.

—¡Bah!—exclamó mi padre, recuperando el valor.—Aquí estamos en un país civilizado y no podemos soportar estas farsas. ¿De dónde viene esto?

—De Dundee—contesté, mirando el sello del correo.

—Alguna broma tonta—contestó.—¿Qué tengo yo que hacer con relojes de sol y papeles? No voy á preocuparme de semejante tontería.

—Yo, por mi parte, avisaría á la policía—le repliqué.

—Para que se rieran de mis tribulaciones. Nada de eso.

—¿Lo haré yo?

—No; te lo prohibo. No quiero hacer alharaca por semejante pequeñez.

Era en vano argüir con él, porque su obstina-

ción era grande. Yo no pude, sin embargo, desterrar de mi corazón las sombras de que estaba lleno.

El tercer día después de la llegada de la carta, mi padre salió de casa á visitar á un antiguo amigo suyo, el mayor Freebody, comandante de uno de los fuertes situados en el monte Portsdown. Yo tuve gusto de que fuera, porque me parecía que cuando no se hallaba en casa estaba más lejos del peligro. En eso me equivocaba. A los dos días de su ausencia recibí un telegrama en que el mayor me rogaba que fuera en seguida. Mi padre había caído en uno de los pozos de greda que abundan en los alrededores, y yacía sin sentido, con el cráneo fracturado. Yo acudí á prisa, pero mi padre falleció sin haber recobrado el conocimiento. Según parece, le había ocurrido el accidente al volver de Fareham al anochecer, y como el lugar le era desconocido y el pozo no tenía barrera ninguna, el jurado no vaciló en dar un veredicto de «muerte por causas accidentales». Y yo, aunque examiné cuidadosamente todos los hechos relacionados con su muerte, nada pude hallar que diera pábulo á la idea de asesinato. No había señales de violencia ni rastros de otros pies, ni faltaba nada de sus bolsillos, ni nadie había visto gente extraña en los caminos; con todo, no necesito decir á ustedes que mi mente estaba lejos de la tranquilidad, y que yo tenía la persuasión de que mi padre había sido víctima de algún negro complot.

Con tan siniestros antecedentes entré en posesión de mi herencia. ¿Me preguntarán ustedes por qué no me deshice de ella? Contestaré que porque estaba convencido de que nuestras desgracias provenían de algún incidente de la vida de mi tío, y de que el peligro sería tan grande en una casa como en otra.

Fué en enero del 85 cuando mi pobre padre falleció; dos años y ocho meses han pasado, durante los cuales he vivido tranquilo en Horscham, y empezaba ya á abrigar la esperanza de que aquella maldición se había alejado ya de la familia, que había terminado en la generación anterior á la mía. Veo, sin embargo, que me había entregado demasiado pronto á la confianza; ayer por la mañana he recibida el golpe en la misma forma en que cayó sobre mi padre.»

El joven sacó del bolsillo interior un sobre arrugado, y, volteándolo sobre la mesa, dejó caer en ella cinco pepitas de naranja secas.

—Este es el sobre—continuó;—el sello del correo es de Londres, distrito del Este. Adentro están las mismas palabras del último y fatal mensaje recibido por mi padre: «K. K. K.», y luego: «Ponga los papeles en el reloj de sol».

—¿Qué ha hecho usted?—preguntó Holmes.

—Nada.

—¿Nada?

—Para decir la verdad—el joven se ocultó la cabeza entre sus manos delgadas y blancas—me he sentido sin fuerzas, me he sentido como la

pobre liebre cuando la serpiente se arrastra hacia ella. Me parece que estoy entre las garras de algún maligno ser inexorable contra el cual no hay previsiones ni precauciones eficaces.

—¡Chist ¡chist!—exclamó Sherlock Holmes.
—Tiene usted que ponerse en acción, hombre, ó está usted perdido. Sólo la energía puede salvarlo á usted. No es esta la hora de desesperar.

—He dado parte á la policía.

—¡Ah!

—Pero el inspector con quien hablé ha escuchado mi relato con una sonrisa. Estoy convencido de que se ha formado la opinión de que las cartas son todas obra de algún bromista, y que mi padre y mi tío han muerto en realidad por accidente, como los jurados han declarado, y que las amenazas de las cartas nada han tenido que ver con esas muertes.

Holmes blandió en alto sus apretados puños.

—¡Increíble imbecilidad!—exclamó.

—Sin embargo, me ha dado un vigilante para que esté conmigo en mi casa.

—¿Ha venido esta noche con usted?

—No; la orden que tiene es de permanecer en la casa.

—¿Por qué ha venido usted en busca mía—dijo Holmes,—ó más bien, ¿por qué no vino usted inmediatamente?

—No sabía nada de usted. Sólo hoy, que hablé de lo que me ocurre con el mayor Prendergast, me aconsejó que viniera á ver á usted.

—Hace dos días que tiene usted esa carta. Habríamos debido obrar antes. Supongo que no tiene usted otros datos que los que nos ha dado usted, ningún detalle sugerente que pueda ayudarnos.

—Hay una cosa—dijo Juan Openshaw.

Buscó en la faltriquera de su saco, sacó un pedazo de papel descolorido, de tinte azulado, y lo puso en la mesa.

—Tengo cierto recuerdo—añadió—de que el día que mi tío quemó los papeles, los bordes no quemados que quedaron entre las cenizas tenían este color particular. Encontré esta única hoja en el suelo del cuarto, y me inclino á creer que puede ser uno de esos papeles, el cual, tal vez, apretado entre los otros, se escapó de la destrucción. Pero aparte de la mención de las pepitas, no veo que pueda servirnos de mucho. Creo que es una página de un diario íntimo. La letra es evidentemente de mi tío.

Holmes movió la lámpara, y ambos nos inclinamos sobre la hoja de papel, la cual, en la desgarradura de su borde, indicaba ciertamente que había sido arrancada de un libro. Arriba decía: «Marzo 1869;» y debajo se leían las siguientes enigmáticas líneas:

- « 4. Vino Hudson. El mismo plan antiguo.
- « 7. Cargar pepitas á Mc. Cauley, Paramore, y á Juan Swain, de San Agustín.
- « 9. Mc. Cauley liquidado.
- « 10. Juan Swain liquidado.

«12. Visité Paramore. Todo bien.»

—¡Gracias!—dijo Holmes, doblando el papel y devolviéndolo á nuestro visitante.—Ahora, por ningún motivo debe usted perder un momento más. No tenemos tiempo que perder ni siquiera en discutir lo que me ha dicho usted. Debe usted volver á su casa inmediatamente, y ponerse en acción.

—¿Qué debo hacer?

—Sólo hay una cosa que hacer y es necesario hacerla en seguida. Tiene usted que poner ese pedazo de papel que nos ha enseñado, en el cofre de bronce, y también una esquela en que escribirá usted que su tío quemó los otros papeles y que éste es el único que queda: debe usted afirmar eso en términos que lleven consigo la convicción. Una vez hecho eso, pondrá usted el cofre en el reloj de sol. ¿Entiende usted?

—Perfectamente.

—No piense usted, por ahora, en venganza ni en cosa que se le parezca. Yo creo que eso lo obtendremos por medio de la ley; pero todavía tenemos que tejer nuestra tela, mientras ellos tienen tejida la suya. Lo primero que nos debe preocupar, es evitar el peligro inminente que le amenaza á usted; lo segundo aclarar el misterio y castigar á los culpables.

—Doy á usted las gracias—dijo el joven, levantándose, y descolgando su sobretodo.—Me ha dado usted, con la esperanza, nueva vida. Haré lo que me aconseja usted.

—No pierda usted un instante. Y, antes que todo, cuide usted mucho de su persona, porque no me queda la menor duda de que está usted amenazado por un peligro muy real é inminente. ¿Cómo va usted á volver á su casa?

—Por tren, de la estación Weterlloo.

—Todavía no son las nueve y habrá mucha gente en las calles, lo que me hace confiar en que estará usted garantido, pero así y todo, cuanta precaución adopte usted será buena.

—Estoy armado.

—Bien. Mañana empezaré á ocuparme del asunto.

—Entonces ¿irá usted á Horsham?

—No. El secreto que perseguimos está en Londres. Aquí lo buscaré.

—Bueno. Yo vendré dentro de uno ó dos días, con noticias del cofre y de los papeles. seguiré los consejos de usted punto por punto.

Nos dió la mano, y se marchó. Afuera, el viento rugía y la lluvia golpeaba y se aplastaba contra las ventanas. Esa historia extraña y pavorosa parecía habernos venido de entre los elementos enfurecidos, lanzada dentro de nuestra casa como una ola empujada por el temporal, y haberse retirado ya, reabsorbida por la tormenta misma.

Sherlock Holmes se quedó un momento sentado en silencio, con la cabeza inclinada hacia adelante y los ojos fijos en el rojo fulgor del fuego. Luego encendió su pipa, y reclinándose

en su sillón, se puso á contemplar los azules círculos del humo, que se empujaban unos á á otros hacia el techo.

—Creo, Watson—observó, por último—que de todos los asuntos que hemos tenido, ninguno ha sido tan fantástico como éste.

—Salvo, quizás, la Señal de Cuatro.

—Cierto, sí; salvo quizás ese. Y no obstante, este Juan Openshaw me parece que anda entre peligros aún mayores que los que asediaban á los sholtos.

—¿Pero se ha formado usted—le pregunté—una idea definida de lo que son esos peligros?

—No puede haber duda en cuanto á su naturaleza,—contestó.

—Entonces ¿cuáles son? ¿Quién es ese K. K. K., y por qué persigue á esta desdichada familia?

Sherlock Holmes cerró los ojos, y colocando los codos en los brazos del sillón, juntó la punta de los dedos de ambas manos.

—El razonador ideal—dijo—una vez que se le hubiera enseñado un solo hecho en todas sus proyecciones, debería deducir de él, no sólo la cadena de acontecimientos que han conducido al mismo hecho, sino también los resultados que deben seguirle. Así como Cuvier podía describir correctamente un animal con sólo ver uno de sus huesos, el observador que ha comprendido á fondo un eslabón de una cadena de incidentes, debería ser capaz de reconstruir fijamente todos los otros, tanto anteriores como

posteriores. Todavía no hemos llegado á los resultados que se pueden alcanzar con sólo la razón. En el estudio se pueden resolver problemas que han burlado las investigaciones de todos cuantos buscaban una solución con la ayuda de los sentidos.

Para llevar el arte, sin embargo, á su mayor altura, es necesario que el razonador sea capaz de utilizar todos los hechos que han llegado á su conocimiento y esto en sí mismo implica, como usted puede verlo fácilmente, una posesión de toda clase de conocimientos, que, aun en estos días de educación libre y enciclopedias, es una cualidad algo rara. No es imposible, sin embargo, que un hombre posea todos los conocimientos que pueden serle útiles en su labor, y esto he tratado yo de alcanzar para mí. Si recuerdo bien, usted en una ocasión, en los comienzos de nuestra amistad, definió mi campo de acción de una manera muy precisa.

—Sí—contesté, riéndome.—Era aquel un singular documento: la filosofía, la astronomía y la política estaban marcadas con un cero, me acuerdo; botánica, variable; geología, profunda en lo que se refiere á las manchas de lodo procedente de cualquier lugar situado en un radio de cincuenta millas de la ciudad; química, excéntrica; anatomía, falta de sistema; excepcional en literatura de sensación y en anales del crimen; violinista, boxeador, esgrimista, abogado, y envenenador de sí mismo, por medio de la

cocaína y del tabaco. Esos, me parece, eran los principales puntos del análisis.

Holmes arrugó el ceño al oír la última observación.

—Bueno—dijo.—Ahora digo como decía entonces, que un hombre debe tener las pequeñas buhardillas de su cerebro provistas de todos los muebles que probablemente tenga que usar, y lo demás lo puede poner en el cuarto de reserva que se llama la biblioteca, donde lo tendrá á la mano cuando lo necesite.

En un asunto como el que se nos ha sometido esta noche, necesitamos indudablemente poner en juego todos nuestros recursos. Tenga usted la bondad de darme la letra K de la Enciclopedia Americana que está en ese estante al lado de usted. Gracias. Ahora examinemos la situación, y veamos lo que se puede deducir de ella. En primer lugar, podemos partir con la vehemente presunción de que el coronel Openshaw tuvo alguna razón poderosa para salir de América. Los hombres, en ese período de su vida, no cambian de costumbres ni truecan de buen grado el encantador clima de Florida por la solitaria vida de un pueblo inglés de provincia. Su extremado amor de la soledad en Inglaterra sugiere la idea de que temía á alguien ó algo, de modo que podemos admitir la hipótesis de que lo que le hizo abandonar la América fué el miedo de alguien ó de algo. En cuanto á lo que temía, lo podemos deducir solamente de las terribles

cartas que recibieron él y sus sucesores. ¿Notó usted los sellos de correo de esas cartas?

—La primera fué de Pondichery, la segunda de Dundee, y la tercera de Londres.

—De Londres. Este. ¿Qué deduce usted de eso?

—Los tres son puertos de mar: que el que las escribió estaba á bordo de un buque.

—Excelente. Ya tenemos un dato. No puede haber duda de que existe una probabilidad, una gran probabilidad, de que el autor estaba á bordo de un buque. Ahora, examinemos otro punto. En el caso de Pondichery, transcurrieron siete semanas entre la amenaza y su ejecución; en el de Dundee sólo pasaron unos tres ó cuatro días. ¿Sugiere eso algo?

—Una distancia mayor que cruzar.

—Pero la carta tenía también que atravesar esa distancia mayor.

—Entonces, no veo ese punto.

—Hay por lo menos la presunción de que el buque en que el hombre ó los hombres están, es un velero. Parece que siempre envían sus singulares advertencias ó recuerdos por delante de ellos, antes de ponerse en viaje. Usted ve cuán de cerca siguió el acto á la prevención cuando ésta vino de Dundee. Si de Pondichery hubieran venido en vapor, habrían llegado casi al mismo tiempo que la carta. Mi opinión es que esas siete semanas representan la diferencia entre el vapor-correo que trajo la carta, y el buque de vela que trajo al que la escribió

—Es posible.

--Más aún: es probable. Y ahora, ya ve usted la mortal urgencia de este nuevo caso, y por eso insté al joven Openshaw á que se cuidara. El golpe ha sido descargado cada vez al expirar el tiempo que los que lo dan han empleado en cruzar la distancia. Pero esta carta viene de Londres, y por consiguiente, no podemos contar con demora alguna.

—¡Buen Dios!—exclamé.—¿Qué puede significar esta implacable persecución?

—Los papeles que Openshaw tenía consigo eran, evidentemente, de vital importancia para la persona ó personas del buque de vela. Yo creo que está bastante claro que deben ser más de una persona. Un solo hombre no podría haber ejecutado dos muertes de manera de engañar á un jurado de coroner. Debe haber habido varios en el asunto, y deben haber sido hombres inteligentes y resueltos. Están decididos á recuperar sus papeles, sea quien sea el que los tenga. Por medio de este razonamiento ve usted que K. K. K. cesan de ser las iniciales de un individuo para convertirse en el lema de una sociedad.

—Pero ¿de qué sociedad?

—¿Nunca ha oído usted—dijo Sherlock Holmes, inclinándose hacia adelante y bajando la voz—nunca ha oído hablar de Ku Klux Klan?

—Nunca.

Holmes volvía las hojas del libro que tenía sobre las rodillas.

—Aquí está —dijo en seguida.—«Ku Klux Klan. Nombre derivado de una fantástica semejanza con el sonido producido por el acto de amartillar un fusil. Esta terrible sociedad secreta fué formada por algunos soldados ex-confederados en los estados del Sur, después de la guerra civil, y rápidamente tuvo ramas locales en diferentes partes del país, principalmente en Tennessee, Luisiana, las Carolinas, Georgia y Florida. Se usó su poder con propósitos políticos, especialmente para aterrorizar á los votantes negros, y para matar ó ahuyentar del país á los que fueran contrarios á sus ideas.

Sus atentados iban comúnmente precedidos por una advertencia enviada al hombre condenado, en alguna forma fantástica pero por lo general fácil de reconocer; en algunas partes un ramo de hojas de encina; en otras pepitas de melón ó de naranja. Al recibir esto, la víctima podía, ó abjurar abiertamente sus anteriores opiniones, ó huir del país.

Si afrontaba al peligro, la muerte lo alcanzaba infaliblemente, y casi siempre de una manera extraña é imprevista. Tan perfecta era la organización de la sociedad, y tan sistemáticos sus métodos, que casi no se conoce un caso en que un hombre haya conseguido desafiarla impunemente, ó en que el rastro de alguno de los atentados fuera seguido hasta dar con sus perpetradores. Durante algunos años la organización floreció, á pesar de los esfuerzos del go-

bierno de los Estados Unidos y de las mejores clases de la población del sur. En 1869, el movimiento decayó de improviso, pero desde esa fecha ha habido explosiones esporádicas de la misma clase.»

—Observará usted—dijo Holmes, dejando el tomo—que la repentina disolución de la sociedad coincidió con la desaparición de Openshaw de América con los papeles.—Puede muy bien haber sido eso causa y efecto. No hay que asombrarse de que él y su familia hayan tenido tras de sus pasos á los más implacables espíritus de la sociedad. Puede usted dar por averiguado que este registro y diario comprometen á algunos de los hombres más importantes del Sur, y que pueden haber varios de ellos que no dormirán tranquilos hasta después de haberlo recobrado.

—Entonces, la página que hemos visto...

—Es tal como podíamos esperarla. Decía, si recuerdo bien: «Enviadas las pepitas á A. B. y C.» esto es, enviándoles la advertencia de la sociedad. Enseguida hay anotaciones de que A. y B. han sido liquidados ó han salido del país, y después la de que C. ha sido visitado, temo que con un resultado siniestro para C. Pues bien, doctor: creo que nosotros podemos arrojar alguna luz á este rincón obscuro, pero que mientras tanto, el joven Openshaw no tenía más remedio que hacer lo que yo le dije. Esta noche no hay nada más que hacer ó que decir: déme

usted, pues, mi violín, y tratemos de olvidar durante media hora este tiempo miserable y los sentimientos aún más miserables de los hombres.

Había amanecido, y el sol irradiaba con contenido brillo á través del tenue velo que cubre la gran ciudad. Cuando bajé, Sherlock Holmes estaba ya tomando el desayuno.

—Dispéñseme usted que no lo haya esperado —me dijo.—Veo que voy á tener un día muy ocupado con la investigación del asunto del joven Openshaw.

—¿Qué pasos va usted á dar?

—Eso dependerá, en mucho, de los resultados de mis primeras averiguaciones. Es posible, bien mirado, que tenga que ir á Horsham.

—¿No irá usted primero allá?

—No: comenzaré por la City. Toque usted la campanilla para que la muchacha le traiga el café.

Mientras esperaba, tomé de la mesa el diario, todavía no desdoblado, y eché una ojeada por él. Mis ojos se detuvieron en un epígrafe que me heló el corazón.

—¡Holmes!—exclamé.—Llega usted tarde.

—¡Ah!—dijo él, dejando la taza.—Me lo temía. ¿Cómo ha sido?

Hablaba en tono tranquilo, pero yo veía que estaba hondamente conmovido.

—Mi vista tropezó con el nombre de Opens-

haw y con este epígrafe: «Tragedia cerca del puente Waterlloo». Este es el relato: «Anoche, entre nueve y diez, el agente de policía Cook, de la compañía H, de facción cerca de Waterlloo, oyó un grito que pedía socorro y el golpe de algo que caía en el agua. La noche estaba en extremo obscura y tormentosa, de modo que no obstante haber acudido algunos transeuntes, fué imposible salvar al individuo. Sin embargo, el agente dió la alarma, y con la ayuda de la policía del río se pudo recuperar el cadáver. Se vió entonces que el muerto era un caballero joven cuyo nombre, á lo que parece por un sobre encontrado en su bolsillo, era Juan Openshaw y cuya residencia estaba cerca cerca de Horscham.

Se presume que iba apresuradamente á tomar el último tren en la estación Waterlloo, y que en su prisa y con la intensa obscuridad, equivocó de camino y puso los pies en el borde de alguno de los pequeños desembarcaderos de los vaporcitos. El cuerpo no presentaba señales de violencia, no puede haber duda de que el extinto ha sido víctima de un desgraciado accidente que debe servir para llamar la atención de las autoridades á la condición de los desembarcaderos del río.»

Nos quedamos en silencio algunos minutos; Holmes más contrariado y abatido de lo que nunca le había visto.

—Esto lastima mi orgullo, Watson—dijo por

fin.—El sentimiento es mezquino, sin duda; pero... eso lastima mi dignidad. Ahora el asunto es personal conmigo, y, si Dios me da salud, llegaré á echar el guante á esa pandilla. ¡Qué haya venido á pedirme auxilio y yo lo haya enviado á la muerte!...

Se paró de un salto, y empezó á pasearse por el cuarto, con incontenible agitación, encendidas las descarnadas mejillas y las manos largas y delgadas abriéndose y cerrándose nerviosamente.

—¡Deben ser unos diablos muy astutos!—exclamó al cabo de un rato.—¿Cómo han podido extraviarlo hacia ese lado? El malecón no está en el camino directo de la estación. En el puente, indudablemente, había demasiada gente, aun en semejante noche, para su propósito. Bueno, Watson: ya veremos quién gana á la larga. Ahora voy á salir.

—¿A la policía?

—No: yo seré mi policía. Cuando yo haya tendido mi tela, puede la policía coger las moscas, pero no antes.

Estuve durante el día entero ocupado en mi labor profesional, y cuando volví á la casa de la calle Baker, estaba ya avanzada la noche. Sherlock Holmes no había regresado aún. Eran cerca de las diez cuando entró, pálido y cansado. Se dirigió al aparador y arrancando del pan un pedazo, lo devoró con voracidad, despues de lo cual bebió un largo trago de agua.

—Tiene usted hambre—le dije.

—Me moría de hambre. Me había olvidado de comer. Desde el desayuno no había probado nada.

—¿Nada?

—Ni un bocado. No he tenido tiempo de pensar en ello.

—¿Y qué tal le ha ido á usted?

—Bien.

—¿Ha hallado usted algún rastro?

—Los tengo en el hueco de mi mano. El joven Openshaw no estará mucho tiempo sin ser vengado. ¡Vaya, Watson! Los marcaremos con su propia marca. ¡La idea es buena!

—¿Qué quiere usted decir?

Holmes tomó del aparador una naranja, la partió en pedazos, é hizo caer las pepitas sobre la mesa. Cogió luego cinco de ellas y las puso en un sobre. En el interior del cierre escribió: S. H. para J. O.; pegó el sobre y le puso esta dirección:

«Capitán Jaime Calhoum, Barca Estrella Solitaria, Savannah, Georgia.»

—Esto lo esperará cuando entre en el puerto. —dijo, sonriéndose,—y es posible que le de una mala noche. Encontrará que esta carta es un precursor tan seguro de su muerte, como Openshaw lo vió en la suya.

—¿Y quién es ese capitán Colhoum?

—El jefe de la pandilla. A los otros también los empuñaré, pero á él primero.

—¿Cómo encontró usted su rastro?

Holmes sacó de su bolsillo un ancho pedazo de papel, todo cubierto de fechas y nombres.

—He pasado el día entero—dijo,—con los registros del Lloyd y colecciones de diarios, siguiendo la carrera de todos los buques que tocaron en Pondichery en enero y en febrero del 83. Durante esos dos meses, estuvieron allí treinta y seis buques de tonelaje mayor. De todos ellos, uno, el «Estrella Solitaria,» me llamó la atención en el acto, porque, no obstante hallarse registrado como salido de Londres, el nombre es el que se ha dado á uno de los estados de la Unión.

—A Tejas, creo.

—Yo no estaba ni estoy seguro de cuál, pero sí tenía la convicción de que ese buque tenía origen americano.

—¿Y después?

—Busqué en los registros de Dundee, y cuando encontré que la barca «Estrella Solitaria» había estado allí en enero del 85, mi sospecha se trocó en certidumbre. Entonces averigüé qué buques había actualmente en el puerto de Londres.

—¿Y?

—La «Estrella Solitaria» había llegado la semana pasada. Fui al muelle Alberto y supe que había sido remolcada río abajo con la marea de la mañana, despachada para Savannah. Telegrafíé á Gravesend, y me contestaron que hacía

largo rato que había pasado; y como el viento sopla del este, no dudo de que ha pasado ya.

—¿Qué va usted á hacer, entonces?

—¡Oh! Ya tengo mi mano sobre él. He sabido que él y los dos pilotos son los únicos individuos del buque nacidos en los Estados Unidos: los otros son finlandeses y alemanes! También he sabido que los tres estuvieron anoche ausentes del buque; me lo dijo el estibador que ha estado cargando el barco. Cuando éste llegue á Savannah, el vapor correo habrá dejado allá la carta, y el cable habrá informado á la policía de Savannah de que á esos tres señores se les necesita aquí urgentemente para que contesten á una acusación de asesinato.

Sin embargo, en los planes humanos mejor trazados hay siempre alguna falla; y los asesinatos de Juan Oponshaw nunca debían recibir las cinco pepitas de naranja que les demostraría que otro, tan astuto y tan resuelto como ellos, les seguía el rastro. Muy largas y muy duras fueron las borrascas equinocciales de ese año. Durante largo tiempo esperamos noticias del «Estrella Solitaria,» de Savannah, pero no recibimos ninguna. Por fin, supimos que allá en un punto lejano del Atlántico había sido vista, meciéndose en la cresta de una ola, la tablilla de popa de un bote que tenía grabadas las letras *E. S.*, y esto es todo lo que sabremos en nuestra vida de la suerte que cupo á la «Estrella Solitaria.»

EL HOMBRE DEL LABIO TORCIDO

Isa Whitney, hermano del difunto Elías Whitney, director del colegio Teológico de San Jorge, era muy aficionado al opio. Adquirió ese hábito, según he sabido, de resultas de un loco capricho que tuvo cuando estaba en el colegio: habiendo leído la descripción que hace De Quincey de sus sueños y sensaciones, se puso á rociar con láudano su tabaco para que éste le produjera los mismos efectos. Y así encontró, como tantos otros, que es más fácil contraer un hábito que el deshacerse de él: durante varios años fué esclavo de la droga, y objeto de una mezcla de horror y compasión de parte de sus amigos y parientes. Todavía me parece verle, con su cara amarilla y terrosa, sus párpados caídos y sus saltonas pupilas, todo encogido en una silla; despojo y ruina de un hombre de cualidades nobles.

Una noche—era en junio del 79—sonó la cam-

panilla de mi casa, más ó menos en la hora en que un hombre da su primer bostezo, y mira el reloj. Yo me incorporé en mi sillón, y mi mujer, dejando en su falda el tejido que trabajaba, hizo un pequeño gesto de desagrado.

—¡Un enfermo!—dijo.—Vas á tener que salir.

Yo solté un refunfuño, pues no hacía mucho que había vuelto á casa, después de un día fatigoso.

Oímos que la puerta se habría, palabras dichas de prisa y luego unos pasos rápidos en el pasadizo. La puerta de la sala en que estábamos se abrió de golpe, y una señora, vestida con un traje de color sombrío y un velo negro, entró precipitadamente.

—Perdónenme ustedes que venga tan tarde, —empezó á decir, y en seguida, perdiendo el dominio de sí misma, corrió hacia mi mujer, le echó los brazos al cuello y se puso á sollozar sobre su hombro.—¡Oh!—¡Estoy en un trance tan malo! —exclamó.—¡Necesito que me ayuden!...

—¡Cómo!—dijo mi mujer, alzándole el velo.—¡Es Catalina Whitney! ¡Me has dado un susto, Catita! No tenía la menor idea de quién podrías ser cuando entraste.

—No sabía qué hacer, y vine directamente á verte.

Eso sucedía siempre: las personas que estaban en algún apuro acudían hacia mi mujer como los pájaros á un faro.

—Has hecho muy bien en venir. Ahora, vas á tomar un poco de vino con agua y á sentarte aquí cómodamente y decírnoslo todo. ¿O quieres mejor que Santiago vaya á acostarse para que estemos solas?

— ¡Oh, no, no! Necesito que el doctor me aconseje y me ayude también. Se trata de Isa. Hace dos días que no ha vuelto á casa. ¡Temo tanto que le haya sucedido algo!

No era la primera vez que nos hablaba de la condición de su marido, á mí como á médico, á mi mujer como á una antigua amiga y condiscípula. La calmamos y consolamos con las mejores palabras que pudimos hallar. ¿Sabía dónde estaba su esposo? ¿Podríamos encontrarlo y llevárselo?

—Sí, al parecer. Ella había recibido noticias seguras de que últimamente, cuando le acometía el mal, se iba á un fumadero de opio situado en el extremo más oriental de la City.

Hasta entonces, sus orgías se habían limitado á un día: por la noche volvía tembloroso y tiritando. Pero esa vez el acceso había durado cuarenta ocho horas, y sin duda estaba todavía allí, entre la hez de la gente del puerto, aspirando el veneno ó durmiendo sus efectos. Se le encontraría en el «Bar de Oro» Callejón Alto de Swandan, su esposa estaba segura de ello. Pero ¿qué podía hacer ella? ¿cómo podía una mujer joven y tímida entrar en semejante lugar y sacar á su marido de entre los facinerosos?

Tal era el caso, y por supuesto no tenía más que una solución. ¿Quería que yo la acompañara? Y luego, pensándolo bien ¿para qué había de ir ella? Yo era el médico de Isa Whitney, y como tal tenía influencia en él: más fácil me sería manejar el asunto si iba solo. La prometí sobre mi palabra enviárselo á su casa en un coche dentro de dos horas si estaba realmente en el lugar que ella me indicaba; y así fué como al cabo de diez minutos había dejado mi sillón y salido de mi cómodo saloncito y me dirigía apresuradamente hacia el este en un coche, en una extraña excursión, cual me parecía en ese momento, aunque sólo lo futuro podía mostrarme todo lo extraño que era.

En la primera parte de mi aventura no encontré dificultad. El Callejón Alto de Swandan es una inmunda callejuela que se desliza por atrás de los muelles que limitan la margen norte del río hasta el este del puente de Londres. Entre una tienda de ropavejero y un despacho de bebidas, estaba el antro que yo buscaba: se entraba en él por una empinada escalera que se perdía en una abertura negra como la boca de una caverna. Ordené al cochero que esperara y bajé las gradas gastadas en el centro por el incesante roce de los pies de los borrachos. La luz vacilante de una lámpara de aceite puesta sobre la puerta, me permitió ver el camino y entrar en un cuarto largo y de techo bajo lleno del humo pesado y obscuro del opio y atestado

de camillas de madera como el entrepuente de un buque de inmigrantes.

Por entre la nube de humo se podían ver cuerpos que yacían en extrañas posturas: hombros caídos, rodillas encogidas, cabezas echadas hacia atrás y barbas que apuntaban hacia arriba y aquí y allá un ojo oscurecido y sin brillo que se volvía hacia el recién venido. En las negras sombras se destacaban pequeños círculos de luz roja, ya brillantes, ya débiles, según el veneno quemado estuviera derritiéndose ó hubiera ya llenado las tazas de las pipas de metal. Los más yacían silenciosos; pero algunos murmuraban algo entre dientes, otros hablaban entre ellos con una voz extraña, baja, monótona; su conversación salía como á borbotones y luego se sumían todos en el silencio, cada cual mascullando sus propios pensamientos y prestando poca atención á las palabras de su vecino. En el fondo de la habitación había un pequeño brasero en que ardía carbón de madera, y á su lado, en un banquito de madera de tres patas, estaba sentado un anciano alto, flaco, con la cara apoyada en ambos puños, los codos en las rodillas y la vista fija en el fuego.

Cuando entré, el mozo de servicio corrió á mi encuentro con una pipa y una provisión de opio indicándome una cama vacía.

—Gracias, no he venido á quedarme—le dije.
—Aquí está un amigo mío, el señor Isa Whitney, y deseo hablar con él.

A mi derecha sentí un movimiento y una exclamación y, mirando á través del humo, vi á Whitney pálido, demacrado y con las ropas en desorden, que clavaba los ojos en mí.

—¡Dios mío! ¡Es Watson!—dijo.—Estaba en un lastimoso estado de reacción, todos sus nervios en tensión.—¿Qué hora es, Watson?

—Cerca de las once.

—¿De qué día?

—Del viernes, 19.

—¡Justo cielo! Yo creía que del miércoles. Y es miércoles. ¿Por qué quiere usted asustar á su amigo?

Ocultó la cara entre sus brazos y empezó á sollozar en tono chillón.

—Le digo á usted que es viernes, hombre. Su señora lo ha esperado á usted en angustias estos dos días. ¡Debería usted avergonzarse de sí mismo!

—Sí, estoy avergonzado. Pero usted se equivoca, Watson, pues sólo he estado aquí unas horas: tres pipas, cuatro pipas... yo no me acuerdo de cuántas. Ahora me voy con usted. No querría que Catalina sufriera... ¡pobre Catalina! Deme usted la mano. ¿Tiene usted un coche?

—Sí, en la puerta espera.

—Entonces, vamos. Pero debo estar debiendo algo aquí. Pregunte usted cuánto debo, Watson. Estoy sin fuerzas, nada puedo hacer solo.

Eché á andar por el estrecho pasadizo dejado

entre la doble hilera de camas, conteniendo la respiración para no absorber las horribles ahogadoras emanaciones de la droga y mirando á un lado y á otro en busca del gerente. Al pasar por junto al hombre alto que estaba sentado delante del brasero, sentí un brusco tirón de mi levita y una voz que me decía muy quedo: «Pase usted y luego míreme.» Estas palabras llegaron con claridad á mi oído.

Miré hacia abajo: sólo podían venir de ese anciano, pero le vi sentado, inmóvil en la misma posición, absorto en su contemplación, muy flaco, muy arrugado, encorvado por la edad, una pipa de opio que caía de sus rodillas al suelo como si sus dedos la hubieran soltado en un aflojamiento invencible. Avancé dos pasos y miré atrás. Tuve que acudir á toda mi fuerza de voluntad para no exhalar un grito de asombro. El hombre había vuelto la espalda, de modo que nadie más que yo podía verle. Su cuerpo se había ensanchado, sus arrugas habían desaparecido, los apagados ojos habían recobrado su fulgor, y allí, sentado delante del fuego y divertido con mi sorpresa, estaba Sherlock Holmes en persona. Con un leve ademán me indicó que me le acercara, y en el instante, volviendo á medias la cara hacia la sala como antes, cayó nuevamente en su senilidad temblorosa y arrugada.

—¡Holmes!—exclamé en un murmullo.—¿Qué hace usted ¡por el cielo! en este antro?

—Lo más quedo que pueda usted—me contes-

tó.—Tengo excelente oído. Si tuviera usted la gran amabilidad de desembarazarse de ese su tonto amigo, yo tendría muchísimo placer en que habláramos un rato.

—Tengo afuera un coche.

—Entonces, sírvase enviarlo en él á su casa. Puede usted confiar en que se irá directamente, porque está demasiado embrutecido para hacer ninguna travesura. También recomiendo á usted que envíe usted con el mismo cochero dos líneas á su señora, para que sepa que se queda usted conmigo. Si me espera usted afuera, dentro de cinco minutos estaré con usted.

Era difícil negarse á algo de lo que Sherlock Holmes pidiera, tan definitiva era siempre la manera como lo pedía, y tanta autoridad había en su acento. Yo comprendí, además, que una vez que Whitney estuviera encerrado en el coche, mi misión habría terminado de hecho, y, por lo demás, nada podía desear yo mejor que verme asociado con mi amigo en una de esas singulares aventuras que eran la condición normal de su existencia. En pocos minutos escribí mi carta; pagué la cuenta de Whitney, conduje á éste al coche y lo ví perderse en la obscuridad. Un instante después, un hombre decrepito surgió del antro del opio, y Sherlock Holmes y yo nos dirigimos calle abajo. En el espacio de dos calles se arrastró con la espalda encorvada y el paso incierto. Después miró rápidamente en torno nuestro, y estalló en un acceso de risa.

—Supongo, Watson—dijo—que usted se imagina que he añadido el vicio del opio á las inyecciones de cocaina y á todas las otras debilidades con que me ha favorecido usted en sus disertaciones médicas.

—La verdad es que me sorprendió encontrarle á usted allí.

—Pero no más que yo de verle á usted.

—Yo fui en busca de un amigo.

—Y yo en busca de un enemigo.

—¿De un enemigo?

—Sí, de uno de mis enemigos naturales ó, mejor dicho, de mis naturales presos. En resumen, Watson, estoy en una investigación muy notable, y tenía la esperanza de encontrar un dato en la incoherente charla de esos tontos, como ya me ha sucedido otras veces. Si me hubieran reconocido en el fumadero, mi vida no habría valido la pena de ser comprada por una hora más, porque antes la he usado ya para mis fines, y el láscar bribón que dirige el establecimiento había jurado vengarse de mí. En la parte posterior del edificio, cerca de la esquina del muelle Pablo, hay una puerta de escape que podría contar algunas extrañas historias de lo que ha pasado por ella en las noches sin luna.

—¡Qué! ¿Cadáveres, quiere usted decir?

—Sí, cadáveres, Watson. Seríamos ricos si tuviéramos mil libras por cada pobre diablo que ha encontrado la muerte en ese antro. Es el más temible de los sitios dedicados á la embos-

cada y al asesinato en toda la orilla del río, y temo que Neville Saint Clair haya entrado allí para no salir más. ¡Pero aquí estamos nosotros!

Se puso los dos dedos índices entre los dientes, y lanzó un silbido penetrante, señal que fué contestada por un silbido igual desde lejos, y al cual siguió un rumor de ruedas y el golpear de los cascos de un caballo.

—Ahora, Watson—dijo Holmes al acercarse velozmente un alto coche de caza, que arrojaba dos chorros de dorada luz de sus faroles,—va usted á venir conmigo, ¿no?

—Si puedo serle útil.

—¡Ah! Un camarada de confianza es siempre útil. Y más todavía un cronista. En el cuarto que tengo en los Cedros hay dos camas.

—¿En los Cedros?

—Sí: Esa es la casa del señor Saint Clair. Estoy alojado allí mientras dura la investigación:

—¿Y dónde está?

—Cerca de Lee, en Kent. Tenemos que andar siete millas hasta allá.

—Pero yo estoy completamente á obscuras.

—Por supuesto que lo está usted. Pero ahora va usted á saberlo todo. ¡Suba usted! Está bien, Juan, ya no te necesitamos. Aquí tienes media-corona. Búscame mañana á eso de las once. ¡Adiós!

Tocó al caballo con el látigo, y nos lanzamos á través de la interminable sucesión de calles sombrías y desiertas, que se iban ensanchando

gradualmente, hasta que cruzamos á escape un ancho puente con altas balaustradas, y el lóbrego río corriendo silenciosamente por debajo. Allá adelante yacía otra extensa masa de ladrillos y piedras; su silencio, interrumpido solamente por el paso pesado y regular del agente de policía, ó por los cantos y gritos de algún grupo de trasnochadores. Un nubarrón espeso cruzaba lentamente el cielo, y una ó dos estrellas parpadeaban débilmente aquí y allá por los claros de las nubes. Holmes iba silencioso, con la cabeza caída sobre el pecho, y el aspecto de un hombre que está perdido en sus pensamientos, mientras yo, á su lado, sentía la curiosidad de saber qué nueva averiguación podía ser esa que parecía poner tan á prueba sus facultades, pero no me atrevía á interrumpir el curso de sus reflexiones. Habíamos andado ya algunas millas y empezábamos á entrar en el cinturón que forman la ciudad, las *villas* suburbanas, cuando Holmes se sacudió, se encogió de hombros y encendió su pipa, con la expresión del hombre que se ha convencido de que lo que hace es lo mejor.

—Tiene usted un gran don de silencio, Watson—dijo:—eso hace de usted un compañero de un valor inapreciable; pero, palabra de honor, ahora es para mí un regalo el tener alguien con quien hablar, pues mis pensamientos no son de los más halagüenos. Iba pensando lo que diría á

esa mujercita dentro de un momento cuando me reciba en la puerta.

—Olvida usted que yo nada sé del asunto.

—Tengo tiempo suficiente para contar á usted todos los hechos que forman este caso, antes de que lleguemos á Lee. Parece que fuera absurdamente sencillo, y sin embargo, hay algo que me impide conseguir lo que deseo. El hilo es abundante, sin duda, pero no puedo empuñar la punta. Voy á presentar á usted el asunto con claridad y concisión, Watson, y quizás usted alcance á ver una chispa donde para mí es todo obscuro.

—Continúe usted.

—Hace varios años en Mayo de 1884, para precisar, — vino á Lee un caballero llamado Neville Saint Clair, que parecía tener mucho dinero. Alquiló una vasta villa, arregló los terrenos muy bien, y vivía, en resumen, en buenas condiciones. Poco á poco se hizo de amigos en la vecindad, y en 1887 se casó con la hija de un cervecero del barrio, de la cual tiene ahora dos hijos. No tenía ocupación, pero poseía intereses en varias compañías, é iba á la ciudad por regla general en la mañana y volvía bastante tarde en el tren que sale de la calle Cannon á las 5.14. El señor Saint Clair tiene ahora treinta y siete años, es hombre de costumbres moderadas, buen esposo, padre afectuoso y hombre muy simpático para todos los que lo conocen. Debo añadir que el total de sus deudas en este momento, se-

gún he podido cerciorarme, asciende á ochenta y ocho libras y diez chelines, pero tiene en su crédito en el Banco de la capital y de los condados, doscientas veinte libras. No hay, por consiguiente, razón para pensar que han pesado en su ánimo inquietudes por dinero.

El lunes último salió el Sr. Neville Saint Clair para la ciudad algo más temprano que de costumbre: antes de salir, dijo que tenía dos comisiones importantes que desempeñar, y ofreció á su hijito traerle una caja de soldados de plomo. Y por una casualidad, su esposa recibió ese mismo lunes, poco después de haber salido él, un telegrama en que se le decía que una pequeña encomienda de considerable valor que ella esperaba, estaba ya en las oficinas de la compañía de navegación de Aberdeen.

Si conoce usted bien Londres, debe usted saber que el local de esa compañía está en la calle Fresno, que se extiende hasta el callejón alto de Swanden, donde me ha encontrado usted esta noche. La señora Saint Clair almorzó, fué á la ciudad, hizo algunas compras en las tiendas, pasó á las oficinas de la compañía, recogió su paquete, y exactamente á las 4.35 pasó por el callejón de Swanden de regreso á la estación. ¿Ha seguido usted mi relato?

—Es muy claro.

—Usted se acordará de que el lunes fué un día excesivamente caluroso, lo que hizo que la señora Saint Clair anduviera lentamente, miran-

do á un lado y á otro con la esperanza de ver un coche, porque tampoco le gustaba el barrio en que estaba. Iba así por el callejón de Swanden, cuando de repente oyó una exclamación ó grito, y se quedó fría al ver á su marido que la miraba y, según ella creyó, la llamaba desde una ventana de un segundo piso. La ventana estaba abierta, y la señora vió con toda claridad la cara de su marido, la que, dice ella, mostraba una terrible agitación. Saint Clair blandía las manos con frenesí hacia ella, y luego desapareció de la ventana tan bruscamente, que parecía que alguna fuerza irresistible lo había arrastrado de atrás. Un punto singular que hirió su rápida mirada femenina fué que, aunque Saint Clair tenía el mismo saco obscuro con que había salido de su casa, no tenía corbata ni cuello.

Convencida de que algo grave ocurría á su esposo, la señora se precipitó abajo por las obscuras gradas, pues la casa no era otra que el fumadero de opio en que me ha encontrado usted esta noche, y, atravesando á carrera el primer cuarto, intentó subir la escalera que conduce al primer piso. Pero al pie de la escalera se encontró con ese bandido de láscar de quien ya he hablado á usted, el cual le empujó hacia atrás, y ayudado por un dinamarqués que es su segundo en el antro, la arrojó á la calle. Llena de las más enloquecedoras dudas y temores, la señora corrió calle abajo y, por una rara fortuna, se encontró en la calle Fresno con un grupo

de agentes de policía que, con su inspector á la cabeza, se dirigían á su facción. El inspector y dos hombres la acompañaron á la casa, y allí, no obstante la tenaz resistencia del propietario, subieron al cuarto en que la señora Saint Clair había visto á su marido. No había en la habitación el menor rastro de él, y en todo ese piso no encontraron á otra persona que un miserable inválido de repugnante aspecto que, según parece, ha establecido allí su vivienda. Tanto él como el láscar juraron enérgicamente que en toda la tarde no había habido nadie más que ellos dos en el cuarto que daba á la calle. Tan terminante fué su negativa, que el inspector, impresionado por ella, comenzaba casi á creer que la señora Saint Clair se había engañado, cuando ésta dió un grito, saltó hacia la mesa, cogió una cajita de madera que estaba allí, y le arrancó la tapa: de la caja cayó una cascada de soldados de plomo, los juguetes que Saint Clair había prometido á su hijo.

Este descubrimiento, y la evidente confusión que manifestó el inválido, hicieron que el inspector se diera cuenta de que el asunto era serio. Ayudado por los agentes, examinó minuciosamente los cuartos, y todo lo que vieron indicaba un abominable crimen. El cuarto delantero tenía un sencillo mobiliario de sala, y conducía á un pequeño dormitorio que mira, por la parte de atrás, á uno de los muelles. Entre el muelle y la ventana del dormitorio hay una es-

trecha acera, que queda en seco cuando la marea está baja, pero en la marea alta tiene por lo menos cuatro pies y medio de agua. La ventana del dormitorio era ancha, y se abría de abajo. El examen permitió ver señales de sangre en el antepecho de la ventana, y en el piso de madera del cuarto había también varias gotas de sangre. Escondidas detrás de una cortina en el cuarto delantero, estaban todas las ropas del señor Neville Saint Clair, menos el saco: sus botines, sus calcetines, su sombrero, y su reloj, todo estaba allí. En ninguna de esas prendas había señal de violencia, ni había tampoco otro rastro del señor Neville Saint Clair. Lo más claro era que había salido por la ventana, pues no se descubría en el cuarto ninguna otra salida, y las ominosas manchas de sangre del alféizar de la ventana no alentaban mucho la esperanza de que nadando se hubiera salvado, aunque la marea estaba en su mayor altura en el momento de la tragedia.

Hablemos ahora de los bribones que parecían implicados en el asunto. Al láscar se le conocía como á un hombre de los más indignos antecedentes; pero con respecto al relato de la señora Saint Clair, se sabía que había estado al pie de la escalera pocos segundos antes de que el esposo de ésta apareciera en la ventana, de modo que difícilmente podía haber sido más que un encubridor del crimen. Su defensa consistía en alegar una absoluta ignorancia y en protes-

tar que nada sabía de los actos de Hugo Boone, su inquilino, y que no podía explicarse en manera alguna la presencia allí de las ropas del caballero á quien se buscaba.

Esto, en cuanto al láscar. Veamos ahora al siniestro tullido que vive en el segundo piso del fumadero de opio, y que es positivamente el último ser humano cuyos ojos han visto á Neville Saint Clair. Se llama Hugo Boone, y su repugnante cara es familiar á cuantas personas transitan á menudo en la City. Es mendigo de profesión, aunque para evadirse de los reglamentos de policía finge dedicarse á la venta de cerillas. Habrá notado usted que á corta distancia, en la calle Threadneedle, á mano izquierda, hay un pequeño ángulo en la pared. Allí se sienta diariamente aquel ser, con las piernas cruzadas, y sobre ellas su corta provisión de fósforos, y como da lástima al verle, una pequeña lluvia de limosnas cae en la grasienta gorra de cuero que yace en el suelo delante de él. Más de una vez me he fijado en el sujeto antes de pensar en que lo conocería personalmente, y me ha sorprendido la abundancia de la cosecha que hacía en poco tiempo.

Su aspecto es tal, que nadie puede pasar por delante de él sin mirarle. Una mata de cabellos color de naranja, una pálida cara desfigurada por un horrible costurón que, al contraerse, ha torcido hacia arriba el borde externo de su labio superior, una mandíbula de Bull-dog, y un par

de ojos oscuros muy penetrantes que presentan un singular contraste con el color de su cabello, todo lo distingue de la muchedumbre común de mendigos, y también lo distingue su vivacidad, pues siempre tiene lista una réplica para cuando algún transeunte le arroja cualquier objeto inservible en vez de una moneda. Tal es el hombre que ahora hemos sabido era inquilino del fumadero y última persona que vió al caballero en cuya busca estamos.

—¡Pero un tullido!—dije.—¿Qué podría haber hecho solo, contra un hombre en la fuerza de la edad?

—Es un tullido en el sentido de que sólo mueve una pierna para andar, pero, en otros respectos, parece ser hombre forzado y ágil. La experiencia médica de usted, Watson, debe haber enseñado á usted que la debilidad de un miembro está á menudo compensada por una fuerza excepcional en los otros.

—Ruego á usted que continúe su narración.

—La señora Saint Clair se había desmayado á la vista de la sangre de la ventana, y un agente de policía la acompañó en un coche á su casa pues su presencia no podía ayudarle en sus investigaciones! El inspector Bartón, que estaba encargado del caso, hizo un examen muy minucioso del local, pero sin encontrar nada que arrojara luz en el asunto. Se cometió un error al no arrestar á Boone inmediatamente, y dejársele algunos minutos durante los cuales pudo

haberse comunicado con su amigo el láscar, pero esta falta fué remediada pronto: se le prendió y se le registró, y nada se le encontró que pudiera acusarle. Cierto es que en la manga derecha de su camisa había varias manchas de sangre, pero él señaló su dedo anular, que tenía un corte cerca de la uña, y explicó que la sangre procedía de allí, agregando que había estado en la ventana no mucho antes, y que las gotas de sangre que se habían visto allí habían caído indudablemente también de su dedo.

Negó rotundamente haber visto nunca al señor Neville Saint Clair, y juró que la presencia de las ropas de éste en su cuarto eran para él un misterio tan grande como para la policía. En cuanto al aserto de la señora Saint Clair, de que había visto á su esposo en la ventana, declaró que la señora debía estar loca ó soñando. Se le condujo, entre protestas ruidosas de su parte, á la comisaría de policía, y el inspector se quedó en la casa, con la esperanza de que la marea baja pudiera proporcionarle algún nuevo dato.

Y así fué, aunque lo que apareció en el lado de la orilla no era lo que el inspector esperaba: el saco de Neville Saint Clair, apareció al bajar la marea. ¿Y qué cree usted que había en los bolsillos?

—No me lo imagino.

—No, no creo que acertaría usted á adivinarlo. En todos los bolsillos peniques y medios pe-

niques: cuatrocientos veintiún peniques y doscientos setenta medios peniques. No era de maravillarse el que el agua no se le hubiera llevado. Pero un cuerpo humano es otra cosa. Entre la casa y el muelle se forma un violento remolino, y es muy creíble que el pesado saco se quedó cuando el cadáver fué arrastrado al río.

—Pero entiendo que todas las demás ropas fueron halladas en el cuarto. ¿Estaría el cadáver vestido solamente con un saco?

—No, señor; pero los hechos pueden ser contemplados desde otro punto de vista. Supongámonos que ese Boone haya arrojado á Neville Saint Clair por la ventana: no hay ser viviente que pueda haberlo visto. ¿Qué habrá hecho después? Por supuesto que lo primero que se le ocurriría sería deshacerse de las ropas que podían denunciarle.

Tomaría, pues, el saco, y en el momento de ir á lanzarlo hacia afuera, pensaría que éste sobrenadaría y no se hundiría. Pero el hombre tiene poco tiempo, pues ha oído el ruido de abajo, cuando la esposa trata de abrirse paso hacia arriba, y quizás su camarada el láscar le ha advertido que la policía viene precipitadamente por la calle. No hay un instante que perder. Se precipita á algún secreto escondrijo donde ha acumulado el fruto de su mendicidad, y mete cuantas monedas pueden empuñar sus manos, en los bolsillos, para estar seguro de que éste se hundirá.

Arroja afuera el saco, y lo mismo habría hecho con las otras ropas, á no haber oído el ruido de los pasos que subían y que sólo le dejaron tiempo para cerrar la ventana antes de que la policía apareciera.

—La versión parece ciertamente creíble.

—Consideraremos tal hipótesis como buena á falta de otra mejor. Boone, como he dicho á usted, fué arrestado y llevado á la estación, pero no se pudo comprobar que antes hubiera habido la menor cosa en su contra. Durante años no se le había conocido como un mendigo profesional, pero parecía haber llevado una vida muy tranquila é inocente. En ese estado se hallan actualmente las cosas, y los puntos que tienen que ser resueltos; lo que hacía Neville Saint Clair en el fumadero, lo que le sucedió estando allí, donde está ahora, y lo que Hugo Boone tiene que hacer con su desaparición, están ahora tan lejos de su solución como en el primer momento. Yo confieso que no recuerdo haber tenido que hacer en un asunto que pareciera tan sencillo á primera vista, y que, sin embargo, presentara tantas dificultades.

Mientras Sherlock Holmes refería esa singular serie de acontecimientos, nuestro carruaje se había deslizado velozmente por los suburbios de la gran ciudad hasta dejar detrás las últimas casas, y ya estábamos en pleno campo. En los momentos en que terminaba su relato, pasamos por dos aldeas de pocas casas.

—Estamos en los suburbios de Lee—me dijo mi compañero. Hemos tocado en tres condados ingleses durante nuestro corto viaje: saliendo de Middlesex, hemos pasado por un extremo de Surrey y ahora estamos en Kent. ¿Ve usted esa luz entre los árboles? Ese es Los Cedros, y al lado de la lámpara está sentada una mujer cuyos oídos ansiosos han percibido ya, no tengo duda, el ruido de los cascos de nuestro caballo.

—Pero ¿por qué no maneja usted este asunto desde su casa?—le pregunté.

—Porque hay muchas averiguaciones que hacer aquí afuera. Lo señora Saint Clair ha puesto amablemente á mi disposición dos cuartos, y puede usted estar seguro de que hará una buena acogida á mi amigo y colega. Me repugna encontrarme con ella ahora, Watson, porque todavía no tengo noticias de su marido. Ya llegamos. ¡He, oh, eh!

Detuvo el caballo delante de una espaciosa villa que se alzaba en el centro de un parque. Un mozo de cuadra había corrido á tener las riendas.

Holmes y yo saltamos abajo, y seguí á mi compañero por el sendero angosto y tortuoso, cubierto de arena gruesa, que conducía á la casa. Al acercarnos, la puerta se abrió de par en par, y una mujer rubia, de pequeña estatura, apareció en el umbral, vestida con una especie de ligera muselina de seda, con algo de encaje vaporoso, de color rojo, en el cuello y los puños.

Estaba parada, su cuerpo destacándose del torrente de luz, una mano en la puerta, la otra medio alzada en un movimiento ansioso, el talle ligeramente inclinado, la cabeza echada hacia adelante, la cara contraída, los ojos muy abiertos, los labios separados, toda ella una pregunta viviente.

—¿Y?—gritó.—¿Y?

En seguida, al ver que éramos dos, lanzó un grito de esperanza que se convirtió en un gemido al ver que mi compañero meneaba la cabeza y se encogía de hombros.

—¿No trae usted buenas noticias?

—Ninguna.

—¿Ni malas?

—No.

—Gracias á Dios por eso. Pero entre usted. Debe usted estar cansado, pues ha tenido usted un día agitado.

—El señor es mi amigo, el doctor Watson. En varias de mis investigaciones me ha prestado servicios de importancia capital, y una feliz casualidad me ha permitido traerle y asociarle conmigo en este asunto.

—Tengo gusto de conocer á usted—dijo ella, estrechándome efusivamente la mano.—Estoy segura de que usted perdonará lo que le falte en esta casa cuando considere el golpe que se ha descargado sobre nosotros tan repentinamente.

—Mi estimada señora—le contesté,—soy soldado viejo, y aunque no lo fuera, veo perfecta-

mente que no necesita usted excusarse. Si puedo servir en algo á usted ó á mi amigo, tendré ciertamente mucho placer.

—Ahora, señor Sherlock Holmes—dijo la señora cuando entramos en un bien alumbrado comedor, en la mesa del cual estaba servida una cena fría,—tendría mucho gusto en dirigir á usted una ó dos sencillas preguntas, á las cuales ruego á usted conteste también sencillamente.

—Seguramente, señora.

—No se inquiete usted por mí. No soy histérica ni propensa á desmayos. Deseo sencillamente conocer la opinión real de usted, la verdadera.

—¿Sobre qué punto?

—En el fondo de su corazón ¿cree usted que Neville está vivo?

Sherlock Holmes pareció perplejo ante la pregunta.

—¡Francamente!—repitió ella, parada enfrente de él y mirándole fijamente de arriba abajo, pues Holmes estaba echado hacia atrás en un sillón de mimbres.

—Pues, fracamente, señora, no lo creo.

—¿Cree usted que está muerto?

—Sí.

—¿Que ha sido asesinado?

—No digo eso. Quizás...

—¿Y qué día murió?

—El lunes.

—Entonces, usted, señor Holmes, ¿tendría qui-

zás la bondad de explicarme cómo he podido recibir hoy esta carta suya?

Sherlock Holmes saltó de su silla como si hubiera recibido un choque eléctrico.

—¡Qué!—rugió.

—Sí, hoy.

Sonriente, alzaba en el aire una pequeña hoja de papel.

—¿Puedo verla?

—Seguramente.

Holmes le arrebató literalmente de la mano el papel, y extendiéndolo sobre la mesa, le acercó la lámpara y lo examinó atentamente. Yo me había parado, y miraba la carta por encima de su hombro. El sobre era muy ordinario, y tenía el sello del correo de Gravesend, con la fecha de ese mismo día, ó mejor dicho, de la vispera, pues era ya mucho más de media noche.

—¡Grosera letra!—murmuró Holmes. —Esta no puede ser la letra del esposo de usted, señora.

—No; pero la de la carta lo es.

—Veo también que la persona que escribió el sobre tuvo que ir á averiguar la dirección que tenía que poner.

—¿Cómo puede usted saber eso?

—El nombre, como usted ve, está en tinta perfectamente negra, que se ha secado sola. El resto tiene el color grisáceo, que muestra que se ha empleado el papel secante. Si todo hubiera sido escrito de una vez y luego secado, no ha-

bría una sola parte con este color negro profundo. El hombre ha escrito el nombre, y luego ha habido una pausa antes de que escribiera la dirección, lo que no puede significar sino que ésta no le era familiar. El punto es, por supuesto, una bagatela; pero nada hay tan importante como las bagatelas. Veamos ahora la carta. ¡Ah! ¡Aquí ha venido incluso algo!

— Sí, un anillo, un anillo de sello.

—¿Y usted está segura de que esta es la letra de su esposo?

—Una de sus letras.

—¿Una?

—Su letra de cuando escribía á prisa. Se parece muy poco á su letra, y, sin embargo, estoy segura de que es su letra.

«Mi muy amada, no te asustes. Todo se arreglará, y bien. Ha habido un gran error que puede requerir algún tiempo para ser rectificado. Espera con paciencia.—*Neville.*»

—Escrito con lápiz en una hoja, arrancada de un libro, tamaño en octavo, sin marca de agua. ¡Hum! Puesto hoy en la estafeta de Grevesend por un hombre que tenía sucio el dedo pulgar. ¡Ja! Y la goma del sobre ha sido mojada, si no me equivoco mucho, por una persona que había estado mascando tabaco. ¿Y usted no tiene duda de que ésta es la letra de su esposo, señora?

—Ninguna. Neville ha escrito esas palabras.

—Y la carta fué expedida hoy de Gravesend. Pues bien, señora Saint Clair, las nubes se disi-

pan; pero no me atrevería á decir que el peligro ha pasado.

—Pero Neville debe estar vivo, señor Holmes.

—A menos que esta sea una hábil falsificación para ponernos en un rastro equivocado. El anillo, al fin y al cabo, nada prueba; pueden haberse lo quitado.

—¡No, no! ¡Esta, esta, esta es su misma letra.

—Muy bien. Pero, asimismo, la carta puede haber sido escrita el lunes y expedida hoy.

—Eso es posible.

—Y si es así, puede haber sucedido mucho desde entonces.

—¡Oh! No debe usted desalentarme, señor Holmes.

Estoy segura de que mi marido está bien. Hay entre nosotros tanta simpatía y tan intensa, que si le hubiera ocurrido un mal yo lo sabría. El mismo día que lo ví por última vez, estando él en el dormitorio, se cortó, y yo, que me encontraba en el corredor, me precipité á los altos, con la más completa seguridad de que le había sucedido algo. ¿Cree usted que semejante pequeñez repercutiría en mí, y que su muerte no lo haría?

—He visto demasiado para no saber que la impresión de una mujer puede ser más valiosa que la conclusión de un razonador analítico. Y usted, en esta carta, tiene ciertamente una valiosa pieza de comprobación que corrobora su

manera de pensar. Pero si el esposo de usted está vivo y puede escribir cartas ¿por qué se mantiene alejado de usted?

—No puedo imaginarlo. Eso es inexplicable.

—Y el lunes, antes de marcharse, ¿nada dijo?

—No.

—¿Y usted se sorprendió de verle en el callejón de Swandan?

—Muchísimo.

—¿La ventana estaba abierta?

—Sí.

—Entonces ¿él podía haberla llamado á usted?

—Lo podía.

—¿Pero, según entiendo, sólo lanzó un grito inarticulado?

—Sí.

—¿En que pedía socorro, á lo que pareció á usted?

—Sí; agitaba las manos.

—Pero el grito podía haber sido de sorpresa. El asombro de verla á usted podía haberle hecho alzar los brazos.

—Es posible.

—¿Y usted cree que lo arrastraron de atrás?

—Desapareció tan repentinamente...

—Podía haber saltado hacia atrás. ¿No vió usted á nadie más en el cuarto?

—No; pero, aquel hombre horrible confesó que había estado allí, y el láscar estaba al pie de la escalera.

—Eso es. ¿El esposo de usted en todo lo que usted pudo ver, tenía puestas sus ropas?

—Pero no tenía cuello ni corbata: ví perfectamente claro su cuello desnudo.

—¿Había hablado alguna vez del callejón Swandan?

—Nunca.

—¿Le notó usted alguna vez señales de que hubiera fumado opio?

—Nunca.

—Gracias, señora Saint Clair. Esos son los principales puntos acerca de los cuales quería yo estar absolutamente cierto. Ahora vamos mi amigo y yo á comer algo, y enseguida á retirarnos, pues mañana podemos tener un día muy ocupado.

Habían puesto á nuestra disposición un dormitorio espacioso y cómodo, con dos camas, y pronto me hallé entre las sábanas, pues estaba rendido de cansancio después de mi noche de aventuras. Sherlock Holmes era hombre de pasar, cuando tenía en la mente un problema para resolver, días y hasta una semana sin descansar, volviéndolo y revolviéndolo, reconstruyendo los hechos, mirándolos desde todos los puntos de vista, hasta haberlo resuelto ó haberse convencido de que sus datos eran insuficientes. Pronto ví que se preparaba para una noche entera en vela. Se quitó el saco y el chaleco, se puso una amplia bata azul, y luego fué de un lado á otro del cuarto, reuniendo almohadas de

su cama y cojines del sofá y de los sillones. Con ellos construyó una especie de diván oriental, sobre el cual se encaramó con las piernas cruzadas, con una onza de tabaco fuerte y una caja de fósforos por delante. A la luz débil de la lámpara le vi sentado allí, con una vieja pipa de palo de rosa entre los labios, los ojos fijos sin expresión, en un rincón del cielo raso, envuelto en las espirales del humo azul, silencioso, inmóvil, la luz reflejándose con brillo en sus pronunciadas facciones aguileñas. Así estaba cuando me quedé dormido, y así estaba cuando una repentina imprecación me despertó, y al abrir los ojos encontré la habitación inundada por el sol de verano. La pipa estaba todavía entre sus labios, el humo seguía elevándose hacia el techo, el cuarto estaba lleno de un inmenso olor de tabaco, pero nada había quedado del montón de picadura que la noche anterior tenía Sherlock Holmes por delante.

—¿Despierto, Watson?—me preguntó.

—Sí.

—¿Capaz de un paseo matinal?

—Seguramente.

—Entonces, vístase usted. Todavía no se mueve nadie en la casa, pero yo sé donde duerme el mozo de cuadra; y pronto habremos levantado la caza.

Se sonreía al hablar, los ojos brillaban y parecía un hombre distinto del sombrío meditador de la noche anterior.

Al empezar á vestirme miré mi reloj. Nada tenía de extraño el que todavía no se hubiera levantado nadie: eran las cuatro y veinticinco. Todavía no había concluído mis preparativos, cuando Holmes volvió con la noticia de que el mozo estaba enjaezando el caballo.

—Quiero ensayar una pequeña teoría—dijo, poniéndose los botines.—Me parece, Watson, que en este momento está usted en presencia de uno de los más rematados tontos de Europa. Merezco que me lleven á patadas desde aquí hasta Charing Cros; pero creo que ahora ya tengo la llave del asunto.

—¿Y dónde está?—le pregunté sonriéndome.

—En el cuarto de baño—contestó.—¡Oh, sí! No me chanceo—continuó, al ver mi mirada de incredulidad.—Acabo de estar en el cuarto de baño, y de allí la he sacado, y la tengo dentro de esta maleta. Venga usted conmigo, amiguito, y ya veremos si entra ó no en la cerradura.

Bajamos la escalera con el menor ruido posible, y luego nos encontramos afuera en el brillante sol de la mañana. Delante de la verja nos esperaba nuestro coche con el caballo enganchado, sujeto de la brida por el mozo á medio vestir. Subimos, y á escape partimos hacia Londres. Algunos carros iban por el camino, cargados de legumbres para la metrópoli, pero las villas que se alineaban á ambos lados estaban tan silenciosas y sin vida como una ciudad de sueños.

—El caso ha sido singular en algunos puntos —dijo Holmes, lanzando el caballo al galope.— Confieso que he sido tan ciego como un topo, pero más vale adquirir tarde la sabiduría que nunca.

En la ciudad, los más madrugadores empezaban apenas á mirar por las ventanas con ojos soñolientos al pasar nosotros por el lado de Surrey. Cruzamos el camino y el puente de Waterloo, y una vez al otro lado del río, nos precipitamos por la calle Wellington á la derecha para detenernos por fin en la calle Bow. Sherlock Holmes era muy conocido por la policía, y los dos vigilantes de la puerta lo saludaron. Uno de ellos tuvo el caballo, mientras el otro nos guió al interior.

—¿Quién está de servicio?—preguntó Holmes.

—El inspeclor Bradstreet, señor.

—¡Ah! Bradstreet ¿cómo está usted?—Un corpulento oficial, vestido con un saco galoneado y una gorra también con insignias, había bajado al pasadizo embaldosado.—Deseo hablar con usted una palabra, Bradstreet.

—Con mucho gusto, señor Holmes. Entre usted en mi oficina.

En la pequeña oficina había sobre la mesa un abultado directorio y un teléfono en la pared. El inspector se sentó detrás de su escritorio.

—¿Qué puedo hacer por usted, señor Holmes?

—He venido por el asunto de ese mendigo Boonen el que ha sido acusado de complicidad

en la desaparición del señor Neville Saint Clair, de Lee.

—Sí; lo trajeron y se le guarda para las nuevas investigaciones.

—Así me han dicho. ¿Lo tiene usted aquí?

—En las celdas.

—¿Está quieto?

—¡Oh! No da la menor molestia. Pero es un canalla muy sucio.

—¿Sucio?

—Sí. Lo más que podemos conseguir es que se lave las manos, y tiene la cara tan negra como la de un deshollinador. Pero una vez que se halla definido su situación, le haremos tomar un buen baño, de los reglamentarios en la prisión, y creo que si usted lo viera, convendría conmigo en que lo necesita.

—Mucho me gustaría verle.

—¿Le gustaría á usted? Pues es fácil. Venga usted por aquí. Deje usted su maleta.

—No, voy á llevarla.

—Muy bien.—Tenga usted la bondad de venir por este lado.

Nos guió por un pasadizo, abrió una puerta cerrada con cerrojos, bajó por una escalera de caracol, y nos condujo así á un corredor.

—La tercera de la derecha es la suya—dijo el inspector.—¡Esta es!

Abrió sin ruido, tirando hacia atrás la hoja, una ventanilla hecha en la parte superior de la puerta, y miró hacia adentro.

—Duerme—dijo.—Puede usted verle bien d aquí.

Los dos acercamos la cabeza á la ventanilla. El preso estaba echado, con la cara vuelta hacia nosotros, sumido en un sueño muy profundo: su respiración era lenta y pesada. Era un hombre de mediana estatura, vestido con las ropas propias de su profesión, con una camisa de color asomando por los desgarrones de su harapiento saco. Estaba como el inspector había dicho, en extremo sucio, pero la mugre que le cubría la cara no podía ocultar su repulsiva fealdad. Un ancho costurón, resto de una antigua herida, le atravesaba desde el ojo hasta la barba, y por la contracción que había producido levantaba un lado del labio superior, de modo que tres dientes quedaban descubiertos en perpetua risa burlona. Una mata de pelo rubio, muy claro, le cubría la frente hasta muy cerca de los ojos.

—¿No es una beldad?—dijo el inspector.

—Cierto que necesita que lo laven—observó Holmes.—Yo tenía la idea de que pudiera necesitarlo, y me he tomado la libertad de traer los utensilios necesarios.

Abrió su maleta al decir esto, y sacó de ella, con asombro mío, una enorme esponja de baño.

—¡Je, je! Es usted muy bromista—dijo riéndose el inspector.

—Ahora—continuó Holmes,—si usted tiene la gran amabilidad de abrir esta puerta sin hacer

ruido, en seguida daremos á nuestro hombre un aspecto más decente.

—Pues no sé por qué no lo haríamos —dijo el inspector.—¿No es cierto que un huésped así es un descrédito para nuestras celdas?

Deslizó la llave en la cerradura, y los tres entramos muy quedo en la celda. El durmiente se volvió á medias, y en seguida tornó á sumirse en un profundo sueño. Holmes se acercó al jarro de agua, mojó su esponja, y en seguida frotó con ella vigorosamente por dos veces la cara del preso, de arriba abajo y de derecha á izquierda.

—¡Presento á ustedes —gritó—al señor Neville Saint Clair, de Lee, condado de Kent.

Nunca, en mi vida, había visto nada semejante. La cara del hombre se peló bajo la esponja como un árbol al que le hubieran arrancado la corteza. ¡Desaparecido el color moreno sucio del cutis! ¡Desaparecidos, también, la horrible cicatriz que marcaba la cara de arriba abajo, y el torcido labio que le daba tan repulsiva expresión! Un tirón arrancó el enmarañado cabello rojo, y allí, sentado en la cama, quedaba un hombre de rostro pálido y triste, de aspecto refinado, de cabellos negros y cutis suave, frotándose los ojos y mirando en su derredor, asombrado y soñoliento. Pero luego, dándose cuenta de su posición, prorrumpió en un grito y se arrojó de cara contra la almohada.

—¡Gran Dios!—exclamó el inspector.—Es él,

ciertamente, el desaparecido. Le conozco por la fotografía.

El hombre se volvió con la expresión atrevida de quien se abandona á su destino.

—Y si así fuera,—dijo—¿podrían ustedes decirme de qué se me acusa?

—De haber hecho desaparecer al señor Neville Saint... ¡oh, vamos! no se le puede acusar á usted de eso, á no ser que se le dé la forma de tentativa de suicidio—dijo el inspector con gesto agrio.—La verdad es que hace veintisiete años que estoy en la fuerza, y éste es el caso más extraordinario que he visto.

—Si yo soy Neville Saint Clair, es evidente que no se ha cometido crimen alguno, y que, por consiguiente, se me tiene preso ilegalmente.

—No se ha cometido un crimen, pero sí un grave error—dijo Holmes.—Mejor hubiera sido que tuviera usted confianza en su esposa.

—No era por mi mujer, era por mis hijos—gimió el preso.—¡Dios mediante, nunca hubiera consentido en que se avergonzaran de su padre! ¡Dios mío! ¡Qué situación! ¿Qué puedo hacer ahora?

Sherlock Holmes se sentó á su lado en la cama y le dió unos golpecitos cariñosos en el hombro.

—Si deja usted á una corte de justicia el cuidado de aclarar el asunto—dijo—por supuesto que le será difícil evitar la publicidad. Por el contrario si convence usted á las autoridades de

policía de que no es posible la acusación contra usted, no veo la razón para que la cuestión llegue hasta los periódicos. Estoy seguro de que el inspector Bradstreet tomará nota de cualquier cosa que usted nos diga, y la someterá á las correspondientes autoridades. Así, el asunto nunca irá hasta los tribunales.

—¡Bendito sea usted! — exclamó el preso fervorosamente. — Habría soportado la prisión, sí, hasta la muerte en el cadalso, antes que dejar mi miserable secreto como una mancha de familia á mis hijos.

Ustedes son los primeros en oír lo que voy á decirles. Mi padre fué un maestro de escuela de Chasterfield, donde recibí una excelente educación. En mi juventud viajé, me hice actor, y por último entré de reporter en Londres en un diario de la tarde. Un día, mi director quiso una serie de artículos acerca de la mendicidad en la metrópoli, y yo me ofrecí para proporcionárselos. Ese fué el punto de partida de todas mis aventuras. Sólo ensayando la mendicidad como aficionado podía yo conocer los hechos que debían servir de base á mis artículos. En mis tiempos de actor había, por supuesto, aprendido todos los secretos del disfraz, y en lo relativo á la pintura de la cara me había hecho famoso por mi habilidad. Así, pues, llegado el momento, utilicé esa habilidad. Me pinté la cara, y para hacerme lo más digno de compasión, me fabriqué una buena cicatriz y me torcí un lado del

labio sujetándolo con la ayuda de un pedazo de yeso color de carne. En seguida, con una peluca de cabellos rojos y un traje adecuado, me situé en el lugar más transitado de la City, ostensiblemente para vender fósforos, pero en realidad para pedir limosna. Siete horas estuve allí, y cuando volví á mi casa, vi, con sorpresa, que había recibido nada menos que veintiséis chelines y cuatro peniques.

Escribí mis artículos y casi no pensé en el asunto hasta que, algún tiempo después, endosé un pagaré de un amigo, y me encontré con mi firma protestada por 25 libras. Se me habían agotado los resortes para encontrar ese dinero, cuando de improviso me asaltó una idea. Supliqué al acreedor que me concediera un plazo de quince días, pedí á mis jefes una licencia de la misma duración, y empleé ese tiempo en mendigar en la City, disfrazado. A los diez días tenía ya reunida la suma y pagué la deuda.

Pues bien: imagínense ustedes si sería duro volver á una labor ruda por dos libras á la semana, cuando sabía que podía ganar tanto como eso en un día, con sólo embadurnarme la cara con un poco de pintura, poner mi gorra en el suelo y quedarme quieto. Hubo una larga lucha entre mi orgullo y el dinero, pero éste triunfó al último, y abandoné el perioduccho y me senté, día tras día, en el rincón que desde el principio había escogido, inspirando compasión con mi horripilante cara, y llenándome de cobre

los bolsillos. Sólo un hombre conocía mi secreto: el propietario de un fumadero del callejón Swandan cuyas habitaciones altas había alquilado yo y de donde salía todas las mañanas convertido en miserable mendigo y en las tardes transformado en un hombre de sociedad, correctamente vestido. Ese sujeto, un láscar, recibía un buen alquiler por sus cuartos, de manera que yo estaba seguro de que mi secreto sería bien guardado.

Muy pronto empezaron mis ahorros á aumentar considerablemente. No quiero decir que todos los mendigos de las calles de Londres pueden ganar setecientas libras al año, que es el término medio de lo que yo gano, pero yo tenía excepcionales ventajas en mi habilidad para pintarme, y también en mi facilidad para la réplica, cualidades ambas que mejoraron con la práctica. é hicieron de mí una figura popular en la City. Durante el día entero, una lluvia de peniques, matizado de monedas de plata, caía sobre mí, y era muy malo el día que ganaba menos de dos libras.

»A medida que me fui enriqueciendo fui volviéndome más ambicioso, tomé una casa en el campo, y llegó el día en que me casé, sin que nadie tuviera la sospecha de mi verdadera ocupación. Mi querida esposa sabía que yo tenía negocios en la City, pero no sabía cuáles eran esos negocios.

»El lunes, había terminado mi día y me vestía

en mi cuarto situado sobre el fumadero, cuando miré por la ventana hacia afuera y vi, con horror y asombro, que mi mujer estaba parada en la calle con sus ojos fijos en mí. Di un grito de sorpresa, alcé los brazos para cubrirme la cara, y, corriendo en busca de mi confidente, el láscar, le rogué que impidiera á cualquiera subir al cuarto. Oí la voz de mi esposa abajo, pero sabía que no podía subir. Rápidamente, me despojé de mis ropas, me puse las de mendigo y la peluca, y me embadurné la cara: ni los ojos de mi esposa habrían podido reconocerme á través de un disfraz tan completo. Abrí la ventana, pero con tanta violencia que me sangró de nuevo un pequeño corte que me había hecho en el dedo esa mañana en mi cuarto. Cogí mi saco, que estaba pesado con los cobres que yo acababa de pasar á sus bolsillos, del saquito de cuero en que cuando estoy en mi puesto de mendigo, deposito mis ganancias, y lo arrojé al Támesis. Las otras ropas lo habrían seguido, pero en ese momento oí los pasos de los agentes de policía en la escalera, y pocos minutos después vi, confieso que con alivio, que en vez de descubrirse en mí al señor Neville Saint Clair, se me arrestaba como su asesino.

No creo que me quede nada por explicar. Yo estaba resuelto á mantener mi disfraz el mayor tiempo que me fuera posible, y de ahí mi empeño en tener la cara sucia.

Conocedor de que mi mujer sufriría de terri-

ble ansiedad me quité el anillo y se lo entregué al láscar, en un momento en que no se me vigilaba, junto con un papel en que había escrito de prisa algunas palabras para decirla que nada tenía que temer.

—Hasta ayer no recibió esa carta.

—¡Buen Dios! ¡Qué semana debe haber pasado!

—La policía vigilaba al láscar—dijo el inspector Bradstreet, — y bien se comprende que le fuera difícil llevar al buzón la carta sin que le vieran. Probablemente la entregó á algún marinero parroquiano suyo, quien se olvidó durante varios días de expedirla.

—Así ha sido—dijo Holmes, con un movimiento de cabeza afirmativo; — pero, ¿nunca se le ha perseguido á usted como mendigo?

—Varias veces; pero, ¿qué era para mí una multa?

—Sin embargo, eso debe terminar aquí—dijo Bradstreet. — Si la policía guarda secreto sobre el asunto, será con la condición de que Hugo Boone se acabe.

—Lo he jurado por lo más sagrado que un hombre puede tener.

—En ese caso, creo probable que no haya que llevar adelante el asunto; pero si se le encuentra á usted otra vez de mendigo, todo se hará público. Señor Holmes, cumplo con decir á usted que le estamos muy agradecidos por haber

aclarado este misterio. ¡Ojalá pudiera saber yo cómo llega usted á tales resultados!

—A este llegué—contestó mi amigo—con sentarme en cinco cojines y consumir un paquete de picadura fuerte. Cree, Watson, que si vamos ahora á casa, llegaremos á tiempo para tomar el desayuno.

EL CARBUNCLO AZUL

En la segunda semana, después de Navidad, fui á visitar á mi amigo Sherlock Holmes con la intención de presentarle mis felicitaciones de año nuevo. Le encontré reclinado en el sofá, vestido con una bata color púrpura, unas cuantas pipas á su derecha, al alcance de su mano, y un montón de diarios de la mañana, arreglados, que, evidentemente, acababa de estudiar, también á su alcance. Al lado del sofá había una silla de madera, en la cual estaba colgado, en el ángulo del respaldo, un sombrero de fieltro muy raído y abollado, usado hasta más no poder, y roto en varias partes. Una lente y una pinza que había en la silla, indicaban que el sombrero había sido colgado allí para someterlo á un examen.

—Está usted ocupado — dije, — quizás le molesto.

—En manera alguna. Tengo gusto de ver á un amigo con quien puedo discutir mis descubrimientos. El asunto es perfectamente trivial; pero (señalando con el dedo el viejo sombrero) hay algunos puntos relacionados con él, no enteramente desprovistos de interés, ni aun de enseñanza.

Me senté en el sillón, y me calenté las manos delante del chisporroteante fuego, pues afuera reinaba una recia helada y los vidrios de la ventana estaban cubiertos de una espesa capa de hielo.

—Supongo—observé—que, así, fea como es, esta cosa está relacionada con alguna historia de muerte, que es la clave de que se va usted á guiar para aclarar algún misterio y procurar el castigo de algún crimen.

—No, no, ningún crimen—dijo Sherlock Holmes, riéndose.—Solamente uno de esos fantásticos incidentes pequeños que suceden cuando tiene usted cuatro millones de seres humanos que se empujan los unos á los otros en el espacio de unas cuantas millas cuadradas. Entre la acción y la reacción de un hormiguero de humanidad tan denso, hay que esperar que ocurran todas las posibles combinaciones de acontecimientos, y más de un pequeño problema se presentará, que llame la atención y sea raro sin ser criminal. Ya nos ha sucedido tener que hacer con casos de esa especie.

—Tan es así—contesté—que de los últimos

seis casos que he agregado á mis apuntes, tres carecen del carácter criminal ante la ley.

—Precisamente usted alude á mi tentativa para recuperar los papeles de Irene Adler, al singular asunto de la señorita María Sutherland y á la aventura del hombre del labio torcido. Pues bien: no dudo de que también este pequeño asunto va á caer dentro de la misma categoría. ¿Usted conoce á Peterson, el comisionista?

—Sí.

—A él pertenece este trofeo.

—¿Es un sombrero suyo?

—No, no: lo encontró. No sabemos quién sea su dueño. Ruego á usted que lo mire, no como una galerita estropeada, sino como un problema intelectual. Pero, primero, diré á usted cómo ha venido á dar aquí. Llegó en la mañana de Navidad, en compañía de un buen ganso gordo, el cual, no tengo duda de ello, se asa en este momento delante del fuego de Peterson. Los hechos son estos: á eso de las cuatro de la mañana de Navidad, Peterson, mozo honrado á carta cabal, como usted sabe, volvía de una pequeña fiesta, y pasaba por la Avenida Tottenham en dirección á casa. Por delante de él vió, á la luz del gas, á un hombre de elevada estatura, que andaba con paso no muy firme y llevaba colgado del hombro un ganso blanco. Al llegar á la esquina de la calle Goodge, estalló una riña entre ese individuo y un pequeño grupo de vagabundos. Uno de éstos hizo caer al suelo el sombrero

del hombre, el cual, entonces, levantó su bastón para defenderse, y al darle vuelo hacia atrás, rompió la vidriera de una tienda. Peterson había corrido á proteger al hombre contra sus asaltantes; pero éste, asustado de haber roto el vidrio y al ver que se acercaba una persona vestida con un uniforme que le daba aspecto oficial, dejó caer el ganso, echó á correr, y se perdió en el laberinto de callejuelas que se extiende por detrás de la Avenida Tottenham. También los vagabundos habían huído al aparecer Peterson, de modo que éste quedó dueño del campo de batalla, y también del botín de la victoria, que consistían en este raído sombrero y en el más irreprochable ganso de Navidad.

—¿Los cuales, naturalmente, debieron ser devueltos á su dueño?

—Querido amigo: ahí está el problema.—Cier- to es que en una pequeña tarjeta atada á la pata izquierda del ganso estaban impresas estas pala- bras: «Para la señora de Enrique Baker», y ver- dad es también que las iniciales «E. B.» están le- gibles en el forro de este sombrero; pero como hay algunos miles de Bakers y algunos centena- res de Enrique Baker en esta nuestra ciudad, no es fácil devolver estos bienes á su legítimo dueño.

—Entonces ¿qué hizo Peterson?

—Me trajo las dos cosas, sombrero y ganso, en la misma mañana de Navidad, sabedor co- mo es de que hasta los más pequeños problemas

me interesan. El ganso quedó en depósito hasta esta mañana que, á pesar de la temperatura fría, comenzó á hacer ver que era necesario comerlo sin más tardanza. Su hallador se lo ha llevado, pues, para que sufra el último destino de un ganso, y yo sigo depositario del sombrero perteneciente al desconocido caballero que perdió su manjar de Navidad.

—¿No puso avisos en los diarios?

—No.

—Entonces, ¿qué clave podría usted tener con respecto á su identidad?

—Solamente lo que es posible deducir.

—¿Del sombrero?

—Precisamente.

—Usted se chancea. ¿Qué puede usted descubrir en este sombrero viejo y estropeado?

—Tome usted esta lente, usted conoce mis métodos. ¿Qué puede usted mismo descubrir con respecto á la individualidad del caballero que ha usado esta prenda?

Tomé con ambas manos el maltratado objeto, y lo volví de un lado á otro, con ademán más triste que alegre. Era un sombrero negro muy ordinario, de la usual forma redonda, duro, y muy gastado por el uso. El forro había sido de seda roja, pero estaba bastante descolorido. No tenía el nombre del fabricante; pero, como Holmes había observado, tenía las iniciales «E. B.» escritas en un lado. Un ganchito para sujetarlo del cordón elástico atravesaba el ala, pero el

cordón faltaba. Por lo demás, estaba roto y abollado, en extremo polvoriento, y tenía varias manchas, aunque parecía que se hubiera tratado de cubrirlas con tinta.

—Nada puedo ver en él—dije, devolviéndolo á mi amigo.

—Al contrario, Watson, lo puede usted ver todo; lo que sucede es que no acierta usted á razonar lo que ve. Es usted demasiado tímido para sacar deducciones.

—Bueno. ¿Y usted podría decirme lo que deduce de este sombrero?

Tomó el sombrero y lo miró con la manera introspectiva que le era característica.

—Es tal vez menos sugerente de lo que podría haber sido—dijo,—y sin embargo, hay en él algunas inferencias muy claras, y algunas otras que representan por lo menos grandes probabilidades. Que el hombre es muy inteligente, aparece claro en la parte delantera, y también que ha gozado de buena posición en los últimos tres años, aunque ahora está en mala época. Era hombre previsor, pero ahora lo es menos que antes, y tiende á un retroceso moral que, unido á la decadencia de su fortuna, parece indicar que alguna maligna indiferencia, probablemente la bebida, gana terreno en él. Esto puede ser también la causa de que su esposa haya dejado de quererle, un hecho obvio.

—¡Mi querido Holmes!

—No obstante, el hombre ha conservado un

cierto grado de dignidad—continuó, sin hacer caso de mi reproche.—Lleva una vida sedentaria, sale poco, no hace ejercicios físicos, es de edad mediana, tiene el cabello gris, y se lo ha hecho cortar en estos días, y se peina con pomada de limón. Estos son los hechos más patentes que se pueden deducir del sombrero. También se deduce, diré de paso, que muy probablemente en su casa no hay gas.

—Usted se chancea seguramente, Holmes.

—Ni en una palabra. ¿Es posible que ni ahora que presento á usted todos esos datos, no sea usted capaz de ver de dónde los he sacado?

—No tengo duda de que soy muy estúpido, y debo confesar que no alcanzo á seguir las deducciones de usted. Por ejemplo, ¿de qué deduce usted que ese hombre es inteligente?

Por toda respuesta, Holmes se encasquetó el sombrero: éste se deslizó por la frente y fué á detenerse en la nariz.

—Es una cuestión de capacidad cúbica—dijo.

—Un hombre con un cerebro tan grande debe tener algo en él.

—¿Y la decadencia de su fortuna?

—Este sombrero tiene tres años: el ala plana estaba en moda hace tres años. Es un sombrero de la mejor calidad. Mire usted la cinta de seda y el excelente forro. Si el hombre pudo comprar un sombrero tan caro hace tres años, y desde entonces no ha comprado otro, es evidente que ha caído en la pobreza.

—Eso está bastante claro, cierto. Pero ¿y lo de la previsión, y lo del retroceso moral?

Sherlock Holmes se rió.

—Hé aquí la previsión —dijo, poniendo el dedo en el pequeño disco y gancho del elástico para sujetar el sombrero.—No hay sombrero que se venda con esto: si el hombre lo hizo poner, ese es un signo de una cierta suma de previsión, puesto que aquello era precaverse contra el viento. Pero cuando vemos que ha roto el elástico y no se ha dado la molestia de reemplazarlo, claro está que hoy tiene menos previsión que antes, lo que es una prueba bastante concluyente de una naturaleza que decae. Pero por otra parte, ha procurado ocultar algunas de las manchas con tinta, lo que significa que no ha perdido por completo la dignidad.

—El razonamiento de usted es, en verdad, plausible.

—Los otros puntos: edad mediana, pelo gris recientemente cortado y peinado con loción de limón: se observan, con un examen minucioso, en la parte interior del forro. Con la lente se descubre un gran número de puntas de cabellos, cortadas por la tijera del peluquero; todas se adhieren fácilmente, y el forro exhala un olor de limón. Este polvo, usted lo observará, no es el polvo arenoso y gris de la calle, sino el polvo flojo y obscuro de la casa, lo que demuestra que el sombrero ha estado colgado dentro de las habitaciones la mayor parte del tiempo.

Después, las manchas de humedad del ruedo interior prueban que el hombre ha sudado abundantemente y no está, por consiguiente, acostumbrado al ejercicio físico.

—Pero su esposa... Usted dice que ha cesado de quererle.

—Hace semanas que este sombrero no ha sido cepillado. Si le veo á usted, mi querido Watson, con el polvo de una semana acumulado en su sombrero, y su señora le deja á usted salir en ese estado, tendré que temer también que haya sido usted bastante desgraciado para perder el cariño de su esposa.

—Pero puede muy bien ser soltero.

—No, pues llevaba el ganso á su casa como prenda de paz para su esposa. Acuérdesse usted de la tarjeta que el animal tenía en la pata.

—Usted tiene respuesta para todo. Pero, ¿cómo, por favor, llega usted á deducir que no hay gas en su casa?

—Una mancha de vela, hasta dos, pueden caer por casualidad; pero cuando veo no menos de cinco, creo que poca duda puede haber de que el individuo está en frecuente contacto con la vela; probablemente sube la escalera de la casa con el sombrero en una mano y en la otra una vela que gotea. Y claro está que esas manchas de esperma no caen del gas. ¿Está usted convencido?

—Bueno; todo eso es ingenioso— dije riéndome; - pero como usted decía, hace un momento,

no ha habido crimen en el asunto, ni nadie ha sufrido daño á no ser la pérdida del ganso, me parece que ha desperdiciado usted su energía esta vez.

Sherlock Holmes había abierto la boca para contestar, cuando la puerta se abrió brusca-mente y Peterson, el comisionista, se precipitó en el cuarto con el rostro enrojecido y la expresión de un hombre presa del mayor asombro.

—¡El ganso, señor Holmes! ¡El ganso, señor!—tartamudeaba.

—¡Eh! ¿Qué le pasa? ¿Ha resucitado y se ha volado por la ventana?

Diciendo esto, Holmes se incorporó en el sofá, para ver mejor la agitada cara del hombre.

—¡Mire usted, señor; mire usted lo que mi mujer ha encontrado en el buche del ganso!

Extendía el brazo, y enseñaba en el medio de la palma de la mano, una chispeante piedra azul, un poco más pequeña que un poroto, pero tan pura y radiante, que parecía una chispa eléctrica.

Sherlock Holmes se sentó y dió un silbido.

—Por Júpiter, Peterson—dijo,—lo que ha encontrado usted es un tesoro. ¿Supongo que usted sabe lo que es eso?

—¡Un brillante, señor; una piedra preciosa!

—Es más que una piedra preciosa. Es *la* piedra preciosa.

—¡No será el carbunclo azul de la condesa de Morcar!—exclamé.

—La misma, exactamente. Debo el conocer su tamaño y su forma, á haber leído el aviso que ha aparecido con respecto á ella en el *Times* estos días. Es una piedra absolutamente excepcional y su valor puede ser sólo estimado por cálculo aproximado: la justificación de mil libras ofrecidas no representa ciertamente la vigésima parte de su valor mercantil.

—¡Mil libras! ¡Dios grande y piadoso!

El comisionista se dejó caer en una silla, y sus miradas pasaban de mi amigo á mí y viceversa.

—Esa es la gratificación y tengo razones para saber que hay, además, motivos sentimentales que inducirían á la condesa á dar la mitad de su fortuna para recuperar la piedra.

—La perdió, si recuerdo bien, en el Hotel Cosmopolita—dije.

—Eso es, el 22 de Diciembre, hace cinco días. Se acusa á un plomero llamado Juan Horner, de haberla substraído del cofre de joyas de la condesa. Las pruebas en su contra parecen tan convincentes, que se le ha enviado ante los Assises. Creo que aquí tengo un resumen del asunto.

Revolvió los periodicos mirando las fechas, hasta que por fin sacó del montón uno, lo desdobló y leyó:

«El robo de una joya en el Hotel Cosmopolita. Juan Horner, 26 años, plomero, compareció acusado de haber, el 22 del presente, substraído

del cofre de joyas de la condesa de Morcar la valiosa piedra conocida por el carbunclo azul. Jaime Ryder, mayordomo del hotel, declaró que lo había conducido al cuarto de vestirse de la condesa el día del robo, para que soldara la segunda barra de la estufa que estaba floja. Se había quedado un rato con Horner, pero después lo habían llamado afuera. Al volver se encontró con que Horner había desaparecido, que el escritorio había sido forzado y que el pequeño estuche de marroquí en que, según se supo después, la condesa acostumbraba guardar el carbunclo, estaba abierto en la mesa. Ryder dió parte inmediatamente y Horner fué arrestado esa misma noche; pero no fué posible hallar la piedra en su persona ni en sus habitaciones. Catalina Cussac, doncella de la condesa, declaró que había oído el grito lanzado por Ryder al descubrir el robo y se había precipitado al cuarto, donde había encontrado las cosas como las ha descripto el anterior testigo. El inspector Bradstreet, del distrito B, declaró que Horner al ser arrestado, se resistió vigorosamente y protestó su inocencia en términos violentos. Estando probado que el preso ha sido condenado antes por robo, el juez se negó á resolver sumariamente el asunto y decidió pasarlo á los Assises. Horner, que había mostrado señales de intensa emoción durante el acto, se desmayó al oír la decisión del juez y hubo que sacarlo en brazos! »

—Hum! Esto, por la parte del tribunal de policía—dijo Holmes tirando á un lado el periódico.—La cuestión que tenemos que resolver ahora es la secuela de acontecimientos que tienen por punto de partida un estuche de joyas saqueado, y por término el buche de un ganso en la Avenida Tottenham. Ya ve usted, Watson, que nuestras pequeñas deducciones han asumido repentinamente una importancia mucho mayor y un aspecto mucho menos inocente. Aquí está la piedra, la piedra viene del ganso, y el ganso vino del señor Enrique Baker, el caballero del sombrero viejo y de los rasgos característicos que ya he descripto á usted. Así, pues, ahora debemos dedicarnos muy seriamente á encontrar á ese caballero, y á averiguar el papel que ha desempeñado en este pequeño misterio. Para ello, debemos ensayar primero los medios más sencillos, y el primero de éstos es un aviso en todos los diarios de la tarde. Si él nos falla, recurriremos á otros métodos.

—¿Qué va usted á decir?

—Déme usted un lápiz y esa hoja de papel. Ahora: «Encontrados en la esquina de la calle Goodge, un ganso y un sombrero negro de fieltro. El señor Enrique Baker podrá recuperarlos si se presenta esta tarde á las 6.30 en la casa 221 B de la calle Baker.» ¿No es esto claro y conciso?

—Mucho. Pero ¿lo verá él?

—Pues yo creo que no dejará de echar diaria-

mente una ojeada á los avisos de los diarios, toda vez que es pobre y la pérdida que ha sufrido tiene que afectarle. Tanto lo asustó la desgracia que tuvo de romper la vidriera y la presencia de Peterson, que no pensó en otra cosa que en la fuga; pero desde entonces debe haber sentido amargamente el impulso que le hizo soltar el ganso. Por otra parte, la mención de su nombre en el aviso hará que no lo pase inadvertido, pues si él no lo ve, cualquiera de sus conocidos que lo lea le avisará. Tome usted, Peterson, corra usted á la agencia de avisos y haga usted poner esto en los diarios de la tarde.

—¿En cuáles, señor?

—¡Oh! En el *Globe*, *Star*, *Pall Mall*, *Saint Jame's Gazette*, *Evening News*, *Standard*, *Echo* y los demás que se le ocurran á usted.

—Muy bien, señor; ¿y la piedra?

—¡Ah, sí! Yo me quedo con la piedra. Gracias. Y, oiga usted, Peterson: al volver compre usted un ganso y déjemelo usted aquí, porque necesitamos tener un ganso para darlo al caballero, en cambio del que la familia de usted devora en este momento.

Cuando el comisionista se hubo marchado, Holmes tomó la piedra y la puso contra la luz.

—¡Qué espléndida cosa!—dijo.—Mire usted un poco cómo brilla y chispea. Por supuesto, es un núcleo y un foco de crimen: toda piedra preciosa de gran valor lo es. Las piedras preciosas

son el arma favorita del diablo. En las joyas más grandes y más valiosas, cada faceta podría marcarse con un hecho sangriento. Esta piedra no tiene más de veinte años. Se la encontró en las orillas del río Amoy, en el sur de China, y es notable porque tiene todos los caracteres del carbunclo, salvo el color, que en vez de ser rojo de rubí, es azul. No obstante su juventud tiene ya una historia siniestra. Ha habido por su causa dos asesinatos, una persona ha arrojado vitriolo á otra, otra se ha suicidado y varias han sido arrestadas por robo; todo por este pedazo de carbón cristalizado que no pesa más de 40 gramos. ¿Quién diría que un juguete tan lindo podría ser un proveedor de las cárceles y del presidio? Voy á encerrarlo ahora en mi cofre de hierro y á escribir una línea á la condesa para que sepa que lo tenemos.

—¿Cree usted que ese Horner es inocente?

—No podría decirlo.

—Bueno. Entonces ¿se imagina usted que el otro, Enrique Baker, tenga algo que hacer con el asunto?

—Lo más probable me parece á mí que Enrique Baker sea del todo inocente, que no tuviera la menor idea de que el ave que llevaba en sus manos era muchísimo más valiosa que si hubiera sido de oro macizo.

Eso, sin embargo, lo veré en una prueba muy simple, si tenemos una respuesta á nuestro aviso.

—¿Y hasta entonces nada puede usted hacer?

—Nada.

—En ese caso, voy á continuar mis visitas á mis enfermos; pero volveré esta noche á la hora que ha señalado usted, porque deseo ver la solución de un asunto tan intrincado.

—Tendré mucho gusto de verle á usted de vuelta. Comeremos á las 7. Creo que tenemos una gallina montaraz. A propósito: en atención á lo que ha sucedido, voy á encargár á la cocinera que examine el buche.

Me demoré en la casa de un enfermo, y cuando volví eran algo más de las 6.30. Al llegar á la casa, ví á un hombre de elevada estatura, con una gorra de viaje y un saco abotonado hasta la barba, que esperaba afuera, en el brillante semicírculo que arrojaba la luz del farol. En el momento mismo, la puerta se abrió, y los dos subimos hasta el cuarto donde se hallaba Sherlock Holmes.

—El señor Enrique Baker, me parece—dijo Holmes, levantándose de su sillón y recibiendo al visitante con la soltura y autoridad amable que tan fácilmente asumía.—Ruego á usted que se siente en esa silla al lado del fuego, señor Baker. La noche está fría, y observo que el sistema circulatorio de usted se adapta más al verano que al invierno. ¿Este sombrero es de usted, señor Baker?

—Sí, señor: no cabe duda de que ese es mi sombrero.

Era un hombre corpulento, de hombros cuadrados, sólida cabeza y una cara ancha é inteligente que terminaba en una barba puntiaguda de color castaño entrecano. Un ligero matiz rojo en su nariz y mejillas, y un leve temblor en la mano que tenía extendida, justificaban la suposición de Holmes en cuanto á su falta de sobriedad. Su raída levita negra estaba abotonada hasta la barba, con el cuello vuelto hacia arriba, y sus robustas muñecas asomaban por las mangas sin que se viera la menor señal de puños ó de camisa. Hablaba en voz baja y lenta, escogiendo las palabras con cuidado, y producía, en general, la impresión de un hombre de conocimientos y letrado, que ha sido maltratado por la mano de la fortuna.

—Hemos guardado aquí estas cosas durante algunos días,—dijo Holmes—porque esperábamos ver un aviso en los diarios, en que usted diera las señas de su casa. No me explico cómo no lo ha hecho usted.

Nuestro visitante se rió, pero su risa denotaba vergüenza más que otra cosa.

—Los chelines no son ahora tan abundantes en mi bolsillo como lo fueron en otros tiempos—dijo.—No tenía duda, además, de que la pandilla de bribones que me asaltó se había llevado mi sombrero y el ganso, y no había de gastar más dinero en una inútil tentativa de recuperar mis perdidos bienes.

—Eso es muy natural. A propósito: lo que es el ganso, nos hemos visto obligados á comerlo.

—¡A comerlo!

Nuestro visitante se levantó de la silla, tal era su agitación.

—Sí: de nada habría servido á nadie el que no lo hiciéramos, ¡Pero supongo que ese otro ganso que ve usted en el aparador, el cual es más ó menos del mismo peso y está perfectamente fresco, serviría á usted lo mismo?

—¡Oh! Ciertamente, ciertamente!—contestó el señor Baker, con un suspiro de alivio.

—Por supuesto que del otro hemos guardado las plumas, las patas, el buche, y los demás restos, de modo que si usted los desea...

El hombre soltó una alegre carcajada.

—Podrían servirme—dijo—de recuerdos de mi aventura; pero fuera de eso, difícilmente veo los servicios que podrían prestarme los *dispecta membra* de mi último amigo volátil. No, señor: creo que, con el permiso de usted, voy á dedicar mis cuidados á la excelente ave que veo en ese aparador.

Sherlock Holmes me dirigió una rápida mirada, encogiéndose de hombros.

—Entonces, aquí tiene usted su sombrero y allí el ganso—dijo;—y, á propósito ¿podría usted decirme dónde compró el otro? Yo soy bastante aficionado á las aves de mesa, y pocas veces he visto un ganso tan bien mantenido.

—Con mucho gusto, señor—contestó Baker,

que se había parado y tenía ya el ganso debajo del brazo.—Unos cuantos amigos frecuentamos la taberna «Alfa», que está cerca del museo... y durante el día ¿sabe usted? se nos encuentra en el museo mismo. Este año, el dueño de casa, que se apellida Windigate, instituyó una «sociedad del ganso», en la cual, mediante algunos peniques por semana, cada socio recibiría un ganso en Navidad. Yo pagué puntualmente mis peniques, y lo demás usted lo sabe. Tengo mucho que agradecer á usted, señor, porque una gorra de viaje no es adecuada ni para mis años ni para mi gravedad.

Con una pomposidad de maneras realmente cómicas, nos saludó solemnemente y se marchó.

—Hemos concluído con el señor Enrique Baker—dijo Holmes, cuando la puerta se hubo cerrado detrás del hombre.—Es positivo que éste nada sabe del asunto. ¿Tiene usted hambre Watson?

—No mucha.

—Entonces, propongo que convirtamos nuestra comida en cena, y sigamos este rastro cuando todavía está caliente.

—Me parece muy bien.

Era una noche muy fría, de manera que nos envolvimos bien el cuello con nuestras bufandas y alzando los cuellos de los sobretodos. Las estrellas brillaban fúlgidas en un cielo sin nubes, y el aliento de los transeuntes adquiría al salir

de la boca el color del humo que despide una pistola al hacer el disparo. Nuestros pasos resonaban secos y ruidosos al atravesar el barrio de los médicos, la calle Wimpole, la calle Herley, y así hasta pasar por la calle Wigmore á la de Oxford. Al cabo de un cuarto de hora estuvimos en Bloomhbury, en la taberna «Alfa», un pequeño establecimiento de bebidas situado en la esquina de una de las calles que desembocan en Holborn. Holmes empujó la puerta del saloncito reservado, y pidió dos vasos de cerveza al propietario, hombre de toscas facciones, con delantal blanco.

—La cerveza de usted sería excelente si fuera tan buena como sus gansos—le dijo después.

—¿Mis gansos!

El hombre parecía sorprendido.

—Sí. Hace media hora he estado conversando con el señor Enrique Baker, miembro de la «sociedad del ganso.»

—¡Oh, sí! Comprendo; pero, vea usted, señor, esos no son *nuestros* gansos.

—¡Hola! ¿De quién, entonces?

—Las dos docenas las compré en un puesto de Covent Garden.

—¡En Covent Garden! Conozco allí á varios de los vendedores de aves. ¿Cuál fué?

—Se llama Breckinridge.

—¡Ah! A ese no le conozco. Bueno, á la salud de usted, y por la prosperidad de su casa. Buenas noches.

—Ahora, á ver al señor Breckinridge—continuó abotonándose el gabán, cuando salimos al aire glacial.—Acuérdese usted, Holmes, de que aunque tenemos una cosa tan vulgar como un ganso en una punta de esta cadena, en la otra tenemos á un hombre que seguramente será penado con siete años de prisión si no podemos probar su inocencia. Es posible que nuestra investigación sirva sólo para confirmar su culpabilidad: pero en todo caso, ante nosotros se abre una fuente de averiguaciones que la policía no ha visto y que una singular casualidad ha puesto á nuestra disposición. Sigamos la vía hasta el fin. ¡Cara al sur, pues, y de prisa!

Atravesamos Halborn, bajamos á la calle Endell, y así, por un laberinto de callejuelas, fuimos á parar al mercado de Convent Garden. Uno de los puestos más grandes lucía en el letrero el nombre de Brickinridge, y el propietario, un hombre de cabeza de caballo, con una cara puntiaguda y rizadas patillas, ayudaba á un muchacho á cerrar las vidrieras.

—Buenas noches. ¡Qué frío hace!—dijo Holmes.

El negociante hizo un signo de cabeza afirmativo, y dirigió á mi amigo una mirada interrogadora.

—Vendidos todos los gansos, lo veo—continuó Holmes, señalando las mesas de mármol vacías.

—Mañana por la mañana puedo proporcionar á usted quinientos,

—Eso no me sirve.

—Entonces, en la vidriera hay algunos, bajo el calor del gas.

—¡Ah! Pero yo vengo recomendado á usted.

—¿Por quién?

—Por el dueño de la «Alfa.»

—Cierto: le mandé un par de docenas.

—Excelentes fueron todos. ¿De dónde los recibió usted?

Con sorpresa mía, la pregunta provocó una explosión de cólera en el comerciante.

—Vamos á ver, señor—dijo, echando la cabeza hacia atrás y poniendo los brazos en jarras—¿qué se proponen ustedes? Quiero que aclaremos eso ahora mismo.

—Bastante claro está: desearía saber quién vendió á usted los gansos que usted á su vez vendió al dueño de la «Alfa.»

—¿Sí? Pues sepa que no se lo diré. ¡Y se acabó!

—¡Oh! La cosa no tiene importancia; pero no sé por qué se ha de agitar usted tanto por semejante pequeñez.

—¡Agitar! Usted se agitaría más, probablemente, si lo fastidiaran como á mí. Cuando pago buena plata por un artículo, allí debería terminar el negocio, pero no, señor: «¿Dónde están los gansos?» «¿A quién vendió usted los gansos?» «¿Cuánto quiere usted por los gansos?» Y las preguntas no se acaban. Se diría que esos son los únicos gansos en el mundo, tanto es lo que vienen á machacar con ellos.

—Está bien; pero yo nada tengo que hacer con las otras personas que hayan venido á hacer esas preguntas—dijo Holmes, en tono indiferente.—Si no nos dice usted lo que le pregunto, la apuesta no corre, y eso es todo. Pero yo estoy siempre dispuesto á probar que mi opinión en materia de aves es la verdadera, y he apostado cinco libras á que el ganso que comí ha sido criado en el campo.

—Entonces ha perdido usted sus cinco libras, porque es de la ciudad—se apresuró á decir el comerciante.

—Eso no es posible.

—Yo digo que lo es.

—Yo no lo creo.

—¿Se figura usted saber de aves más que yo, que las manejo desde que era un mocoso? Digo á usted que todos los gansos que envié á la «Alfa» eran de la ciudad.

—Nunca me hará usted creer tal cosa.

—¿Quiere usted apostar?

—Si apuesto, le robaré á usted el dinero, porque sé que estoy en lo cierto. Ahora, si usted quiere, va una libra, para enseñarle á usted á no ser porfiado.

El comerciante se sonrió agriamente.

—Tráeme los libros, Guillermo—dijo.

El chico le llevó un pequeño libro de pocas hojas, y otro grande, muy grasiento en el lomo, que estaban uno sobre otro debajo de la lámpara colgante.

—Ahora, señor, estoy seguro—dijo el hombre, —yo creía haber concluído ya con los gansos, pero veo que aun todavía hay uno en mi establecimiento. ¿Ve usted ese librito?

—¿Y qué?

—Esta es la lista de las personas á quienes compro. ¿Ve usted? Bueno, pues. En esta página están los del campo, y los números que siguen á los nombres son los de las páginas del registro grande que están sus cuentas. ¡Bueno! Ahora ¿ve usted esta otra página con tinta roja? Es la lista de mis proveedores de la ciudad. Ahora mire usted este tercer nombre. Hágame el favor de leerlo en voz alta.

—Señora Oakshott, 117, camino de Roxton,—
249 —leyó Holmes.

—Eso es. Ahora busque usted ese número en el registro.

Holmes miró la página indicada.

—Aquí está: «Señora Oakshott, 117, camino de Roxton, proveedora de huevos y aves.»

—Bueno. ¿Cuál es la última entrada?

—Diciembre 22. Veinticuatro gansos á 7 chelines 6 peniques.

—Eso es. Ya ve usted. ¿Y abajo?

—Veintidós al señor Windigate, de la «Alfa», á 12 chelines.

—¿Qué tiene usted ahora que decirme?

Sherlock Holmes mostraba pena y despecho. Sacó un soberano del bolsillo, lo arrojó al mostrador, y se volvió hacia la puerta con el aspec-

to de un hombre cuyo disgusto es demasiado profundo para permitirle hablar. Unas yardas más allá se detuvo al pie de un farol, y se rió con la manera cordial, pero silenciosa, que leera peculiar.

—Cuando vea usted á un hombre con esas patillas y el pañuelo rojo asomándole del bolsillo, puede usted estar seguro de arrastrarle en cualquier momento á una apuesta—dijo.—Estoy seguro de que si le hubiera puesto por delante cien libras, ese hombre no me habría dado informaciones tan completas como las que le he sacado al inculcarle la idea de que sólo me comunicaba sus datos para ganar una apuesta. Bueno, Watson: me parece que ya nos acercamos al fin de nuestra investigación, y que el único punto que queda por aclarar es si debemos ir esta noche á ver á esa señora Oakshott, ó si dejamos eso para mañana. Se ve claramente, por lo que este sujeto nos ha dicho en su enojo, que hay otras personas, además de nosotros, por conocer lo que queremos nosotros saber. Y me inclinaria...

Unos gritos vigorosos que salían del mismo puesto del mercado de donde nosotros acabábamos de salir, interrumpieron sus observaciones. Volvimos los ojos y vimos á un hombrecito con cara de ratón, parado en el centro del círculo de luz amarilla que arrojaba el farol de la fachada, y á Breckinridge que, encuadrado en el marco de la puerta, blandía furiosamente los puños hacia el hombrecito.

—Ya estoy harto de ustedes y de sus gansos —gritaba.—Ojalá se fueran unos y otros al infierno juntos. Si vienen ustedes otra vez á fastidiarme con sus tontas preguntas, voy á echarles el perro. Traiga usted aquí á la señora Oakshot, y á ella le contestaré; pero usted ¿qué tiene que hacer en este asunto? ¿Le he comprado á usted los gansos?

—No; pero uno de ellos era mío—aventuró el diminuto personaje.

—Entonces, á reclamarlo á la señora Oakshott.

—Ella me ha dicho que le pregunte á usted.

—¿Sí? Pues puede usted ir á preguntarle al rey de Prusia, para lo que á mí me importa. Le digo á usted que ya estoy harto de la misma cuestión. ¡Fuera de aquí!

El vendedor de aves saltó enfurecido hacia adelante, y el preguntón se desvaneció en la obscuridad.

—¡Jal! Esto puede ahorrarnos una visita al Camino de Roxton—dijo por lo bajo Holmes.—Venga usted conmigo. Vamos á ver lo que se puede hacer con este sujeto.

Abriéndose paso por entre les dispersos grupos de gente que miraba las vidrieras llenas de luz, mi compañero alcanzó rápidamente al hombrequito y le tocó en el hombro. El individuo se volvió de un salto, y á la luz del gas vi que todo rastro de color había huido de su cara.

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere usted?

—Usted me dispense—dijo Holmes.—No he podido evitar el que las preguntas que hacía usted al vendedor de aves llegaran á mi oído, y creo que puedo ayudar á usted en algo.

—¿Usted? ¿Quién es usted? ¿Cómo podía usted saber nada del asunto?

—Me llamo Sherlock Holmes, y mi oficio es saber lo que los demás no saben.

—Pero ¿puede usted saber algo de esto?

—Dispense usted; lo sé todo. Usted trata de seguir el rastro á unos gansos que la señora Oakshott, del Camino de Roxton, vendió á un comerciante de aves llamado Breckinridge, el cual los vendió á su vez al señor Windigate de la «Alfa», y éste á los miembros de su sociedad, uno de los cuales es el señor Enrique Baker.

—¡Oh, señor! Usted es la persona á quien deseaba tanto encontrar—exclamó el hombrecito, alzando los brazos, las manos temblorosas.—Difícilmente podría explicar á usted cuánto interés tengo en el asunto.

Sherlock Holmes llamó á un coche de plaza que pasaba.

—En ese caso, lo mejor es que hablemos en un cuarto abrigado y no en este mercado abierto á los cuatro vientos—dijo;—pero ruego á usted que me diga, antes de que sigamos adelante, á quién tengo el placer de prestar mi ayuda.

El hombre titubeó un instante.

—Me llamo Juan Robinson—contestó con una mirada de reojo.

—No, no; su verdadero nombre—dijo Holmes suavemente.—Siempre es desagradable tener que tratar con un *alias*.

La sangre afluyó á las blancas mejillas del desconocido.

—Bueno. Entonces—dijo—me llamo en realidad Jaime Ryder.

—Exactamente; primer mayordomo del Hotel Cosmopolita. Sírvase usted entrar en este coche, y pronto podré decir á usted todo lo que desee usted saber.

El hombrecito se quedó viéndonos, pasando sus miradas del uno al otro, con ojos medio asustados, medio animados por la esperanza, como quien no está seguro de hallarse en vísperas de una fortuna ó de una catástrofe. En seguida entró en el coche, y á la media hora estábamos otra vez en la sala de mi amigo, en la calle Baker. Nada habíamos hablado durante el trayecto; pero la respiración agitada y débil de nuestro compañero, y el abrirse y apretarse de sus puños, revelaban la tensión nerviosa en que se hallaba.

—¡Henos aquí!—dijo Holmes, con alegre acento cuando entramos en el cuarto.—El fuego tiene un aspecto muy agradable cuando hace un tiempo como este. Usted parece tener frío, señor Ryder. Le ruego que se siente en el sillón mecedor. Voy á ponerme mis zapatillas, y en seguida arreglaremos su asuntito. ¡Bueno, ya está! ¿Usted quiere saber lo que ha sido de esos gansos?

—Sí, señor.

—O, mejor dicho, de ese ganso. Una sola era, me lo imagino, el ave por la cual se interesaba usted... blanco, con una faja negra á través de la cola.

Ryder tembló de emoción.

—¡Oh, señor!—gritó.—¿Podría usted decirme adónde fué á parar?

—Vino aquí.

—¿Aquí?

—Sí, y resultó ser un ave por demás notable. No me asombro de que se interesara usted por ella. Puso un huevo después de muerta; el huevecito azul más lindo, más brillante que he visto en mi vida. Lo tengo aquí en mi museo.

Nuestro visitante se paró de un salto y se agarró del mármol de la chimenea con la mano derecha.

Holmes abrió su cofre de hierro y sacó el carbunclo azul, que brilló como una estrella, con una irradiación fría, chispeante, repartida en varias prendas. Ryder se quedó parado, mirando la piedra, con el rostro desencajado, sin saber si reclamarla ó declarar que no la conocía.

—La farsa ha concluído, Ryder—dijo Holmes con calma.—Sosténgase usted, hombre, ó se cae usted en el fuego. Ayúdelo usted, Watson, á volver á su sillón. Se ve que no tiene suficiente sangre para soportar las consecuencias del crimen. Déle usted un trago de brandy. ¡Así! Aho-

ra tiene más cara de hombre. ¡Qué camarón es, qué camarón!

Ryder se había tambaleado un instante, y casi se había caído; pero el brandy le hizo subir un poco de sangre á las mejillas. Sentado ya, miraba fijamente, con ojos espantados, á su acusador.

—Tengo en mis manos casi todos los eslabones de la cadena y todas las pruebas que podrían ser necesarias; de modo que poco es lo que tiene usted que decirme. Sin embargo, sería bueno aclarar ese poco para completar la averiguación. ¿Usted había oído hablar, Ryder, de esta piedra azul de la condesa de Morcar?

—Catalina Cusack fué quien me habló de ella.

—Comprendo: la doncella de la dama. Así, pues, la tentación de la fortuna tan fácilmente adquirible, lo dominó á usted, como ha dominado á tantos hombres mejores que usted, pero no ha sido usted muy escrupuloso en los medios que ha empleado. Me parece, Ryder, que en usted hay la madera de un canalla bastante canalla. Sabía usted que ese Horner, el plomero, se había comprometido antes en un hecho parecido, y que las sospechas recaerían sobre él. ¿Qué hizo usted entonces? Desarregló usted algo en el cuarto de la señora, usted con la ayuda de su aliada la Cusack, é hizo usted de modo que para la compostura fueran á llamar á Horner. Luego, cuando hubo salido, robó usted el carbunclo,

dió usted la voz de alarma, é hizo usted arrestar á ese desdichado. Después, usted...

Ryder se arrojó bruscamente al suelo, y de rodillas se abrazó á las piernas de mi compañero.

—¡Por amor de Dios, compadézcase usted de mí!—gimió.—¡Piense usted en mi padre, en mi madre! Los dos se morirán de pesar. ¡Nunca volveré á cometer una falta, nunca: lo juro! Lo juraré sobre la Biblia. ¡Oh! ¡No haga usted que la justicia intervenga! ¡Por el amor de Cristo, no lo haga usted!

—¡Vuelva usted á su silla!—le dijo Holmes, severo.—Está muy bien el arrastrarse y llorar ahora; pero poco ha pensado usted en ese pobre Horner que está preso por un crimen del que nada sabe.

—Huiré, señor Holmes; saldré del país, y entonces desaparecerá mi acusación contra él.

—¡Hum! Ya hablaremos de eso. Y ahora, háganos usted un relato exacto del segundo acto. ¡Cómo fué á dar la piedra al buche del ganso y el ganso al mercado público? Díganos usted la verdad, porque en eso reposa para usted la única esperanza de salvación.

Ryder se pasó la lengua por los reseco labios.

—Voy á decir á usted exactamente lo que sucedió—dijo.—Una vez que Horner fué arrestado, me pareció que lo mejor que yo podía hacer era salir inmediatamente del hotel con la

piedra, pues no sabía si de un momento á otro podría ocurrírsele á la policia ir á registrarme á mí y á registrar mi cuarto. En todo el hotel no había lugar alguno en que pudiera estar bien oculta.

Salí á la calle, como si fuera á un mandado, y me fuí á la casa de mi hermana, la cual está casada con un tal Oakshott y vive en el Camino de Roxton, donde cria aves para el mercado. En todo el camino hasta allá, me parecía que cada hombre que encontraba era un agente de policia ó un detective, y á pesar del frío que hacía, el sudor me corría por la cara antes de llegar al Camino de Roxton. Mi hermana me preguntó qué me sudedía, por qué estaba tan pálido: yo le contesté que el robo de la joya en el hotel me había trastornado. Luego me fuí al terreno de atrás de la casa, á fumar una pipa y pensar en lo que más me convendría hacer.

Yo tuve un amigo que se llama Mandsley, el cual se perdió, y hace poco ha terminado una condena en la prisión de Pentonville. Un día que me encontré con él, la conversación recayó en los recursos de que se valen los ladrones y de la manera como se deshacían de los objetos robados.

Sabía que ese hombre no me vendería, porque yo era poseedor de uno ó dos delitos más suyos, los cuales no han sido descubiertos todavía, y así me decidí á ir en el acto á Kilburn, donde vive, y confiarle mi secreto: él me enseñaría la

manera de convertir la piedra en dinero. Pero ¿cómo llegar hasta su casa sin que me prendieran? Pensé en las agonías porque había pasado al ir del hotel de Roxton, y me dije que en cualquier momento podrían arrestarme y registrarme, y encontrar la piedra en el bolsillo de mi chaleco. En ese momento me encontraba recostado en la pared, y miraba á los gansos que iban y venían á mis pies. De repente, se me ocurrió una idea que me mostró cómo iba á poder burlarme del mejor detective del mundo.

Mi hermana me había dicho varias semanas antes, que podía contar con el mejor de sus gansos para hacer un regalo de Navidad, y yo sé que cuanto promete mi hermana, cumple: esa misma noche, pues, me llevaría mi ganso, y en él la piedra de Kilburn. Había cerca de mí un cuartito, y allí hice ir á uno de los gansos, uno grande y gordo, blanco, con una faja negra en la cola. Agarré al animal, y abriéndole el pico, le metí la piedra en la garganta, empujándola hasta donde alcanzaba mi dedo. El ganso tragó, y sentí con la mano que la piedra se deslizaba por el cuello hasta el buche. Pero el animal aleteaba y gritaba, y mi hermana acudió á ver lo que ocurría. Al volverme yo para hablar con ella, el ganso se escapó y fué á mezclarse con los otros.

—¿Qué estabas haciendo con ese ganso, Jaime?—me preguntó.

—Pues... — contesté: — como me dijiste que para Navidad me darías uno, estaba tocándolos para ver cuál era el más gordo.

—¡Oh!—dijo ella:—el tuyo está apartado, y nosotros lo llamamos ya «el ganso de Jaime.» Es ese grande, tan blanco, que está allá. Son por todos veintiséis, de los cuales uno es para tí, uno para nosotros y dos docenas para el mercado.

—Gracias, Margarita—dije yo;—pero si no te importa, yo prefiero el que tenía ahora en las manos.

—El otro pesa tres libras más—me dijo ella;—y lo hemos engordado expresamente para tí.

—No importa, quiero ese que te digo, y voy á llevármelo ahora—contesté.

—¡Oh, haz lo que quieras!—me replicó ella, un poco ofendida.—¿Cuál es el que dices que quieres?

—Ese blanco, que tiene una faja negra en la cola; el que está en medio del grupo.

—Sí, Muy bien. Mávalo y llévate-lo.

Así lo hice, señor Holmes, y me llevé el ganso á Kilburn. Dije á mi camarada lo que había hecho, porque es hombre á quien se le puede decir todo: él se rió hasta más no poder, y tomamos un cuchillo y abrimos el ganso. El corazón se me derritió al ver que no había dentro del animal ni señales de la piedra. Comprendiendo que había habido una terrible equivocación, solté el ganso, corrí á casa de mi hermana, y me preci-

pité al terreno de detrás de la casa. No había un sola ave en él.

—¿Dónde están, Margarita?—grité.

—Los he mandado al que me los compra.

—¿Quién es ese?

—Breckinridge, de Covent Garden.

—Pero ¿había otro con una faja en la cola?

—Sí, Jaime, eran dos así, y nunca pude distinguir el uno del otro.

Con eso, naturalmente, se aclaraba todo. Corrí tan velozmente como podía en busca del tal Breckinridge, pero éste había vendido todo el lote en seguida, y no quiso decirme ni una palabra acerca del lugar adonde lo había enviado. Esta noche lo han oído ustedes: todas las veces me ha contestado así. Mi hermana cree que me estoy volviendo loco, y yo, á veces, creo lo mismo. Ahora... ahora soy un ladrón descubierto, sin haber tocado nunca al tesoro en cambio del cual he dado mi honradez. ¡Dios me ampare! ¡Dios me ampare!

Rompió á sollozar convulsivamente, con la cara metida entre las manos.

Siguió un largo silencio, interrumpido sólo por su agitada respiración y por el mesurado tamborileo de los dedos de Sherlock Holmes en la mesa. De repente, Holmes se levantó y abrió la puerta bruscamente.

—¡Fuera!—gritó.

—¿Qué, señor! ¡oh! ¡El cielo lo bendiga á usted!

—¡Ni una palabra más! ¡Largo de aquí!

Ni se necesitaban más palabras: una carrera precipitada, un rodar por las escaleras, el golpe de la puerta de la calle al cerrarse, y en la calle el estrépito de unos pies que corrían por el empedrado.

—Al fin y al cabo, Watson—dijo Holmes, alargando la mano hacia su pipa de yeso,—yo no tengo contrato ninguno con la policía para suplir sus deficiencias. Si Horner estuviera en peligro, la cosa sería diferente; pero este sujeto no se presentará á declarar en su contra, y el asunto terminará allí. Supongo que con esto cometo un delito, pero es muy posible también que salve una alma. Este individuo no volverá á delinquir: está demasiado asustado para ello. Envielo usted ahora al presidio, y lo convertirá usted en un criminal de profesión. Por otra parte, estamos en la estación del perdón. La casualidad ha puesto en nuestro camino uno de los problemas más singulares, y su solución es bastante premio para nosotros. Si tiene usted la bondad, doctor, de tocar el timbre, empezaremos otra investigación, en la que también una ave será el principal motivo.

INDICE

De los títulos que contiene esta obra

	<u>PÁGS.</u>
Un escándalo en Bohemia	3
Un caso de identidad	44
Un misterio del Valle Boscombe	76
Las cinco pepitas de naranja	119
El hombre del labio torcido	151
El carbuncho azul	193
